DOC SAVAGE

por KENNETH ROBESON

AUDACES 30

LA MANO NEGRA

La marca negra

Kenneth Robeson
Doc Savage/41

CAPÍTULO I

LA ORGIA DE LA MUERTE

ANDRÉS Podrey Vanlersleeve tenía invitados en su mansión de Weetchester.

Huéspedes ataviados a la antigua usanza. Invitados grotescos, exclusivos de la localidad. Su conducta era tan incongruente como su aspecto.

Ahora que, a Podrey, no le perturbaba todo aquello. Porque el dueño de tantos millones estaba muerto. Estaba sentado ante una mesa de roble tallado y tenía los brazos caídos. De sus venas aristocráticas, había manado una sangre tan negra como la pez.

Sus invitados se divertían de lo lindo. Se gritaban unos a otros. Las mujeres emitían agudos alaridos. De vez en cuando sonaba la alarmante detonación de un arma de fuego.

Arriba, en el primer piso, la mano muerta de Podrey reposaba en un pequeño charco de sangre. Nadie estaba con él en la espaciosa biblioteca. Puertas y ventanas se hallaban herméticamente cerradas.

Fuera de la inmensa casa, la amurallada propiedad estaba llena de una compacta, una abigarrada muchedumbre, de muchas mujeres vestidas con trajes baratos y llamativos.

Pero Andrés Podrey, tenía un negro agujero sobre el corazón. Nada más. La elegante sociedad de Westchester, el elegante distrito neoyorquino, estaba predestinada a sufrir por ello una conmoción.

Una alegría delirante se difundía, ahora, a través de la niebla que, a la sazón, invadía las colinas. Los invitados, en número de cien, semejaban apaches que bailaran con sus mujeres.

Sin embargo, arriba, en el primer piso de la finca, junto al cuerpo inerte del dueño de la casa, aparecía un montón intacto de dinero y billetes de banco.

Sobre cada fajo de aquellos billetes, una moneda de plata hacía las veces de pisapapeles.

Ahora bien: a causa del carácter de la fiesta, se habían puesto guardias en todas partes. Las armas pendientes de las bajas fundas sobaqueras ostentaban la marca de la Ley. Por lo menos, cuatro de aquellos individuos llevaban el uniforme de la Policía estatal. Los agentes permanecían en pie, en la carretera, ante la finca de Podrey, y con ojos suspicaces examinaban a los ocupantes de cada automóvil que llegaba.

Los cuatro se mantenían, por parejas, en las dos esquinas de la fachada de la casa. Uno de ellos, el que ostentaba la insignia de sargento, decía con acento gruñón:

—Tengo el presentimiento de que antes de que haya concluido esta fiesta, sucederá algo gordo.

—¡Toma! No digo que no —repuso su acompañante.

Un coche soberbio pasó ante ellos. El chófer iba muy erguido ante el volante y su rostro afeitado exhibía desdeñosa expresión. Sus pasajeros gritaban y cantaban.

Otro coche apareció allá, al extremo del camino, y se cruzó con el magnífico sedan que avanzaba velozmente. También este coche llevaba un chófer muy digno. Sus ocupantes iban, en cambio, groseramente ataviados. Se cubrían los rostros con un antifaz.

Por espacio de una fracción de segundo pareció a los agentes que los dos coches iban a sufrir una colisión. Pero sus chóferes eran hábiles conductores.

Mediante un esfuerzo, los dos evitaron el choque. Los frenos de los coches chirriaron, arañaron la grava del camino. Uno de los dos penetró, patinando, en la cuneta.

El chófer del otro detuvo en seco el automóvil que guiaba. De su interior saltaron a la asfaltada carretera cinco o seis enmascarados.

—¡Anda, si es José el "Feliz", en persona! —exclamó riendo uno de ellos—. ¡Bueno, José, ayuda a apearse a esas señoras y poneos todos en fila!

Del coche salieron tres mujeres lanzando débiles chillidos y levantando las blancas manos en alto. Detrás se alinearon otros tantos hombres.

Uno de ellos, el más joven, tenía inyectados los ojos de sangre. Era José, apodado el "Feliz", que, por lo visto, se enorgullecía del

remoquete.

Mientras tres de los hombres enmascarados encañonaban al grupo con sus revólveres, los otros tres descargaban a sus víctimas de alhajas y dinero.

No se les opuso resistencia. Las dos agentes se acercaron más a los coches.

Tal vez opinaban que aquel cuadro formaba parte de la fiesta a la que todos los invitados asistían vestidos de apaches.

—¡Por favor! ¡No me quite esto! —suplicó de súbito una mujer al hombre que la estaba despojando.

Y así diciendo, apartó la fina diestra. En uno de sus dedos lucía un anillo provisto de un escudo que parecía ser herencia de familia.

—¡Que te crees tú eso! —replicó el individuo—. No podemos dejar nada, pues de lo contrario, ¿dónde estaría nuestra ganancia? ¡Oh!...

Lanzó la exclamación al abofetearle la mujer. Se le cayó el antifaz. Asió entonces a la mujer por un brazo y se lo retorció. Con mano ruda trató de apoderarse del anillo.

La muchacha lanzó un grito de dolor. Se resistió.

—¡Dame ese anillo, maldita! —exclamó, furioso, el enmascarado.

La muchacha guardó silencio y retrocedió unos pasos.

El enmascarado tendió la mano, por segunda vez, con intención de arrancársela del dedo.

José el "Feliz", se interpuso entre ambos. Dijo con acento conciliador: —Deja en paz a la señorita. ¿Qué más da una joya más o menos?

Mas el enmascarado no cedió. Sus compañeros presenciaban, divertidos, la escena que se estaba desarrollando. ¿Cómo ceder delante de ellos?

—¡Quiero ese anillo! ¡Lo quiero y lo tendré! —exclamó con hosco acento. Y enseguida agregó, dirigiéndose a la muchacha:— ¡Si no me lo das de buen grado será por fuerza!

Ella engalló la cabeza sin responder.

Pero el enmascarado tenía malas pulgas.

—Vamos. ¡Date prisa! —ordenó, tendiendo el brazo con objeto de apoderarse del anillo.

José detuvo aquel brazo.

El enmascarado lo retiró con violencia y se arrojó sobre José. E1 joven paró el ataque y replicó a él con un directo asestado en pleno rostro.

Los dos agentes de policía prorrumpieron en una carcajada. ¡Se estaban divirtiendo de lo lindo!

Pero la cosa no iba de broma. Pronto iban a verlo a su costa.

Al enzarzarse los dos hombres, los compañeros de José pretendieron acudir en su ayuda sin recordar a los otros dos enmascarados que les apuntaban siempre con los revólveres.

Simultáneamente, dispararon sus armas a boca de jarro. Uno de los proyectiles dio de lleno en el pecho de José, que cayó muerto al suelo; otro dejó mal herido a uno de sus acompañantes. El tercero escapó.

Los dos agentes se acercaron corriendo, dando al olvido el peligro que corrían para cumplir con su deber.

Sonaron nuevos tiros. Uno de ellos se desplomó al instante. Estaba muerto.

El otro siguió corriendo todavía unos pasos, tambaleándose. De pronto, fue como si hubiera tropezado en un obstáculo invisible. Dio un traspié y cayó lanzando un grito ahogado. Agitóse un instante en el suelo y quedó exánime.

Rostros asustados surgieron tras de los cristales de las ventanas de la casa.

Los invitados que se hallaban en el jardín de la finca, buscaron el refugio de la casa.

En un momento quedaron solos los seis enmascarados frente a las temblorosas mujeres a quienes el pánico impedía moverse.

Entonces, dando media vuelta, los seis marcharon, a buen paso, en dirección del automóvil estacionado, revólver en mano.

Cuando hubo arrancado el coche, se apresuraron los invitados a socorrer a las señoras y a los caídos, tres de los cuales habían ya exhalado el último suspiro.

Al enviar al mayordomo junto al dueño de la casa para notificarle lo ocurrido, descubrió, con el susto consiguiente, que también había fallecido y corrió a comunicarle la triste nueva a mister Jotther, el secretario de su amo, el cual le ordenó que avisara inmediatamente a la policía.

Una hora después se presentaba, en la casa, mister Graves,

capitán de la policía. A la entrada habíase detenido a contemplar los cuerpos muertos de sus dos agentes, los dos mejores agentes de la Brigada, y a llorar sobre ellos.

Le acompañaba el médico forense.

Lo primero que hizo Graves, fue interrogar al mayordomo y luego a Jotther.

—¿Reparó bien en la actitud observada por mister Podrey cuando le vió por última vez? —le interrogó.

—Sí, señor —replicó el secretario, sujeto bajito, delgado, de rostro de rata.

—Y bien. ¿Cuál era su estado de ánimo? ¿Estaba triste, alicaído, de mal humor o, por el contrario, gozoso y animado?

—Le encontré como de costumbre, tal vez un poco más serio. Al despedirme de él, poco antes de comenzarse la fiesta, me suplicó que le dejara solo porque tenía que hacer unas cuentas y que bajo ningún pretexto le molestara. Luego le oí cerrar la puerta con llave.

El forense, entretanto, examinaba el cuerpo de mister Podrey. Sobre todo le chocaba, el color negro de la sangre derramada.

Más tarde le llamó la atención un vasito vacío, de licor, que sobre un platillo vio colocado sobre la mesa del despacho, junto al dueño de la casa.

—¿Qué es esto? —interrogó al secretario.

—Un vasito de licor de café a que era muy aficionado el difunto —respondió Jotther—. Se lo entró el mayordomo poco antes de salir yo de esta habitación.

—Bien, bien —dijo el forense—. Iba a decir que quizá tuviera algo que ver ese licor con el color oscuro de la sangre, pero... ¡aguarde!

Con rápido movimiento de la diestra extrajo una lanceta del estuche que llevaba a prevención y con ella abrió una honda incisión en la vena de uno de los brazos del cadáver. Mas la sangre se había espesado y no fluyó.

En la vena abierta aparecía tan negra como la que manchaba la mesa. —A mí no me producen ese efecto las bebidas ingeridas— observó Jotther —. Perdone la intromisión, pero creo que el dinero tiene algo que ver con esa muerte.

—¿El dinero? —dijo con extrañeza el capitán Graves—. ¡Si justamente hay encima de la mesa toda una fortuna! No. No ha sido

ese el móvil del crimen, si es que se trata de un crimen, no de una muerte natural. Doctor: ¿descubre en ese cadáver huellas de envenenamiento?

—No sé qué decirle —repuso el forense—. Por primera vez me hallo ante una sangre negra. Mas, sí es posible que se trate de un caso de envenenamiento.

—O de un suicidio... si es que no ha derramado el veneno en esa copa una segunda persona. ¿Qué opina usted, Jotther?

La viva y directa pregunta indicaba que Graves había concebido ya sospechas. Por ello, la respuesta de Jotther fue acompañada de un respingo de sorpresa.

—Yo no creo en el suicidio de mister Podrey —replicó en tono suave—. ¿Me permiten que cuente el dinero que hay sobre esa mesa? Vean, faltan unos dólares.

Graves lanzó un silbido prolongado.

—Ya sé —siguió diciendo el secretario—, que todo me acusa de ese crimen. Se dirá que me asisten graves razones para haberlo perpetrado. Todo el mundo sabe que, a pesar de desempeñar cerca de mister Podrey el cargo de secretario, aspiraba a la mano de su hija Genoveva, que él negó repetidas veces. A pesar de ello creo que me ha dejado una pequeña fortuna, una mancha en su testamento.

—¡Maldición! —exclamó Graves—. Muy bien. ¡Cuente ese dinero!

E1 secretario hizo rápidamente la cuenta de la plata y billetes.

—Aquí, —sobre la mesa, hay, dieciocho mil cuatrocientos cincuenta dólares con ochenta centavos— dijo luego —. Así, la suma que falta asciende a treinta y un mil quinientos cuarenta y nueve dólares con veinte centavos.

Graves exclamó otra vez:

—¡Es mucho dinero... y una dosis extraordinaria de inteligencia! Ello nos demuestra que la persona que se ha apoderado de ese dinero no es un ladrón vulgar. Hay gente muy lista, ¡listísima!... Bien, doctor: ¿no tiene más ideas que exponer con respecto a la causa del fallecimiento de ese caballero?

El forense había despojado de su camisa al millonario y le palpaba una marca que ostentaba en el pecho, sobre el corazón.

Consistía aquélla en una mancha negra, redonda, perfectamente circular.

—¡Tiene gracia! —murmuró—. Penetra hasta muy adentro. No es una mancha superficial. Se diría que llega hasta el corazón o, por el contrario, que sale de él. Claro es, que, sólo después de verificar la autopsia podremos determinar el carácter verdadero de esta marca.

—¿Es decir, que dispararon sobre Podrey? —quiso saber el capitán—. ¿Con qué arma?

—Yo no he dicho eso. La mancha no procede de un fogonazo —le explicó el forense—. Vea: la piel del pecho no está rota ni tampoco las venas que hay debajo. Se trata de una mancha tan negra como lo es, ahora, el color de la sangre de misten Podrey.

Graves favoreció a Arturo Jotther con una mirada penetrante. El pacífico y manso secretario parecíale un sujeto muy astuto.

Sin que le interrogaran, se había lanzado a explicar que saldría beneficiado de la muerte de mister Podrey y, asimismo, que deseaba casarse con la hija del millonario. ¡Vaya desfachatez!

—¿Cómo sabe usted, con tanta exactitud, a lo que asciende la fortuna de su principal? —le preguntó de pronto.

Jotther no se turbó lo más mínimo.

—Lo sé —replicó con calma—, por el propio mister Podrey. Ayer trajo de la city, cincuenta mil dólares y me dijo qué, con ellos, pensaba obtener la secreta concesión de unos terrenos que hay sobre la bahía, pero que el propietario, o propietarios, le exigían el pago de la cantidad estipulada en moneda contante y sonante.

—¿Quiénes son esos propietarios? ¿Lo sabe usted?

—No, señor. Lo ignoro en absoluto —replicó Jotther—. Mister Podrey no quiso revelarme su identidad y, además, destruyó la carta que tenía de ellos. Me habló solamente de la cantidad a pagar y de que pensaba firmar, esta noche, el contrato de compraventa de esos terrenos.

—¡Qué raro! Trae entre manos un negocio de suma importancia, no quiere que le molesten… y ¡da una fiesta ridícula! —murmuró el capitán Graves.

CAPÍTULO II

MANOS EN LA OSCURIDAD

SUS palabras arrojaron una luz reveladora sobre el misterio de los sucesos extraordinarios desarrollados aquella noche en la finca.

Mientras Podrey moría sentado ante su mesa y con una marca enigmática sobre el pecho, sus invitados representaban la propia concepción de una comedia, las diversiones del rufián en una de sus juergas.

Sin embargo, las mujeres de rostro pintarrajeado, los hombres de cara patibularia y pantalones de pana, pertenecían a la flor y nata de la sociedad neoyorquina.

Las armas que usaban estaban cargadas de proyectiles inofensivos. Todos ellos imitaban, en lo posible, los dichos y hechos de las gentes de baja estofa.

¡Aquello era lo que se llama una gangster's party: Una fiesta de falsos ladrones, asesinos y atracadores! Pero Staid, el puro Westchester, iba a necesitar más de un día para recobrarse del mal efecto que sobre él debía producir aquella nocturna orgía de sangre.

—Traed a esta habitación hasta el último habitante de la casa, invitados inclusive —dispuso Graves,— sin enterarles de lo que van a ver hasta que no estén todos aquí.

Entre la élite de asistentes a la fiesta reunidos en la cámara mortuoria, dos llamaban especialmente la atención a causa, quizá, del color cobrizo de sus cabellos.

Mahoney el "Rojo" era cameraman de una empresa cinematográfica y había tomado ya varias instantáneas de la fiesta para llevarlas más adelante a la pantalla con el titulo sugestivo de "Excentricidades registradas por nuestro Noticiario".

En el momento en que le hallamos rebosaba de ardor y de

entusiasmo. Se felicitaba de concurrir a la reunión ya que, gracias a ello, seguía la pista de una noticia sensacional.

¡Menuda película pensaba brindarle al público! Como que en ella aparecería nada menos que un futbolista famoso, José Carphaton el "Feliz", asesinado, lo mismo que dos agentes de policía, en la carretera de Westchester.

Ahora, la muerte del millonario dueño de la finca, también asesinado al parecer, venia a colmar la copa que le brindaba aquella noche la buena suerte.

Por ello acogió con afán aquella visita a la biblioteca. Su ambición profesional le impulsaba a actuar y en su imaginación veía ya aquella parte del Noticiario en que aparecería, muerto, y sentado delante de la mesa de despacho, mister Podrey Vandersleeve.

A este fin recorrió con la mirada todos los posibles escondites que le ofrecía la biblioteca.

La segunda de los cabellos llamativos era una mujer. Ninguna capa de mal untado cosmético escondía su belleza. Incluso el color escarlata de sus labios pintados para la fiesta, ponía de manifiesto la dorada inteligencia de sus pupilas.

Pero el cabello de esta joven no era rojo, Cada uno, por separado, parecía frotado con polvillo de oro.

La encantadora joven era nada menos que Patricia Savage, prima del famosísimo Doc Savage.

El cuerpo del millonario asesinado se había colocado de manera que lo primero que al entrar en la pieza vieran todos y cada uno de los invitados fuera la negra señal que ostentaba sobre el pecho, a la altura del corazón.

El experimento no dejaba de ser arriesgado.

Por ello, junto al cadáver, estaban varios agentes de policía.

Cada vez que se desvanecía una mujer, con un grito de horror, ellos la sacaban de allí. De usual no era un hombre duro el capitán Graves.

Pero se había asesinado, en esta ocasión, a dos de sus mejores agentes y, además, estaba convencido de que entre los invitados a la fiesta estaba aún la persona que habla actuado de acuerdo con los malhechores de la carretera.

Por ello había colocado a sus hombres junto al difunto y se

dedicaba a estudiar, con ahínco, las reacciones que experimentaban las personas que iban entrando en la biblioteca.

Con ayuda del propio Mahoney, un ayudante metió dentro de ella, sin que se advirtiera, un aparato toma vistas con su correspondiente carrete giratorio.

Atento como estaba a su examen psicológico, el capitán no se dio cuenta de nada. Sin embargo, acababan de desaparecer dos de las personas que hasta entonces habían permanecido en la habitación.

Sabemos que una de ellas era el cameraman. La otra era Patricia Savage.

Se ocultó tras de una cortina de terciopelo del gabinete y gracias a esto se enteró, más tarde, de circunstancias tan curiosas como el cambio sufrido por la sangre del millonario, la marca negra dejada sobre su pecho y la desaparición de una parte del dinero dejado sobre la mesa del despacho.

Una vez que hubo salido de la biblioteca el último invitado, el capitán Graves cerró la puerta.

Hecho esto se volvió a Arturo Jotther.

—Las circunstancias me obligan a detenerle —dijo—, con objeto de poder interrogarle más tarde. Ahora dígame lo que ha hecho de los treinta y un mil dólares que faltan. Supongo que habrá supuesto que rompiendo la copa de whisky ingerido por mister Podrey escaparía el licor a un análisis. Así y todo, espero hallar su rastro en los trozos rotos del cristal.

Arturo Jotther se mantuvo en su fría actitud.

—También yo esperaba esta detención —replicó tranquilamente —. Pero confío verme pronto en libertad para ayudarles a buscar al verdadero asesino.

Una vez llevada a cabo la formal detención de Jotther, el capitán Graves dio muestras de indecisión. Tras de un momento de visible perplejidad dijo al forense:

—Bueno. Proceda a verificar la autopsia de ese cadáver lo antes posible. No podemos hacer nada de provecho hasta que no se haya descubierto la verdadera naturaleza del veneno administrado.

El doctor había estado examinando los ojos de Podrey.

—Es posible que se trate de un veneno, pero lo dudo un poco —manifestó.

—¡Pues tiene que haber algo! —gruñó Graves—. ¿Qué significaría sino esa marca negra?

—Si me lo explicara no habrá necesidad de hacer la autopsia —dijo el forense.

Antes de que Graves pudiera replicar, se iluminó la biblioteca con una luz blanca y deslumbrante.

A1 propio tiempo, surgió el leve ¡clic, clic, clic! de una máquina toma vistas de detrás de una cortina de terciopelo que hacia juego con aquella que ocultaba a Patricia Savage.

Mahoney el "Rojo" acababa de tomar un rápido set —up. Le había prendido fuego a una luz de calcio que duraría por lo menos minuto y medio.

Ya tenía registrada en la cinta de celuloide en movimiento la noticia más sensacional de la jornada.

El capitán Graves lanzó un rugido y su cuerpo voluminoso se lanzó con ímpetu al otro lado de la habitación. Allí descorrió, de un tirón, la cortina de terciopelo. Mahoney le dirigió una sonrisa conciliadora.

—¡Hola, capitán! —dijo, sin dejar de darle a la manivela—. No pretendo molestarle, pero he visto la oportunidad de hacer una buena película y la aprovecho. ¿Querría apartarse un poquito?

—¡No permito sacar vistas de ese aposento! —gritó el capitán de policía—. ¡Ea, dame ese carrete!

—Ya está tomado —observó, riendo, el cameraman—. Ahora pertenece a la Future Pintures Corporation y...

—¡Aunque sea propiedad de Hollywood en peso no consentiré que se lo lleve! —volvió a gritar el capitán—. ¡Aquí, Johnnson! ¡Coge esa máquina!

Johnnson, un fornido agente, se apoderó de la cámara fotográfica. Entonces se disparó el puño de Mahoney. Siguió la dirección horizontal, luego ascendió, tropezó en su camino con la ingenua barbilla del polizonte y ¡zas! se abatió sobre ella. El capitán Graves asió por el cuello al cameraman.

—Ese puñetazo puede costarle unos sesenta días de estancia a la sombra —le advirtió, mientras que se apoderaba con la otra mano del carrete—. Yo guardaré este carrete. No quiero que nadie...

Se apagó la luz. La oscuridad sobrevino, en consecuencia, tan rápidamente, que a cada uno de los presentes pareciόle como si les

hubieran soplado en los ojos humo de carbón.

Mahoney se soltó retorciendo la mano que le tenía asida el capitán Graves.

Pero el airado Johnnson, que ya estaba en pie, se balanceó y devolvió al cameraman la píldora que aquél le había hecho tragar.

A1 propio tiempo alguien le quitó de la mano a Graves el carrete que empuñaba. Como loco se lanzó sobre el ladrón, invisible en la oscuridad. Los dedos duros y huesudos de un hombre le asieron por la garganta; luego le soltaron.

Patricia Savage se escurría ya en dirección de la puerta.

Sus pies pequeños no hacían ruido al pisar las baldosas de la biblioteca. A tientas, buscó la salida. Alguien le dio, de pronto, con la puerta en las narices.

Pero salió al corredor antes de que pudieran impedírselo. Se habían apagado todas las luces de la casa. De la planta baja llegaron hasta ella chillidos femeninos.

Alguien se alejaba rápidamente de la biblioteca. Patricia no hubiera podido decir si la persona invisible había estado junto a la puerta por la parte de dentro o por la parte de fuera.

Recordaba la posición de un aparato telefónico que se hallaba abajo, en el hall vecino a la sala de fiestas, porque quería llamar a su primo Doc al cuartel general de Manhattan.

En la biblioteca, Graves había sacado, entre tanto, una lámpara de bolsillo. Mahoney estaba sentado en el suelo. La sangre manaba de su mentón, allí donde le había pegado Johnnson con los nudillos.

—Bien. ¡Ahora entrégueme ese carrete! —le ordenó el capitán de policía.

—No me haga reír que me duele la cara —replicó el rojo cameraman.

—¿Quién lo tiene? —preguntó Graves.

La luz de su lámpara recorrió los rostros de todos los presentes. Acarició, fugaz, el semblante del médico forense. Arturo Jotther estaba pacíficamente al lado de uno de los agentes. La luz no reveló la presencia en la biblioteca de un extraño.

—Si creyera que había hecho esto algún desconocido —dijo a Mahoney—, le tendría seis meses en la cárcel acusado de resistencia y de asalto a la autoridad.

—No será nunca célebre —replicó melancólicamente el "Rojo",—

porque preveo que no va a encontrar el carrete y tampoco lo tengo yo.

Mahoney decía la verdad. El no tenía el carrete.

En lo alto del piso ochenta y seis de uno de los rascacielos más importantes de la ciudad, comenzó a sonar un leve zumbido.

Una voz dijo mecánicamente:

—Habla con un aparato automático. Doc Savage está fuera de casa. Pero si desea dejarle algún recado le será comunicado mediante el dictáfono que, más tarde, le llamará la atención. Diga, pues, lo que guste.

Pat dijo muy bajito:

—Doc: me encuentro en la finca de Podrey, cerca de Port Chester. Han asesinado al dueño de la casa, han asesinado a tres personas más. Sobre el corazón de Podrey he visto una marca oscura. Sé que le han despojado de su dinero, de una suerte suma que guardaba en la biblioteca. Sé, asimismo...

El aparato instalado en el departamento de Doc no registró más palabras de Pat.

Lo que sí registró fue una ahogada exclamación. Esta procedía de la garganta de la joven. Luego, un ruido singular.

Lo producía el auricular de casa de Podrey en el momento de ser arrancado de la mano de Patricia.

La palma que alguien le colocó sobre la boca era suave y fría. Una voz le murmuró, simultáneamente, al oído:

—Como hayas metido a Doc Savage en esto, ¡será su última aventura! En cuanto a ti...

A Pat no se le dio ocasión de chillar. Su apresador descubrió, sin embargo, que tenía sujeta a una cabra montés en la oscuridad.

Unos dedos enfundados en el zapato de piel le hirieron las canillas. Una mano pequeña, de duros dedos, le asió por una oreja y la retorció sin compasión.

El hombre suspiró y juró en la misma cara de Pat. Ella bajó la cabeza, tratando de darle unos puñetazos en la nariz o la barbilla.

—¡Eh, roja del demonio! —le gritó su captor—. ¡Ya me las pagarás!

Pat enloquecía de furor cuando la llamaban "roja". Por ello, a pesar de que no podía casi respirar, metió un codo en las costillas del hombre.

Ellas chocaron contra una puerta que conducía a las escaleras del sótano y como no estaba cerrada con llave, al choque se abrió de par en par.

Pat se hizo varios chichones en los dos segundos subsiguientes.

Su apresador debió sacar unos cuantos más. Ambos rodaron, sin separarse, escaleras abajo y descansaron en un suelo de hormigón, en la oscuridad.

El golpe dejó semi —atontada a la muchacha. Pero sentía una rabia loca.

Había venido armada de su automática especial a la fiesta del millonario, y la llevaba cargada, como los demás, de pólvora sola.

Pero incluso la pólvora sola puede hacer daño en los ojos disparada a quemarropa.

Pat aguardó a que el hombre se descubriera mediante un gruñido revelador y entonces le asestó la pistola a la cara. El hombre retrocedió jurando más y mejor.

Por suerte, la pistola iba cargada exclusivamente de pólvora, como ya hemos dicho. Los dos fogonazos que se sucedieron le cegaron. Las vibrantes detonaciones originaron la carrera rápida de unos pies, arriba, en el hall.

En lo alto de la escalera aparecieron Mahoney y un agente de policía provistos de sendas lámparas de bolsillo.

El asaltante de Pat había huido por la parte trasera del sótano. Los agentes de policía registraron el sótano. Todos volvieron con las manos vacías.

—Ha salido al camino por una ventana —dijo a Pat uno de ellos. Mahoney el "Rojo" tenía los movimientos muy ágiles para ser hombre tan corpulento.

Mientras Pat contemplaba las pesquisas llevadas a cabo por la policía, el habla plantado su cámara en el suelo y tomaba una película a la luz de calcio que ardía ahora.

Pat había explicado cómo la habían sorprendido en el hall sin mencionar la causa verdadera del ataque. Dijo que intentaba telefonearle a un amigo.

Arriba los agentes de policía buscaron a un individuo que ostentara la quemadura reciente de la pólvora, pero no lo encontraron.

En vano se repasó la lista de invitados. Ni uno de ellos podía

haberse despistado de aquel modo. La lista estaba completa.

El rojo Mahoney dijo sonriendo a Patricia Savage:

—Bien. He perdido el film de Podrey en la biblioteca y ahora no me queda cosa que valga la pena. Es decir... ¡aguarde! ¡Mire usted!

Había buscado un nuevo carrete en el maletín de cuero. De pronto lo cerró y se acercó más a Pat.

—Escuche, miss Savage —le dijo en son de confidencia—. ¡Me han vuelto a poner en el maletín el film desaparecido arriba!

Mahoney se rascó la cabeza. Estaba perplejo.

—La misma persona que apagó las luces de la casa y se apoderó del carrete quiere ahora que aparezca ese film en la pantalla —manifestó la prudente Pat,— ¿Por qué será, digo yo?

Mahoney se apresuró a responder:

—Juraría que con objeto de amedrentar a determinada persona.

Pat hizo un gesto de asentimiento. El capitán seguía asiendo a Jotther por un brazo. Los invitados al gangster's party iban saliendo de la casa después de dejar su nombre y apellidos para el caso de que se les llamara a juicio en calidad de testigos.

Pat pedía interiormente que Doc hubiera recibido su mensaje.

CAPÍTULO III

TRAMPA MORTAL

"CLARK Savage (hijo)" decían las sencillas letras grabadas sobre la puerta de metal. El departamento de Doc ocupaba una parte del piso octogésimo sexto de la enorme mole de piedra y metal del rascacielos mayor que se levanta en Manhattan.

Un ascensor subió por el hueco de la escalera. Su caja producía un ruido sibilante al hender las capas de aire. Pertenecía a Doc. Era su ascensor express, de velocidad comparable a la del viento.

De él salió al rellano un personaje de lo más chocante. Este sujeto avanzaba irresoluto. Sus manos velludas le llegaban hasta más abajo de las rodillas. El rostro, las orejas, la frente baja, aparecían cubiertos de hirsutos pelos rojizos.

Parecía un gigantesco y amaestrado simio. Al respirar le palpitaban las ventanillas de la nariz. Este personaje se detuvo junto a la puerta del departamento de Doc y aplicó el oído, escuchando.

Era una costumbre que seguían los cinco camaradas de Doc. Gracias a ella sobrevivían a infinidad de peligros increíbles.

El simiesco individuo era Monk.

Este entró en la antesala del departamento. Aquí se había recibido a más de un peligroso criminal, al más buscado por la policía. En esta habitación se habían elaborado planes de campaña, habíanse iniciado aventuras relacionadas con las cinco partes del mundo.

En ocasiones, un mensaje telefónico ponía a Doc y a sus camaradas sobre la pista de extrañas y singulares aventuras.

Pero ninguna de ellas lo había sido tanto como la que ya estaba registrada por la voz de Patricia Savage en la placa del dictáfono unido al teléfono.

Monk se dio cuenta al instante de que se había registrado un mensaje.

Costumbre establecida de antiguo era la de que lo oyera el primero de los cinco hombres que llegara a la casa. Después se aguardaba la llegada de Doc.

Pero las primeras palabras que se vertieron en el peludo oído de Monk le arrancaron una fea mueca que le contorsionó el semblante. El químico simiesco olfateaba el peligro. Este amenazaba, aparentemente, a Pat.

El afecto que a Monk le inspiraba la bella prima de Savage despertó, al punto, en él, una honda emoción.

—¡Váyase todo en mala hora! —murmuró—. Algún día se meterá en un lío del que no volverá a salir. ¡Y Doc ni siquiera se halla en la ciudad!...

Pero Doc estaba en Manhattan. En aquel mismo instante avanzaba en dirección del rascacielos. Sólo que Monk no estaba enterado de ello.

Ni siquiera sabia dónde buscar al notable gigante de bronce.

—¡Es un enredo que gira en torno a determinado millonario! —se dijo, colocando la aguja sobre la placa y escuchando otra vez la explicación de Pat—. ¡Y no sabemos quién se ha apoderado de esa chica!

Excusado es decir que, asimismo, había oído el ruido producido, en casa de Podrey, al serle arrancado a Pat de la mano el auricular del teléfono.

Monk fue a consultar un listín y para no confundirse recorrió la lista de direcciones con el velludo pulgar. No le costó trabajo descubrir la situación que ocupaba en Westchester la finca del millonario. Entonces entró en una de las habitaciones posteriores del departamento. Cuando salió de ella, llevaba bajo el brazo un fardo voluminoso. Iba equipado de un super-firer automático y de otras varias armas defensivas.

Entonces llamó por teléfono a la residencia de un club determinado enclavado en la parte alta de Manhattan. La voz que contestó a su llamada denotaba enojo y sueño. Por ello, sin duda, le replicó ácidamente:

—¡Reconozco esa voz de orangután, propia de un parque zoológico! Como también reconozco que un ser dotado de más

conocimiento no se atrevería jamás a llamar a un amigo a hora tan avanzada de la noche. Y ahora me vuelvo a la cama.

—¡Atiende un instante, viejo picapleitos! —chilló, Monk—. Han atrapado a Pat. Se ha asesinado a varios individuos... cuatro, según creo... Pat ha desaparecido...

Teodoro Marley Brooks, conocido por sus camaradas bajo el remoquete de Ham, atajó a Monk desde el extremo de la línea telefónica:

—¿Cómo sabes que la han agarrado, mono rabioso? —inquirió, recuperando por grados su sangre fría—. ¿Y por qué supones que puedan asesinarla? ¡Eso no tiene sentido común!

—¡Calla y atiende si puedes! —le rogó Monk, perdiendo, a su vez, los estribos—. Yo no digo que la hayan asesinado, sobre todo en el momento de oír su voz, pero sí que la han atrapado. Se ha metido en un lío de mil demonios.

Ham dejó escapar de sus labios un gemido sarcástico.

—Bien, ¡lunático! No te muevas de ahí hasta que yo vaya. Estoy contigo dentro de diez minutos. Entre tanto, no vayas a salir y procura tener más calma.

Aunque era más de la medianoche, Ham era el retrato de cómo debe vestir un hombre elegante cuando llegó al departamento de Doc. No sin razón se le tenía por un legítimo "Beau" Brummel de nuevo cuño.

Blandiendo el estoque de negra caña como si, ya en principio, pensara asestar con él un golpe en la dura cabeza de Monk, preguntó:

—Bueno, feo insecto, explícame a qué viene todo esto. ¡Si has consentido que le suceda algo a Pat, te meto el estoque por el cuello!

Como al proferir estas palabras empuñara el bastón con aire amenazador, Monk apretó con fuerza los puños.

—Déjate de hacer majaderías —le dijo—, y te explicaré lo ocurrido. Se trata del asesinato de un millonario de Westchester. Pat estaba en su casa en ese momento y por ello...

—¡Vayamos allí ahora mismo! —exclamó Ham cortándole la palabra.

Precisamente se hallaba junto a una ventana. En la mano tenía un trozo de yeso, o por lo menos lo parecía.

Con él escribió unas palabras sobre el cristal. Pero no apareció lo escrito. Lo haría solamente al calor de unos rayos luminosos. A su llegada Doc leería, sin duda, aquel mensaje.

El litigio verbal que se traían ambos camaradas estuvo a punto de convertirse en una contienda antes de llegar, los dos, a la planta baja del edificio y de allí pasar, escapados, al garaje particular de Doc Savage.

Monk fue el encargado de guiar un roadster de apariencia vulgar. En realidad, era un coche a prueba de balas que iba provisto de potentísimo motor.

A1 llegar a la carretera de Westchester pasaron numerosos vehículos por delante del roadster. Todos se dirigían a Manhattan. Los ocupaban los invitados del difunto mister Podrey, que se dirigían, tristes y alicaídos, a sus casas.

Ham y Monk se vieron ellos mismos bloqueados al detenerse ante la puerta de entrada de la mansión.

Una media docena de agentes se opusieron, con el ceño fruncido, a que pasaran adelante.

—¿Qué desean ustedes? —les preguntó uno de ellos—. Aquí ya no queda nadie de la ciudad. Todo el mundo se ha ido. ¿Quiénes son ustedes?

El propio capitán Graves bajó, trotando, por la calzada y metió el hocico de raposa en el interior del roadster.

—¡Hum! —gruñó—. Se me figura que son más subordinados de Doc. Ham y Monk. Bien. ¿Qué vinieron a hacer aquí?

—Venimos en busca de Patricia Savage para llevarla a casa — replicó el abogado.

—Pues llegan tarde —les manifestó el capitán.

—¿Tarde? —balbuceó Monk—. ¿Quiere decir que... le ha pasado algo?

—¡Nada, absolutamente nada! —exclamó Graves, airado—. Ha partido de aquí en compañía de un rojo cameraman que es un mozo muy listo. ¡excesivamente listo!

Pero, ¿cómo saben ustedes que ella estaba en esta casa?

Ham propinó a Monk un significativo codazo en las costillas. El astuto abogado no creía oportuno revelar el hecho de que Pat hubiera llamado por teléfono a casa de Doc.

—Pues verá: pensamos hacerle una visita al dueño de la casa —

explicó a Graves—, y, de paso, escoltar a la vuelta a miss Savage —repuso—. Si no tiene inconveniente ¿quiere decirnos qué sucede?

El capitán siguió mirándole con recelosa expresión. Pero brevemente les habló de los crímenes perpetrados. —Bueno. Nada más podemos hacer aquí— le confió Ham a Monk —. Vayamos en busca de Doc Savage.

Aproximadamente a la misma hora, se detenía Doc Savage en el centro de su lujoso despacho.

Incluso antes de llevarse el auricular al oído fue inundado el espacio que le rodeaba de un trino melodioso que recorrió toda la escala musical.

Una sola mirada le había revelado la presencia de sus dos hombres en el departamento del que salieran unos minutos antes de su llegada.

Y Doc sabía que aquella partida había sido apresurada.

Antes de concluir la recepción del mensaje de Patricia se había dado cuenta de que se había registrado otro mensaje. Por ello permitió que continuara funcionando el dictáfono.

—Le habla Jaime Mathers —decía ahora la placa—. Me hallo en extremo peligro, mas no me atrevo a ir a verle. Tan pronto como haya recibido este mensaje ¿querrá venir a verme a la habitación de soltero que ocupo en la Quinta Avenida? No importa la hora. Yo le aguardo aquí. Es cuestión de vida o muerte. Tal vez ya no esté vivo cuando usted llegue. En tal caso, procure averiguar todo lo relativo a la marca negra.

Doc colgó el auricular de su gancho y entró en el laboratorio para volver a salir cargado de una caja negra. Ninguna luz visible salía de su oscura lente, mas, al encararle con el cristal de la ventana, se pintaron en él azuladas letras deslumbradoras.

"Doc: Monk y yo recibimos el mensaje de Pat —decían—, y allá nos encaminamos, Mediante la radio nos pondremos al habla contigo. Ham".

Doc borró la escritura visible.

En el mismo instante zumbó el receptor de radio de onda corta instalado en el laboratorio. E1 aparato inventado por el propio Savage recibía y radiaba mensajes desde el laboratorio de los coches ocupados por sus camaradas.

Así equipado iba el roadster que conducía Monk a la sazón.

Fue la voz de Ham la que le dijo desde el coche:

—Pat está bien, a lo que parece, y ha salido de la residencia Podrey acompañada de Mahoney, un cameraman a quien apodan el "Rojo". Este se halla empleado en la Future Pictures Corporation y le han encargado de filmar vistas para el Noticiario. Nosotros nos dirigimos, en este momento, al rascacielos.

—Bueno, pues esperadme aquí —le comunicó el hombre de bronce:— Y por nada del mundo os mováis hasta que yo vuelva. Probablemente Pat vendrá aquí también. No le permitáis que vuelva a salir.

Con todo y preocuparle, con exceso, la suerte corrida por Pat, el hombre de bronce no había dejado de pensar hondamente, reflexivamente, en el asesinato de Andrés Podrey y los extensos conocimientos que poseía en materia de finanzas, le llevaron a adoptar una rápida conclusión.

Rápidamente hojeó un grueso volumen. Era éste una compilación de noticias referentes al Wall Street que se remontaban a varios años atrás.

Sí; la memoria no le había fallado. Podrey y Jaime Mathers, el acaudalado corredor de Bolsa, habían sido asociados en otro tiempo. La asociación consistía en transacciones realizadas sobre bienes raíces o inmuebles.

Doc tomó el auricular. En el acto obtuvo la comunicación con el corredor.

La voz de Mathers temblaba. Era evidente que había aguardado la llegada de Doc.

—Pensaba que estaba ya camino de mi casa —observó—, pero, de todos modos, me siento mejor ahora que se ha recibido mi mensaje. Venga a verme lo antes posible. Por teléfono no puedo decirle de qué se trata; sobre mi cabeza se cierne un peligro invisible.

Doc juzgó que Mathers no podía saber aún el crimen perpetrado en la persona de Podrey. Así le dijo con calma:

—¿Amenaza el mismo peligro a Andrés Podrey Vandersleeve?

Se sonrió un poco al oír la ahogada exclamación de sorpresa que salió de la boca de Mathers.

—¿Cómo ha sabido eso? Bien, sí... más ¿quién le ha hablado a usted de Podrey? Porque sólo yo estoy en el secreto y a nadie se lo

he comunicado.

—Dentro de unos minutos me reuniré a usted en su departamento —replicó Doc.

Colgó el auricular antes de que Mathers pudiera iniciar una respuesta. Lo que buscaba era, justamente, el acento de sorpresa revelado por la voz del corredor.

Un descenso efectuado en la temperatura tras de la niebla de la medianoche, precedió a la llegada del alba en la parte alta de Manhattan.

La neblina envolvía el área ocupada por el Central Park, y aglomeraba sobre ella grises, hostiles nubarrones. Un frío glacial penetraba en el departamento del edificio gris de techo pizarroso; por las abiertas ventanas que se abrían al parque.

Doc ascendió el corto tramo de escalera que conducía al desván. El ascensor llegaba solamente hasta el último piso, porque las habitaciones de soltero ocupadas por Jaime Mathers fueron erigidas varios años después de terminarse el edificio.

Velada luz arrojaba un suave y rosado resplandor sobre los jirones grises de la niebla. El gigante de bronce no se aproximó, sin embargo, directamente a la entrada del departamento, como era de suponer. En vez de ello se deslizó a hurtadillas hasta una ventana baja de la iluminada habitación. Era ésta una combinación de biblioteca y sala de descanso, ocupada en su centro por una gran mesa de despacho. Junto a ella vió la mesita de la máquina de escribir.

Doc se apretó contra la pared del departamento. Así colocado, examinó la habitación por espacio de un minuto, quizá más. Nadie apareció. Por ningún lado apareció la persona de Mathers. El desorden de unos papeles colocados sobre la mesa de despacho, atrajo la atención del hombre de bronce.

Aparentemente unes cuantos documentos acababan de ser rotos en pedazos y arrojados luego a la papelera. A1 suelo habían caído algunos fragmentos.

Y aunque la luz atenuada de la pieza producía la sensación de orden y de paz, su silencio y el vacío quo en ella imperaba le daban un aspecto siniestro.

Doc, se deslizó en silencio hasta la puerta de entrada. Allí se detuvo a escuchar. Oprimió el botón del timbre y enseguida se echó

a un lado.

Pero nada ocurrió. Nadie salió a abrir. De haberse acercado alguien a la puerta, desde el otro lado él lo hubiera oído.

Llamó por segunda vez, aguardó sólo unos segundos y entonces empujó la puerta. Ella cedió a la presión. El hombre de bronce penetró en la biblioteca, cerró tras sí la puerta y se detuvo. No vió a nadie en la antesala iluminada débilmente.

Los consabidas remolinos comenzaron a girar dentro de las pupilas doradas.

Doc miró la abierta puerta de la biblioteca de Mathers. A1 ponerse en movimiento se deslizó prontamente dentro de la habitación y aguardó.

No habló ni gritó. A decir verdad, estaba algo perplejo, pero, asimismo, albergaba la convicción de que la persona que a la sazón ocupaba el departamento estaba bien enterada de su llegada.

Un escrutinio llevado a cabo sin pérdida de tiempo, le reveló la ausencia de Mathers. Sus ojos se posaron entonces sobre la mesa de despacho.

De una ojeada apreció todos sus detalles. Sobre un papel dejado sobre la máquina de escribir alguien le había escrito un mensaje.

Doc lo leyó sin acercarse mucho.

"Aguárdeme aquí, Doc Savage, que vuelvo enseguida".

Doc se aproximó a la mesa. Sus manos ligeras volcaron la papelera, sus ojos examinaron cada trozo de papel. En su fondo vio uno arrugado y hecho una pelota. Lo tomó, desarrugóle y leyó su contenido.

Era una lista de nombres colocados debajo de otros. Junto a cada uno de ellos se había dibujado un gran punto negro perfectamente circular.

Sólo los ojos penetrantes del hombre de bronce podían percibir las líneas microscópicas de aquellos puntos. Pero además los examinó, someramente, valiéndose de una lente muy potente de aumento.

La lista constaba de ocho nombres y apellidos. Entre ellos estaban los de Andrés Podrey y Jaime Mathers. Doc identificó instantáneamente los seis restantes. Pertenecían a sujetos que ocupaban o habían ocupado altos cargos financieros en Wall Street.

De súbito dejó de examinar el papel. A su oído llegaba un siseo

particular, tan ligero que nadie fuera de él hubiera podido percibirlo. Al propio tiempo experimentó una confusa sensación de cansancio que le dejó aturdido.

Entonces se dejó oír, inesperadamente, el trino exótico y melodioso en la biblioteca. Era como la voz del viento en el momento de jugar con los alambres del telégrafo o como la apertura brusca de una ventana.

Pero todas las ventanas seguían cerradas a piedra y lodo.

El suave siseo continuaba. El hombre de bronce vaciló un poco sobre sus piernas macizas al echar a andar hacia la alcoba defendida por ricos cortinajes. De un tirón descorrió aquellos cortinajes.

Detrás de ellos, en el suelo, vio una caja de metal. De ella salía el suave y apenas perceptible siseo. Una luz azulada y espectral se cernía sobre la pequeña espita abierta sobre la tapa de la caja.

Doc tiró de ella hacia arriba. Todavía se bamboleaba cuando llegó junto a la ventana. Tiró la caja al tejado rompiendo, al hacerlo, el cristal de la ventana.

Entonces penetró en sus pulmones un soplo de aire puro. ¡La caja había contenido gas y éter sometidos a una presión determinada!

CAPÍTULO IV

EL MIEDO A LA MUERTE

DOC abrió diversas ventanas. El aire glacial de la noche penetró a raudales en el interior de la pieza. Con ello se disipó prontamente el gas deletéreo originado por la trampa mortal.

Todavía sintiendo cierto aturdimiento el hombre de bronce inició, una requisa minuciosa del departamento.

Como una centella penetró en la habitación vecina a la biblioteca y sala de descanso provista de espesa alfombra. Como estaba a oscuras. Doc la recorrió de antemano con el fino rayo de su lámpara. La habitación se hallaba vacía.

En el departamento no había ningún armario, sólo una ventana en la alcoba que ya conocemos. Si Mathers hubiera sido asesinado, Doc opinaba que se le hubiera dejado donde estuviera en el momento de morir.

El hombre de bronce se había formulado una teoría provisional en la cual se fundaba para opinar de aquella suerte, pero ni el vivo Mathers ni su cadáver se encontraban en parte alguna de la casa.

Doc volvió junto a la puerta de la biblioteca. De uno de los bolsillos extrajo un pequeño frasco y al propio tiempo que avanzaba despacio iba vertiendo parte de su contenido —un polvillo gris— sobre la gruesa alfombra.

Hecho esto se colocó a un lado y encendió la lámpara de bolsillo.

Simultáneamente surgió del suelo singular y verdoso resplandor fosforescente. Y este resplandor asumió la forma de unas huellas dejadas, al parecer, por unos pies que hubieran pisado la alfombra.

Junto a ellas surgió, también, una línea fosforescente.

De ello dedujo Savage que se había arrastrado un cuerpo pesado

sobre la alfombra. Probablemente el cuerpo de un hombre.

El rastro luminoso iba a morir junto a la pared. Pero allí no había puerta ni armario. Sólo una librería plana.

Doc se detuvo un momento a contemplarla. La misma se había construido dentro de la misma pared.

Acercó el oído a una hilera de libros y una dura expresión le contrajo las hermosas facciones. Acababa de oír la fatigosa respiración de una persona.

Dentro del hueco abierto estaba el corredor de Bolsa. Doc requisó su interior con la mirada y el rápido escrutinio le descubrió una ventana de ventilación. Esta estaba abierta. Un aire puro penetraba en la secreta cavidad.

Los gases deletéreos escapados de la trampa instalada en la biblioteca, no habían llegado, así, hasta el prisionero. El hombre de bronce tomó nota mental de la escalera instalada, probablemente, por el corredor en calidad de salida secreta. Por lo visto era cierto que temía un ataque homicida.

Unas cuerdas ligaban los tobillos y muñecas de Mathers. A1 libertarle Doc, tomó nota mental de su fuerza bruta, muscular y mental. Era evidente que de poner empello, hubiera podido desatarse. Además, las cuerdas no estaban muy apretadas.

Mathers se quitó de la boca la mordaza de esparadrapo y gimió en voz alta.

—Por poco llega tarde, Doc Savage —dijo con acento plañidero —. O me hubiera muerto ahí dentro o me hubiera usted visto con la marca negra sobre el corazón. Pero se le quería coger a usted. Apostaría cualquier cosa a que han cortado la línea del teléfono.

Doc no hizo comentario alguno a aquellas frases. Claramente se veía que la trampa había sido una añagaza mortal. También era evidente que con ella no se había intentado quitar de en medio al corredor.

Si era cierto que corría su vida peligro ¿por qué no le habían quitado de en medio en esta ocasión?

Mathers se había dirigido a la biblioteca. Sin saberlo, le dio a Doc una aclaración del enigma.

—Vivo únicamente porque no han podido quitarme una cantidad respetable de dinero —le explicó. Luego se quedó mirando la nota dejada sobre la máquina de escribir.

—Yo no he escrito ese mensaje —dijo al cabo.

—¿Me aguardaba usted aquí? —quiso saber Doc.

—Sí, y las luces se apagaron de pronto. Llamé a Komolo, el sirviente, único ser que tenía en la casa, pero, no me respondió. Entonces me asestaron un golpe en la frente.

—¿Qué se ha hecho de ese Komolo?

—Tendremos que ir a verlo.

Komolo, el criado de Mathers, era un sujeto particular. Era japonés. Pero, al revés de sus hermanos de raza, tenía una estatura respetable.

Al instante dedujo Savage que no procedía de las islas de su país natal sino que, más bien, sería oriundo del norte de China, dada su talla.

Komolo había perdido el conocimiento y, al recuperar, poco a poco, los sentidos, manifestó que casi le habían estrangulado al atacarle por la espalda.

—No he visto a mi asaltante —declaró—. Sólo sé que tenía mucha fuerza y que rápidamente me dejó fuera de combate.

Su garganta ostentaba la señal de unos dedos. Doc, aparentemente, no tomó muy en serio la historia del japonés.

A1 volver a la biblioteca, las grandes manos de Mathers se palparon los bolsillos de la americana. De uno de ellos extrajo un paquetito de cigarrillos.

Simultáneamente cayó de ellos al suelo un papelito. Doc lo cogió y se lo entregó a Mathers. El corredor encendió un pitillo con dedos temblorosos.

Exteriormente demostraba estar conteniendo una enorme excitación nerviosa. Lentamente, en voz alta, leyó lo escrito en el papelito.

"Mathers: has traído a Doc Savage a la muerte —decía—. Tu hora no ha llegado aún. Otros caerán antes".

Como firma llevaba la conocida marca negra.

Mirando las cartas, Doc estudió la escritura de la nota puesta todavía sobre la máquina de escribir. Ambas se habían escrito a máquina.

Mathers sacó otras dos de un cajón de la mesa. Cada una de ellas iba firmada igualmente por el punto negro.

Doc observó que estas dos notas habían sido escritas en una

máquina distinta. Sirviéndose, entonces, de un polvillo semejante a fina arena, las examinó rápidamente.

Poco después disponía de varias huellas dactilares. Sólo que no pertenecían a la persona que había estado en la biblioteca. Todas eran las huellas dactilares del propio Mathers, dejadas en el momento de coger las notas.

—Veamos qué sale de aquí —le dijo Doc.

Y procedió a espolvorear las teclas de la máquina de escribir. Una por una fue examinándolas luego, con la ayuda de la lente de aumento.

A todas se les había pasado un trapo. Conque de nada le valió haber tomado nota de cada una de las letras que las notas encerraban.

A pesar de ello, guardó silencio.

Pero sabía muy bien que sin las huellas dejadas sobre las teclas de la máquina no tenía manera de saber si Mathers había escrito aquellas notas.

Mathers estaba nervioso. Se agitaba sin cesar y cada vez se tornaba más apopléjico.

—En el fondo se trata de un chantaje —dijo a Doc—. Figúrese que me han amenazado, por teléfono, un hombre que se denomina a sí mismo "la marca negra". Este sujeto me ha contado un cuento chino. Según dice, van a morir otros tres hombres para probarme que no puedo tampoco escapar a una muerte próxima y cuando, según él, haya tenido tiempo de convencerme el castigo aplicado a esos tres caballeros ¡vendrá a exigirme un millón de dólares! ¡Ese hombre tiene forzosamente que estar loco!

—Es muy posible —replicó Doc tranquilamente—. Hace poco le hablé de Andrés Podrey por teléfono. ¿Qué le parece? ¿Puede ser uno de esos tres caballeros amenazados de muerte?

—¡Pues ya lo creo! El pasado acontecimiento me había hecho olvidar eso. ¿Cómo lo sabe?

—Porque Podrey ha sido asesinado esta noche —replicó el hombre de bronce—. Se le ha hallado con una marca negra sobre el pecho, según tengo entendido.

Así diciendo no perdía de vista a Mathers. No cabía confundir el significado del color gris que se extendió, rápidamente, por sus coloradas mejillas.

Se sentía visiblemente emocionado. Cada vez sentía más y más miedo.

—Pero, Savage… esta misma noche… Así, he acudido tarde en su ayuda… Debí pedir antes socorro… Ahora van a morir otras personas… —balbuceó.

—Se trata de vidas humanas. He de hacer lo que pueda para salvar a esos señores —manifestó Doc—. ¿Sabe sus nombres y apellidos?

—Le diré… exactamente, no —replicó Mathers—. Si me permite me quedaré, en su compañía hasta que el enigma se aclare. Tal vez antes de que sea tarde logremos saber los nombres de las dos personas a quienes se trata de asesinar.

—Sí. Póngase bajo la protección que pueda yo dispensarle —dijo Doc—. Ya había pensado tenerle conmigo.

El hombre de bronce se había hecho ya una idea particular con respecto a la historia del chantaje a que, según Mathers, se trataba de someterle.

Y por ello pasó lista mentalmente a los nombres descubiertos en el papel arrojado dentro de la papelera.

Claro como la luz estaba que Mathers se reservaba alguna cosa. Quizá se abstenía de referirle muchas cosas.

Se había dado cuenta de que el nombre de Podrey era el primero de la lista.

Así lógico seria suponer que el nombre que le seguía era el de la persona señalada para una muerte próxima.

El hombre de bronce actuaba por intuición. Podrey había muerto.

Si la historia de Mathers era cierta, aunque sólo fuera en parte, lo más probable sería que el asesino no demorase mucho la acción de matar.

Mathers se le quedó mirando, sorprendido, cuando se apoderó del auricular del aparato colocado sobre la mesa de despacho y al dar Doc el número, se sobresaltó visiblemente.

Doc llamaba a la residencia ciudadana de un tal Homer Pearsall. Pearsall era uno de los corredores más importantes de fincas de la ciudad.

Mathers inquirió:

—¿De dónde ha sacado ese nombre?

Doc, que aguardaba comunicación, no replicó, Mathers miró la papelera.

Una oleada de sangre le tiñó las gruesas mejillas.

Fue una mujer la que contestó a la llamada telefónica de Doc.

—Mister Pearsall pasa la noche en su casa flotante del río Hudson —replicó a una pregunta de Doc—. Mañana al mediodía estará de vuelta en la ciudad.

—¿Tendría la bondad de decirme la situación de la casa flotante? —rogó Doc.

La mujer se la indicó. Se hallaba en el cruce de dos carreteras de la costa de Westchester, sobre el Hudson.

—La casa está anclada allí, bajo los arrecifes.

Mathers se puso de pie. Los ojos se le saltaban en sus órbitas.

—¡Gran Dios! ¡Qué locura! —exclamó—, estar allí solo en la casa.

—Es decir ¿que sabia usted que es uno de los hombres condenados a morir? —inquirió el hombre de bronce.

—No lo sé, mas lo sospecho —contestóle Mathers.

—Pues lo está, en realidad —afirmó Doc—. Y de no suceder algo imprevisto, me parece que llegaremos tarde a salvarle. Venga conmigo.

Cuando Doc les daba instrucciones, sus hombres solían obedecerle inmediatamente.

Monk y Ham habían llegado al departamento del rascacielos poco después de haber ido Doc a la casa de Mathers. Por espacio de una media hora se estuvieron peleando de palabra.

Doc había quitado, sin darse cuenta, la placa del dictáfono y por ello sus camaradas no sabían dónde podría hallarse a la sazón.

Al sonar, pues, el zumbido especial que señalaba una llamada del teléfono, saltó Ham de la silla en que estaba sentado y fue a tomar el auricular.

Monk se acercó a otro aparato. Estaba dispuesto a identificar la llamada en caso necesario y, dada la importancia que asumió, tuvo que hacerlo después.

Una voz dijo con acento nasal:

—Homer Pearsall será la próxima víctima de la marca negra. Manténgase al margen de este asunto, Doc Savage, sí estima en algo su vida y la de sus camaradas.

—¡Eh! —Ham se preparaba a hacer una pregunta.

El teléfono dejó de funcionar.

—El hombre ha hablado muy deprisa y no me ha dado tiempo de llamar a la Central —explicó Monk con sentimiento.

—¿Homer Pearsall? —repetía Ham entre tanto—. Me parece que no me es desconocido. Anclado en el Hudson, tiene una de sus casas flotantes, de gran tamaño, propia de los millonarios. Yo creo que a Doc le alegraría saber lo ocurrido. Pero nos ha mandado que no nos movamos de aquí hasta su regreso. ¿Qué harías tú?

—Poner en juego la inteligencia, picapleitos —le dijo Monk, sonriendo—. Nos ha ordenado, verdad es, que le aguardemos, pero probablemente querrá que ahondemos también en el misterio. Ni a Renny ni a Johnny ni a Long les ha ordenado que permanezcan aquí, de manera que...

—¡De manera que —siguió diciendo Ham con entusiasmo—, eres, realmente, un mono sabio! Llama tú a cualquiera de ellos mientras averiguo yo donde se encuentra a la sazón ese Homer Pearsall.

El coronel Juan Renwick, por mal nombre Renny, estaba todavía levantado, madurando el problema que le ofrecía su cargo de ingeniero a lo cual debia haber sido llamado para ocupar un empleo en América del Sud.

Justamente era uno de los mejores ingenieros de la nación, pero a la rutina de su cargo prefería correr aventuras con Doc Savage.

—¡Por el toro sagrado! —dijo su vozarrón por teléfono—. ¡Y yo que estaba pensando en salir de Nueva York! ¡Menuda salida!... Bien: ¿cuándo empezamos a repartir leña?

Al ser llamado, el arqueólogo Johnny replicó a Monk con acento perezoso y soñoliento:

—De la nebulosa oscuridad que envuelve la monotonía de mi existencia, sale, al fin, un misticismo homicida que va a sacar de su letargo mi dormida mentalidad. ¡Al momento soy con vosotros!

Más lacónica fue la respuesta dada por Long Tom, el mago de la electricidad y otro de los camaradas de Doc.

—¿Qué? ¿Hay jaleo? ¡Voy volando!

Así fue como los tres compañeros restantes de Savage corrieron, a través de Manhattan, hacia la ribera del Hudson por la parte de Westchester.

Poco sospechaban los tres que con ello se declaraban en rebeldía, contrariando los deseos de su jefe común.

Si éste había ordenado a Monk y Ham que lo aguardaran en el departamento del rascacielos había sido, justamente, con objeto de evitar que fueran víctimas de un complot homicida que podía alcanzar proporciones desmesuradas. Con todo, no parecía suceder nada que tuviera siniestro significado a bordo del yate de Homer Pearsall.

Era el tal caballero un individuo cetrino de rostro, desprovisto de vitalidad, al parecer, agotado por la vida activa que imponen los negocios.

Todo su interés se hallaba concentrado en dar golpes sensacionales relacionados con el proceso de operaciones sobre bienes raíces.

La noche en que le encontramos instalado a bordo del yate se siente jovial, de excelente humor. Le acompañan dos criados de color. El yate es, en realidad, un pequeño palacio flotante.

Los dos servidores actuaban de guardias de corps. Ambos eran fuertes e iban bien armados.

Pearsall había llegado a la casa flotante poco después de medianoche. Lo primero que hizo al entrar en el barco fue abrir la caja fuerte instalada en su lujoso camarote. En ella dejó un paquete voluminoso.

—Bueno, Burke —dijo a uno de sus guardias con acento vivo—. En este paquete hay una cantidad regular de pasta. Si queréis manteneos a cubierto, pero no permitáis que nadie entre a bordo hasta que no os dé la señal.

"Estoy en tratos con un individuo que no desea dar la cara y por ello voy a sostener con él una entrevista en la playa a la cual me dirigiré en el bote. Quería que llevara allí el dinero, pero para que se lo entregue tendrá que venir aquí conmigo.

Ya bien entrada la noche, Pearsall entró en la lancha. El mismo la dirigió hacia la playa. En un punto distante del yate, como una media milla, se delineaban los depósitos de aceite y de gasolina de un viejo embarcadero.

Pearsall apagó las luces de la lancha y sirviéndose de la lámpara de bolsillo, arrojó con intermitencias, sus rayos sobre la costa.

—¡Ah de la playa! —gritó al propio tiempo con voz apagada.

—¡Aquí estoy! —le respondieron de la misma manera—. ¡Póngase en pie y arroje ese cabo!

—¡Al momento! —Pearsall se puso de pía empuñando la amarra en la diestra.

La proa de la lancha tocó fondo y dio un salto en el aire. Pearsall vió surgir de la niebla la figura de un hombre. Loa rayos de su lámpara le delinearon el rostro. Probablemente hubiera podido identificar después, al hombre.

Pero no tuvo ocasión. El millonario corredor de fincas no supo nunca si la lancha llegó a tocar o no en el desembarcadero.

Sin embargo, no había sonado ningún tiro. No se había dado golpe alguno.

Tampoco se había usado la violencia.

Pearsall cayó sin un grito. Quedó tendido, de bruces, en el fondo de la embarcación. A aquella misma hora, otro bote surcaba las aguas del río cerca del yate. Era un viejo bote de remos. En su interior iban Renny, Long Tom y Johnny.

CAPÍTULO V

MAS SANGRE NEGRA

LONG Tom era el remero de aquel viejo trasto. Por el camino se aflojó una de las mohosas abrazaderas y con voz ahogada lanzó Long Tom un juramento. Enseguida volvió a poner en su sitio el remo.

—¿Qué te parece? ¿Estará Doc por ahí? —interrogó Renny—. Todavía no hemos visto algo que se parezca a un coche.

—Le tendrá estacionado lejos de la ribera —repuso Long Tom—. Mirad, ese yate está todo él iluminado. Con todo, no parece que se dé a bordo una fiesta.

—Has hablado con muchísima lógica, —dijo Johnny en su tono sentencioso—. Por lo visto, la bacanal se habrá extinguido por sí misma. Es decir; ya a bordo reina un silencio y una tranquilidad que no presagian nada bueno, camaradas.

—En efecto, no se oye ruido alguno —observó Renny.— Ese silencio produce mal efecto.

Era cierto. Cada una de las bombillas eléctricas encendidos a bordo del yate de Pearsall se esforzaban por atravesar la niebla. El buque se mecía sobre las dos anclas que le impedían dejarse llevar por la corriente.

Pero ninguna voz dio el grito de ¡alto! al bote que se acercaba.

—No perdamos la calma —recomendó Renny a sus compañeros —, aunque no me agrada, lo confieso, esa decoración. No es natural tener todas las luces encendidas sin que nadie aparezca.

Long Tom deslizó silenciosamente el bote debajo de la popa del buque, cuyo casco habíase construido igual al de una gabarra. Era, ciertamente, un palacio flotante capaz de alojar a una veintena o dos de invitados.

Long Tom y Johnny saltaron al puente sin hacer ruido. Renny se asió a la borda reluciente y se izó hasta cubierta. Pero la borda se astilló y lanzó un estallido.

Johnny y Long Tom se agazaparon a la sombra. Los dos recomendaron en voz baja al ingeniero que tuviera cuidado. Pero no parecía preciso tomar precauciones. Desde la abierta puerta de un camarote salía a cubierta radiante reguero de luz que se extendía en forma de abanico.

Más allá no había movimiento ni sonido. Renny hizo crujir las planchas de madera de cubierta bajo los grandes pies. Se escurría, como una sombra, hacia el iluminado camarote.

—¡Mirad esto! —exclamó dirigiéndose a sus compañeros—. ¡He aquí la causa de que no se produjera ningún ruido!

Con la punta del pie había tocado algo blando. Era un cuerpo tendido junto al camarote, fuera del radio luminoso. Con el super-firer en una mano y la lámpara en la otra, Renny derramó la luz a torrentes sobre la cabeza del ser inmóvil.

—¡Por el toro sagrado! —exclamó—. ¡Está bien muerto! ¡Y tiene dos armas!

En efecto, "estaba bien muerto" el sujeto tendido sobre cubierta. Tenía la cabeza torcida, rígidos los brazos abiertos. Parecía apuntar todavía con los revólveres de pesado calibre a un enemigo invisible.

Una de sus orejas le había sido en parte arrancada.

—No parece sino que alguien le haya abofeteado el rostro con una esponja llena de tinta —observó Long Tom—. Ah, no. Veo que el negro liquido le sale de la oreja. Parece sangre, pero sangre negra.

Johnny guardó silencio. Olfateaba un peligro inminente.

Antes de aproximarse a la puerta del camarote, Long Tom hizo un rápido reconocimiento de las armas del muerto.

—¡Es chocante! —comentó después—. Este hombre tenía en la mano dos revólveres, sin embargo, no ha disparado ni un tiro. Lo que le ha aniquilado fue tan rápido, a lo que se ve, que no le dio tiempo a usarlos. ¡Cuidado, camaradas!

Más adelante vieron que no tenían por qué guardar preocupaciones. El enemigo había llegado y partido al punto, al parecer. Johnny identificó al sujeto de rostro cetrino tendido en mitad del camarote. Era Homer Pearsall.

Aquel rostro ofrecía un espectáculo espantoso. Tenía rota la nariz por efecto de un golpe o de una caída, la boca y el mentón oscurecidos por una substancia negra y pegajosa.

—¡Atrás! ¡No lo toquéis! —advirtió Johnny—. Ved esa marca.

La marca consistía en un punto negro, situado sobre el mismo corazón de Pearsall. Era redonda, un círculo perfecto.

Pearsall tenía los ojos abiertos, vidriosos y sin vista. El corpachón de Renny sufrió un estremecimiento.

—Yo creía que esos seres a los cuales se denomina "vampiros" mordían en la garganta —murmuró—. Mejor será que salgamos de aquí y que aguardemos a Doc.

—Quien sabe si no habrá estado ya —sugirió Long Tom.

Johnny asió a Renny por un brazo y le dio una apretón.

—Mira hacia allá —le dijo con voz ronca—, en la entrada de esa habitación.

Tres pares de ojos eacudriñaron, con ansia, las sombras de la habitación indicada por Johnny, cuya puerta estaba entornada.

De ella sobresalían los pies de un hombre.

—¡Oh, no será Doc... imposible que sea Doc!... —balbuceó Long Tom con voz velada.

El cuerpo del hombre permanecía sumergido en la sombra. Sus pies atestiguaban que también estaba muerto.

No era el cuerpo de Doc Savage. El hombre de bronce no había llegado aún al palacio flotante. Aquel cuerpo pertenecía a un feo sujeto de orejas grandes como coliflores.

Tenía las ropas desgarradas y a la luz de la lámpara de Johnny divisaron perfectamente, los tres compañeros, la marca redonda.

El difunto tenía asida un arma de fuego con las dos manos. Aparentemente había tratado de llegar a la ventana del camarote. El arma no había sido disparada.

—Tendremos que echarle un vistazo al yate —sugirió Renny—. No nos separemos y estad dispuestos a hacer fuego cuando sea menester.

Con las armas levantadas, los tres hombres iniciaron una requisa de la embarcación, Las luces continuaban encendidas.

En cuestión de unos minutos visitaron todos los camarotes Sólo quedó por explorar la bodega de aquel yate de recreo tan parecido a un alijador.

A través de una oscura escotilla abierta, les dio en las narices el olor del agua de pantoque. Entonces volvieron al camarote principal.

Allí vieron monedas esparcidas por el suelo. Alguien había volado la pequeña caja fuerte abierta en la pared del camarote. Dentro vieron, roto, un fajo de billetes de Banco. El menor de estos billetes era de cien dólares.

—No le toquéis —aconsejó Johnny a Renny y a Long Tom—. Lo mejor será que aguardemos escondidos a que llegue Doc. Pronto estará aquí.

Antes de dirigirse al yate, Doc había llevado a Mathers a su departamento del rascacielos, porque la situación de Pearsall amedrentaba de un modo extraordinario al corredor.

Allí le aguardaba nueva sorpresa desconcertante. Al entrar en la antesala en compañía del hombre de bronce, Monk y Ham se divertían de lo lindo.

—¡Malditos sean los cabellos rojos! ¡Maldita sea esa cabeza llena de viento! —aullaba Monk exasperado—. ¡Cómo te coja te voy a hacer picadillo! Conque que prefieres quedarte aquí solo para recibir a Pat, ¿eh?

Ham le dirigió una sonrisa burlona.

—¿Acaso te has enamorado de ella? Bien. No tienes la culpa. Tal vez le agrades también. Las mujeres son caprichosas.

—¡Cómo repitas eso, maldito picapleitos, te cortaré las orejas! Lo haré como lo digo, ¡sí, señor! —exclamó Monk.

Dio tres zancadas y se arrojó sobre Ham.

El abogado hizo un movimiento con el brazo hacia atrás. La bruñida hoja del estoque brilló en su mano. La punta se detuvo a menos de tres pulgadas del rostro de Monk.

Los nervios de Mathers estaban ya en tensión antes de llegar al departamento. Por ello su corpachón bovino se estremeció de aprensión.

Temblando, se detuvo en la misma puerta y se refugió tras de Doc.

E1 hombre de bronce no se turbó lo más mínimo por lo que parecía un duelo a muerte.

Le sobraba razón para no preocuparse porque la pendencia se extinguió por sí misma. Ni Monk ni Ham llegaron a las manos.

—Pat está en el laboratorio, Doc —manifestó Ham.

—¡Y ha traído consigo a un feo sujeto de rojo cabello que está ahí dentro sacándole fotos! —dijo Monk.

—Si, es Mahoney, un cameraman de la Future Pictures —siguió diciendo Ham.

—Pensé que Pat saldría a saludarnos —replicó tranquilamente Doc—. Os presento a Jaime Mathers. Se quedará con nosotros algún tiempo. Renny, Long Tom y Johnny han estado aquí. ¿Adónde han ido?

Doc había mirado hacía un rincón. Sobre una silla acababa de ver allí, el cinturón lleno de cápsulas de un super-firer. Cuando Renny visitaba una casa no había que quebrarse mucho los cascos para deducir su presencia en ella.

—Sí —replicó Ham,— han estado aquí. A estas horas deben haber llegado ya al yate de Pearsall. Nos ordenaste que permaneciéramos aquí y te hemos obedecido, pero con ellos no rezaba la orden, ¿verdad?

El hombre de bronce no respondió a la pregunta. Lo que hizo fue dirigirse a la biblioteca sin pérdida de tiempo. Su buen sentido le hizo adoptar una definitiva evaluación.

¡Por lo menos, de momento, debía mantener al margen de todo aquello a sus cinco camaradas! Llegado que hubo a la puerta, se volvió y ordenó a Mathers:

—Aguarde ahí unos minutos, Mathers. Ham, ve enseguida al yate en compañía de Monk y di a tus compañeros que adopten todo género de precauciones. Es posible que os veáis atacados. No os mováis ninguno de allí hasta tener noticias mías.

El rojo Mahoney se sentía como en su casa donde quiera que se encontrase.

Su carácter no le permitía acobardarse delante de las personas por grande que fuera su importancia.

Lo que más deseaba en aquellos momentos, era tener ocasión de ofrecer al público neoyorquino la primera película en que apareciera Doc Savage.

Además, le agradaba disfrutar de la compañía de Patricia, que era persona muy agradable.

Pat le había dicho:

—Usted no debe sacarle a Doc una fotografía.

—Si, ya lo sé —había respondido él sonriendo—. Ahora comprendo por qué me ha traído aquí. Con el exclusivo objeto de que pueda su interesante primo ver las instantáneas que he tomado del asesinato.

Ahora le tocó a Pat el sonreír.

—Veo que los cameraman poseen bastante inteligencia —observó—. No creerá, ¿verdad?, que he puesto a su disposición las substancias químicas de Doc y le he permitido revelar ese film si no hubiera esperado de usted, a la vez, un pequeño favor.

Mahoney secó el film y deslizó el carrete en la máquina de proyecciones de Doc. Luego apagó las luces del laboratorio. A su vista ofrecióse, entonces, el interior de la biblioteca de Podrey y apareció el cuerpo del difunto millonario.

La blanca camisa, abierta a la altura de la pechera, dejaba ver su pecho y en él se destacaba, claramente, la negra marca circular.

La cámara había sorprendido asimismo otros detalles de la habitación en que se habla cometido el crimen. El ojo de la lente captaba ciertas particularidades que habían pasado desapercibidas a los ojos del Capitán de Policía.

—¡Excelente fotografía! —observó una voz serena—. ¡Por vez primera tengo también a un fotógrafo en mi casa en calidad de huésped!

Al propio tiempo se llenó de luz el laboratorio. Mahoney miró fijamente al gigante bronceado, que se mantenía de píe en el umbral de la puerta.

—¡Gracias por el cumplido, mister Savage! —replicó con una sonrisa—. No le molesto mucho ¿verdad?

Doc no dijo nada. Sus manos nerviosas palparon partes del aparato de proyecciones. Sus dedos corrieron a lo largo del film.

A continuación dijo:

—Supongo que le interesará conocer, Mahoney, unos nuevos aparatos que poseo. Pat, enséñale varios de los nuevas lentes de Viena. Son prometedores, capaces de producir nuevas dimensiones.

Pat le comprendió rápidamente. Por razones desconocidas para ella, su bronceado primo deseaba distraer la atención del cameraman.

Efectivamente, mientras Mahoney se entusiasmaba delante del intrincado aparato de cine, el hombre da bronce sacaba del carrete

la película del crimen.

Sus manos operaban con increíble rapidez. Le quitó un pedazo a la cinta de celuloide y se lo guardó en el bolsillo.

Más tarde la colocó en el baño y lo reveló mediante un procedimiento químico especial de su invención.

Gracias a la operación, logró que se destacara con mayor claridad la sombra de un rostro vecino a las cortinas en movimiento de la biblioteca de Podrey.

Ni Patricia ni el cameraman se habían dado cuenta, por lo visto, de la presencia de aquella cara en el film.

La voz de Pat bajó extraordinariamente de diapasón. Dijo, vuelta a Doc:

—¿Qué debo hacer ahora?

—Vuélvete a casa y descansa —le ordenó Doc, en tono firme—. Mañana reanudarás la acostumbrada tarea de dirigir el gimnasio y el salón de belleza. Dentro de unos días te llamaré.

El cameraman intervino.

—¿Me permite, mister Savage, la intromisión en este caso? —le suplicó—. Haré magníficas fotos. ¡Es justamente la ocasión que vengo aguardando desde hace mucho tiempo!

Pero el hombre de bronce sacudió la cabeza. Se negaba a acceder.

Comenzaba a sospechar que le amenazaba, y amenazaba a sus camaradas, un peligro espantoso, mucho mayor que los corridos hasta entonces. Nunca había consentido que se diera publicidad a sus aventuras.

Su cometido consistía en enmendar las injusticias cometidas en el mundo y en corregir o castigar a los malhechores. Por todo ello junto y a pesar de agradarle Mahoney, su respuesta fue una franca negativa.

El cameraman se sonrió un poco. Pat le miró de soslayo.

Si a los dos se les había ocurrido una misma idea, la de seguirle, se equivocaban de medio a medio.

Porque aunque Doc no parecía moverse un ápice, estaba ya en mitad del laboratorio. Tras de él se cerró la barrera de acero cromado. Sonó un ¡clic! apenas perceptible y se corrieron los cerrojos de la puerta.

—¡Por las barbas de mis antepasados! —exclamó el fotógrafo.

En vano golpeó con el puño la puerta cerrada. En vano buscó la manera de abrir aquella cerradura.

—Vale más que lo deje —le aconsejó Patricia—. Esa puerta se mueve en obediencia a un invisible lente fotográfico, a una especie de aparato de electricidad y nunca conseguirá que se abra si no sabe la manera.

—Abriré esta puerta —replicó lleno de confianza Mahoney—, y de no haber alguien que me lo impida, dentro de un momento estaré en el yate de Pearsall. ¡Vaya fotografía que voy a tomar!

¡La fotografía debía ser muchísimo mejor de lo que el propio Mahoney esperaba!

CAPÍTULO VI

ARDE EL RIO

PAT habla dicho a Mahoney que únicamente un mago en materia de electricidad lograría abrir la puerta del laboratorio.

—Bien, señora mía, ¿soy o no soy brujo? —dije el cameraman poco después.

Debía serlo, en efecto, porque la barrera de acero cromado habíase abierto de golpe. Mahoney conocía a fondo su profesión.

Además le había puesto Pat sobre la pista al hablarle de la lente foto —eléctrica. Mahoney se apoderó de la cámara y corrió al ascensor.

Jaime Mathers iba sentado junto a Doc, mientras el potentísimo sedan volaba a través del Bronx, hacia Westchester y el río Hudson. Elevados pilares pasaban, veloces, junto a ellos semejantes a las estacas puntiagudas de un vallado.

El veloz automóvil aflojó la marcha llegado que hubo al cruce de dos caminos, luego le dio rápidamente la vuelta a una esquina y marchó en línea recta hacia el río Hudson.

Allí la carretera descendía, poco a poco, hasta el nivel de los farallones.

Todas las rocas alineadas al borde de la carretera aparecían bañadas, en aquellos momentos de un color escarlata. Llamas espesas de humo negro se retorcían y formaban pequeños remolinos en el cielo bañado de luz matinal.

—Ya me tenía yo algo así —observó el hombre de bronce.

—¡Gran Dios! —exclamó Mathers—. ¿Arderá el yate de Pearsall?

—Permanezca aquí —le dijo Doc, apeándose de un salto del coche—. En el caso de que oyera llegar a alguien, salga del auto y escóndase entre las matas del bosque.

—¡Es que no quiero que me deje aquí sólo! —gimió Mathers—. ¡Le acompañaré!

Temblando, posó los pies en el camino. Pero hablaba en vano. Doc se encontraba, a la sazón, en el borde del morro. No se había molestado en buscar un camino.

Allí estaba cortada a pico la pared del morro natural y se elevaba unos cien pies sobre el nivel del río. Como viera unas hendiduras entre las rocas, Doc se sirvió de ellas para efectuar el descenso. Los dedos ágiles y flexibles de sus manos y pies se asían a todas partes.

Mathers hizo alto en el borde mismo del morro. Por más que se devanaba los sesos, no descubría la manera de bajar al nivel del río. Vió entonces que no ardía el yate de Pearsall.

Estaba rodeado, eso sí, de grandes llamas. Desde una distancia de cien metros hasta su desembocadura, habíase convertido, el Hudson, en un mar de fuego. Este fuego se extendía con rapidez sobre la superficie de las aguas.

Ya rodeaba el buque, lamiendo su casco de madera.

Más arriba, en el viejo muelle de carga, un tanque de gasolina escupía el flotante combustible sobre el río. El fuego habíase iniciado allí mismo. Sus llamas devoradoras lamían, ahora, los pilares del viejo muelle.

Junto al tanque de combustible yacía el cuerpo de un hombre. Iba aquel sujeto vestido con un mono y en la mano empuñaba un revólver de reglamento. Había sido el guarda de los depósitos de gasolina.

Las llamas de fuego se le acercaron, le tocaron la ropa. Esta estaba impregnada de grasa y se prendió al momento.

Renny, Long Tom y Johnny, habían contemplado largo tiempo, las monedas diseminadas en el camarote del buque.

—¡Qué manera de proceder tan especial la de estos ladrones! —observó Long Tom—. No comprendo que se hayan tomado la molestia de matar a tres personas y volar esa caja para dejarse ahí todo un fajo de billetes de banco. ¡Quizá tuvieran prisa!...

—¡Sí! —gruñó Renny.— Y si somos listos, nosotros debemos hacer lo propio. Doc no ha venido ni vendrá por aquí. Por ello os propongo que vayamos a tierra firme y allí aguardaremos a que aparezca.

—¿Qué demonios es eso? —gritó Tom, abalanzándose de un salto a la puerta del camarote—. ¡El río está ardiendo!

La incendiada gasolina procedente del tanque almacenado se esparcía rápidamente de manera que, en cuestión de unos segundos, rodearon sus llamas a la embarcación.

—Haremos bien en tirar estos cuerpos dentro del bote y en tratar de dirigirnos en él a la playa —propuso Johnny a sus camaradas—. Me parece lo mejor, además de que Doc querrá examinarlos, como es natural.

Los tres corrieron al lugar donde habían dejado el bote de remos. La cuerda de amarre había ardido. E1 viejo bote distaba de ellos, a lo menos, varios metros. Entretanto la cubierta del buque les quemaba los pies y les asfixiaban los vapores de la pintura que ardía.

—¡Por cien pares de venablos! —rugió Renny inesperadamente —. ¿Qué es aquello?

Sus compañeros también lo habían visto. A poca distancia de la playa había surgido un brazo humano de entre las llamas. Rápidamente se había lanzado fuera de la superficie del agua. Después se había retirado con la misma rapidez.

—El fuego ha sorprendido a ese desgraciado y se está ahogando —gritó Long Tom—. ¡Tal vez no sea tarde para acudir en su socorro!

La sábana de fuego y el agua se abrieron junto al casco del yate. De ambos surgieron dos brazos. Manos vigorosas se asieron al borde de la borda.

Mojados cabellos, color de bronce, que parecían impermeables al agua y al fuego, precedieron a la aparición de Doc. Sus ropas se incendiaron en el momento de poner el pie sobre cubierta.

Sus grandes manos, provistas de tendones semejantes a cuerdas de acero envueltas en la bronceada piel, apagaron aquel fuego.

Había venido a nado desde la playa permaneciendo todo el tiempo bajo el agua con objeto de escapar al incendio. En cierta ocasión había levantado un brazo a modo de experimento. No había salido a la superficie hasta tocar con las manos el casco del yate.

Ya despedía llamas el palacio flotante allí donde se había prendido la pintura. Un examen rápido de Doc le hizo ver, suspendido por encima de la cubierta, un bote salvavidas de metal.

—Bajadle y disponeos a remar —ordenó a sus camaradas, mientras, raudo como una centella, se metía en el camarote.

Mientras le obedecían, verificó un apresurado examen del cuerpo de Pearsall. Reparó en la marca negra que tenía en el pecho, sobre el corazón y en la sangre de color negro —violáceo que salía de la rota nariz.

Era evidente que el golpe del rostro le había producido la muerte.

Luego se paró delante de la volada caja fuerte.

Fuera sonaban los golpes con que se trasladaba, desde la segunda a la primera cubierta, el bote salvavidas. Renny apareció junto a la puerta del camarote. Doc recogía las monedas desparramadas por el suelo. Entre ellas vió algunas de plata.

—Llévate el cuerpo de Pearsall al bote salvavidas —dijo a Renny —. Pero antes empapad vuestras ropas con el liquido extintor. El viaje va a ser caluroso conque ¡cuidad de no respirar fuera de la camisa!

Estas instrucciones hubieran parecido disparatadas a cualquiera extraño a ellos. Los hombres de Doc las comprendieron perfectamente.

Cada uno de ellos se apresuró a sacar del bolsillo una cajita aplastada de metal, provista de una valvulilla de escape. Por ellos salió, más tarde, un chorro de blanca espuma.

Bajo la dirección de Doc, había Monk perfeccionado el extintor químico de incendios. Una porción relativamente pequeña del líquido bastaba para extinguir el fuego en un área considerable de terreno, pero la llama de la gasolina flota en el agua y es el fuego que más cuesta apagar.

Con todo, el extintor ideado por Doc, evitaría que se prendieran las ropas de los tres hombres. Ellos evitarían que penetrara el fuego en sus pulmones, tirando hacia arriba de las camisas hasta cubrirse con ellas la cabeza y respirando únicamente a través de su tela.

Los brazos gigantes de Renny eran todo lo que se necesitaba para depositar los restos de Pearsall en el bote salvavidas. Doc levantóle en vilo para lo cual le asió por ambos lados. Luego lo lanzó al río en llamas.

Agachados en su interior, Renny, Long Tom y Johnny, comenzaron a darle a los remos.

—¡Eh, aguardad un minuto! —aulló Renny—. ¿Vienes con nosotros, Doc?

—Pronto me tendréis a vuestro lado —prometió el hombre de bronce.

CAPÍTULO VII

EL RAPTO DEL CADAVER

DOC Savage se inclinó sobré el cuerpo del finado guardia de corps de Pearsall. Había vuelto al interior del camarote. Fuera crepitaban las llamas.

Ardía ya la mayor parte del palacio flotante. En el camarote penetraban los acres vapores de la pintura.

Doc extrajo de un pequeño estuche de cuero una lanceta resplandeciente y con mano hábil le hizo una profunda incisión a la garganta del cadáver.

La sangre salió a chorros de la gran vena yugular. Manó poco a poco a borbotones y luego estos se espesaron. Era aquella sangre tan negra como la redonda señal colocada sobre el corazón del cadáver.

Rápidamente, Doc llenó de ella un frasquito que llevaba a prevención.

Acabada que hubo la operación, le puso un tapón y se lo guardó. Como levantara entonces la mirada, vió avanzar los remolinos de humo y llamas hasta delante de la misma puerta que se abría sobre cubierta. Sin embargo, aun no había terminado de hacer lo que deseaba.

Tratándose de cirugía era insuperable. Con respecto a los venenos y otros elementos diversos que descomponen los tejidos del hombre, sabia más que otro cualquiera. Eran vastísimos sus conocimientos en esta materia.

Precisamente por ello era inventor de diversas y delicadas operaciones del cerebro.

El exótico trino se dejó oír, de pronto, por encima del crepitar del fuego. La rara escala musical invadió el camarote.

Doc acababa de comprender que estaba a punto de hacer un sorprendente descubrimiento. Este podría o no, disipar el misterio de las muertes, señaladas con la aparición del circulo negro, pero no por ello dejaría de constituir una prueba definida.

Ahora bien: para completar la investigación, el hombre de bronce necesitaba que descansara en el suelo el cadáver del guardia de corps, y las llamas comenzaban a invadir el camarote. El calor se hacia insoportable.

Asiendo el cuerpo entre los brazos vigorosos lo levantó en vilo. Su salida del camarote se verificó con la velocidad de un proyectil. Por espacio de un segundo le envolvió el fuego que amenazaba con cambiarle el matiz bronceado de la piel, transformándole en tostado o negro color.

A1 segundo siguiente saltaba por encima de la baja borda de la embarcación. Todavía seguía en sus brazos el pesado cuerpo del guardia.

El hombre de bronce contuvo el aliento y se lanzó al río en llamas.

Desde la ribera, Renny, Long Tom y Johnny, contemplaban el palacio flotante.

¿Habría aguardado demasiado su jefe de los bronceados cabellos? ¿Le habrían atrapado al fin? ¿Por qué no daba la señal de salida del yate?

—¡Vaya todo en hora mala! —exclamó Renny—. Dentro de un minuto se hundirá esa embarcación. Doc no ha debido quedarse ahí dentro.

—Pronto saldrá contoneándose —replicó Long Tom; pero él mismo no sentía mucha confianza.

Sirenas se dejaron oír sobre el promontorio del morro. Desde el seno del Hudson, llegó hasta ellos el ¡boo! ¡boo! de un bote de salvamento.

Súbitamente se alzaron llamas en espiral por encima del puente del palacio flotante. Una lengua de fuego lamió el depósito de la gasolina.

Como resultado estalló con aterradora, doble explosión y se hendió toda la obra muerta del barco. Su casco se partió en dos. Densos vapores ascendían, sibilantes, de aquel casco hasta los cielos.

El casco de un bote de salvamento se hundió entonces en el área incendiada del río. Los bomberos llegaban a tiempo de ver cómo se hundía el yate.

Sirviéndose de extintores químicos se había procurado un área libre de llamas. Pero los bomberos llegaban demasiado tarde para determinar el número de personas muertas en la catástrofe. Fue en esta ocasión cuando se hizo patente el claro talento de Johnny.

Allá arriba, en el morro, llegaban por decenas los automóviles. Sus ocupantes descendían a la ribera.

—Nuestros coches pasarán desapercibidos en medio de todos ésos —manifestó a sus camaradas—. Esto me parece bien. No creo conveniente que nos demos a conocer hasta que reaparezca Doc, pues no creo que haya permanecido en el interior del barco siniestrado.

Uno de los primeros en llegar a la orilla del Hudson fue el capitán Graves.

Con las piernas separadas y los ojos muy abiertos, inspeccionó el bote de metal que acababa de sacarse del río.

—Yo creía que, al cabo, habíamos llegado a alguna parte con la detención de ese Arturo Jotther —dijo en tono áspero,— pero veo que no. De todos modos, es evidente que no ha podido tomar parte en esa fechoría ya que le tenemos encerrado bajo llave en Port Chester.

La fechoría a que aludía era la muerte dada a Pearsall, cuyo cuerpo, rígido ahora, tenía delante. A1 llegar a la ribera, Johnny y sus camaradas habían creído prudente abandonar allí el cuerpo del millonario con objeto de que fuera descubierto en forma legal.

El capitán miraba fijamente la negra marca dejada sobre el corazón de Pearsall, la sangre negra que bañaba su faz. La marca era perfectamente circular.

Un agente de policía detuvo su coche en el morro sin prestar atención a que acababa de romper el vallado que protegía un pequeño arbusto. Apeóse y corrió a la ribera, gritando:

—¡Capitán Graves! ¡Capitán Graves!

El capitán profirió un juramento desde abajo.

—Veamos qué es lo que ocurre. ¿Qué sucede? ¡Aquí estoy! —gritó a su vez.

—¡Que... ha... desaparecido! —balbuceó el agente.

—¡Ta, ta, ta! ¡Si está aquí, tendido en el fondo del bote! —replicó Graves—. ¿Cómo puede haber desaparecido? Bueno, ¿a quién te refieres?

—¡A Jotther! Ya sabe, Arturo Jotther, la persona que habíamos detenido y que está complicada en el caso Podrey. Pues bien: ha acogotado al carcelero y se ha escapado de la prisión.

El capitán miró el cadáver y su marca negra.

—¿Hace mucho de esto? —inquirió.

—Un par de horas, tal vez más —respondió el agente—. Jailer había salido. Ha tratado de dar con usted sin conseguirlo.

Renny, Long Tom y Johnny habían oído aquello.

—Hablan del individuo acusado —dijo Tom—, del primer crimen. Conque hace un par de horas que escapó, ¿eh?

Jaime Mathers, el corredor, había permanecido escondido en lo alto del morro. Identificó desde allí a los tres hombres de Doc y también llegaron a sus oídos las palabras cambiadas por el agente y el capitán de policía.

Ellas le movieron a ocultarse con más cuidado. Su actitud era la del hombre que cree llegada su última hora o, por lo menos, que puede llegar de un momento a otro.

Aparentemente había decidido que el paraje no era bueno para su salud, porque no demostró inclinación a permanecer en él, con todo, y haber arribado en compañía de Doc Savage.

No se detuvo al llegar a la carretera. Vacilando, a tropezones, huyó al amparo de la niebla matinal, cruzando los abiertos claros del bosque. Los cuadros de maleza favorecieron su fuga. Ni Renny, ni Johnny, ni Long Tom, le oyeron partir. Tampoco Doc les había hablado de su presencia en el morro.

Mientras Mathers se ocupaba en alejarse de la escena del crimen, llegaba Doc Savage a la ribera. Había cubierto el trayecto nadando entre dos aguas.

Tomó tierra un par de varas más abajo del punto en que se congregaba la multitud en torno del bote de metal y del cadáver metido en su interior.

Doc tiró del cuerpo del guardia y lo sacó a terreno seco. De entre sus ropas extrajo el estuche de cuero. Luego colocó su lámpara de manera que el finísimo haz de sus rayos, agudo como la punta de un lápiz, quedara oculto por la espesa maleza que crecía en la

margen del río.

No podía ser más extraordinaria aquella improvisada sala de operaciones.

Pero al cabo de cinco minutos, Doc había abierto el cerebro y el corazón del difunto guardia. Ante todo le hizo una incisión profunda a través del cráneo.

La luz de la lámpara reveló con todo detalle la estructura de los tejidos.

El cerebro se había puesto negro como resultado, en opinión de Doc, de la sangre coagulada en él. Las diminutas partículas que alimentan la substancia gris se habían reventado.

Del pecho musculoso del cadáver extrajo Doc lo que parecía ser una cuña negra y circular. Los músculos habíanse endurecido. Aquella cuña semejaba un instrumento romo hundido hasta el corazón. Este órgano mismo se había convertido en ennegrecida bolsa vacía.

La poca usual operación hizo comprender a Doc una sola cosa: que la muerte producida por la negra señal atacaba por igual el cerebro y el corazón de la víctima. Asesinaba sin producir dolor. También, sin dar tiempo a la víctima para defenderse contra ella.

Así, estaba tan lejos como poco ha, de averiguar qué era lo que había producido la marca famosa. Y, al mismo tiempo, estaba seguro de que un peligro inminente amenazaba a los tres camaradas que le aguardaban. La voz del capitán Graves llegó hasta él.

—¡Diseminaos! —ordenaba a sus agentes—. Buscadme a un hombrecillo de cara incolora, de cabellos grises. Se llama Arturo Jotther. Que todos vayan en pos de él. Pero ¡cuidadito! Es hombre peligroso. Registrad, uno por uno, todos los coches, y no permitáis que se escape ninguno sin haberlo registrado antes.

Por encima de la muchedumbre de curiosos que rodeaban al capitán Graves, flotó una voz:

—¡Tened cuidado y no busquéis en la oscuridad! La marca negra puede heriros en silencio. Tal vez la tiene Arturo Jotther, adoptad precauciones.

Graves profirió un juramento violento: —¿Quién ha dicho eso? — exclamó fuera de sí —. Quiero que se obedezcan mis órdenes. ¡Registrad la arboleda! ¡No permitáis que salga de aquí ningún coche!

—¡Cuidado, capitán! Las armas no sirven de nada contra la marca negra.

Doc continuaba junto al cuerpo del guardia muerto a quien acababa de hacer una autopsia tan singular. Al parecer, no había movido los labios.

Sin embargo, salía de él aquella voz. Se servía de la añagaza del ventrílocuo con la esperanza de evitar otras muertes.

Se daba cuenta de la heroicidad del capitán, de su bravura sin igual. Pero no cabía despreciar la misteriosa marca negra.

Jamás había visto a Arturo Jotther. Le había hablado de él Patricia Savage y Pat no creía que fuera el asesino de Podrey.

Mas si Jotther había rotos sus ligaduras y había estado libre dos horas o más de su encierro no era imposible que se hubiese dirigido al yate de Pearsall.

Doc colocó la carne negra extraída al cadáver en un pequeño recipiente de cristal que llevaba en su estuche médico de cuero.

Más tarde analizaría aquella carne ennegrecida. Mientras el capitán daba la orden de no permitir que ningún coche saliera del morro, se quedó inmóvil, escuchando atentamente.

Los motores de sus automóviles eran tan silenciosos como había logrado construirlos su ingeniero. Pero su oído fino acababa de percibir la vibración de dos motores. Nadie más que é1 podía oírlos. Sus facciones se distendieron en comprensiva sonrisa.

Ni Johnny, ni Renny, ni Long Tom, se dejaban jamás un cabo suelto. Por entonces, tenían que haber comprendido ya que Doc no querría que se descubriera su presencia en el morro, ni tampoco que se descubriesen y registraran sus coches; por lo tanto, marchaban con ellos, con el sedan de Doc y aquél que les había traído.

Doc se preguntó si estaría Mathers dentro del automóvil. No sabía que seguía corriendo al azar. A la sazón distaba una milla del morro.

Los agentes de la policía procedieron al examen de los vehículos estacionados sobre la punta, que ascendían al número de doscientos.

Doc se perdió entre la multitud que seguía a los agentes. De esta manera llegó al punto donde estuviera estacionado su propio coche.

La policía había registrado ya los coches vecinos, uno de los cuales se hallaba colocado de manera que su parte de atrás estaba

junto al lugar ocupado anteriormente por el coche de Savage.

El hombre de bronce exhibió una pequeña caja negra y apuntó con ella a la ventana de atrás del coche más próximo. Ninguna luz salió de la caja.

Pero un azulado resplandor apareció, de repente, sobre la mencionada ventanilla. Era una luz fosforescente descubierta sólo por los rayos invisibles que salían de la caja. Doc estaba seguro de que sus camaradas le habrían dejado un mensaje escrito sobre aquella ventanilla y, en efecto, así era.

"Te aguardamos en el primer cruce de la carretera".

Aquello quería decir que los tres hombres pensaban meter los coches que guiaban en la primera carretera que se desviara del camino real. Así, se apartó de él, también, y echó a andar a campo traviesa.

Sus tres compañeros lanzaron exclamaciones de alivio al ver aparecer entre los árboles su cuerpo gigantesco. El sedan de Doc y su propio coche estaban estacionados lejos de la carretera.

Doc Savage no se molestó en preguntar por Jaime Mathers. Jamás hablaba en vano. Mathers no estaba presente.

Ninguno de sus hombres le hablaba de él, y, por consiguiente, llegó a estas conclusiones: o Mathers había vacilado en darse a conocer a Johnny y sus dos camaradas, o por motivos particulares había optado por poner pies en polvorosa.

Doc opinaba que así había sido, porque esperaba que, al cabo, le hicieran sus nervios traición.

—Habéis procedido perfectamente ocultando los coches —dijo a sus camaradas—. Ahora tenemos que atender a otro asunto. Marchad al instante y dirigiros al hangar instalado en la casa almacén. Allí están Monk y Ham. Decidles que vuelvan al rascacielos. Espero un nuevo mensaje. Además, podría ser que se iniciara un ataque contra los hangares y quiero que uno de vosotros se halle de guardia junto a los aparatos.

Doc no deseaba, por nada del mundo, que sus compañeros se dieran cuenta de que lo que en realidad pretendía era mantenerlos alejados del peligro.

Manejándoles con prudencia lograría hacerles creer que tenía motivos para estacionarles en puntos distintos.

Lo que verdaderamente aguardaba era la llamada telefónica del

tercer hombre amenazado de muerte por la marca negra.

Renny se sentó ante el volante, en uno de los coches, y Doc permaneció, un instante, a su lado, mientras entraban en él Johnny y Long Tom. Renny no reparó en el leve movimiento de su mano, hecho con suma habilidad.

Pero más tarde, cuando pensara en utilizar el aparato de radio, descubrió que estaba estropeado.

Mediante el ardid esperaba Doc que no descubriera demasiado.

Se deslizó ante el volante de su propio sedan y dejó que los otros desaparecieran antes de arrancar. Luego, el coche avanzó, con un salto, de costado. Después de llevar recorridas cien varas, la aguja del velocímetro marcaba sesenta kilómetros.

Doc habló de pronto. Simultáneamente se apagó la luz de los faros. El hombre se había calado una especie de anteojos de camino que, aproximadamente, tenían la forma y el tamaño de dos latas de leche condensada.

—Ahora ya no puedes ver el camino que tienes delante —manifestó en alta voz.

Para hacerla un hombre solo, como si hablara consigo mismo, aquella manifestación tenía algo de estrambótica. Sin embargo, Doc siguió diciendo: —

No puedes saber la velocidad a que avanzamos, pero la verdad es que el coche adelanta a razón de noventa millas por hora. Diviso el camino sirviéndome de los rayos infrarrojos, invisibles a tus ojos. Una lente especial del coche es la que proyecta dichos rayos. Por ello veo claramente la carretera y no me cuesta nada seguirla.

Cualquiera que le hubiese escuchado habría dicho que se había vuelto loco.

¿Por qué pronunciaría con tanta calma aquellas frases? ¿Por qué entablaba una conversación inexplicable consigo mismo?

Luego siguió diciendo:

—Estás ahí. Lo sé porque te oigo respirar y percibo tu olor inconfundible. Te has encaramado en la trasera del coche para escapar a la policía. Tal vez te hubiera tomado por otra persona a no ser por el olor. Así, juzgo que debes ser Arturo Jotther. Si tienes encima algún arma te mando que la dejes a un lado. Cuando lo hayas hecho, ven a reunirte conmigo.

Doc estaba en lo cierto. La furtiva figura encogida en la

oscuridad que se cernía en la parte posterior del auto, no era otra que la pequeña mole de Arturo Jotther.

Su rostro gris apareció arañado por la frenética huida a través del bosque.

Además, tenía rasgada toda la ropa.

Quizá el terror, un terror inconfundible, era lo que le mantenía silencioso.

—A noventa millas por hora ya puedes imaginar lo que será de ti en el caso de que sea yo súbita víctima de la marca negra —comentó Doc—. ¿Ves? Ahora aplico al coche una velocidad de cien millas por hora.

Arturo Jotther no pronunció una palabra. Sus finos y blancos dedos buscaron la aldaba de la portezuela. Esta se abrió de golpe. Mas dada la velocidad a que marchaban, el viento cerró la portezuela otra vez y amenazó con arrancarla de sus goznes.

Doc se dio cuenta de lo que estaba sucediendo con el tiempo justo de impedirlo. Movió el volante y las llantas de goma del raudo sedan chirriaron en son de protesta. A1 propio tiempo se difundió por la atmósfera el olor a goma quemada. Doc le había aplicado los frenos sin pérdida de momento.

Pero el liviano cuerpecillo de Arturo Jotther salió despedido del interior del automóvil, cayó, como proyectil arrojado por una catapulta, al camino, y allí rodó, una y otra vez, sobre sí mismo.

Doc consiguió detener el coche unos metros más allá.

Sus ruedas iniciaron una media vuelta, se deslizaron, obedientes, hacia atrás.

La luz de los faros barrió el suelo del camino. Doc se quitó los anteojos.

Descendió en el punto donde se efectuara la caída de Jotther.

De acuerdo con las leyes de la gravitación, el hombrecillo debió quedar convertido en informe masa de carne y de huesos. Sin embargo, ni carne ni huesos vio Doc sobre la asfaltada carretera.

Entonces la cruzó y se acercó a la cuneta. Espesos zarzales orillaban la linde del camino formando espesa alfombra. Más allá, crecían apiñados rododendros.

Arturo Jotther no había muerto. Las espinosas ramas de los arbustos le habían lacerado el cuerpo, ello era inevitable, porque su cuerpo había rodado sobre la masa espinosa que formaban.

La espantosa fuerza de impulsión de la caída a la velocidad de cien millas por hora habíale llevado a más de cincuenta pies de distancia del camino.

Debido a este milagro había sobrevivido el fugitivo. Doc siguióle el rastro algún tiempo entre rocas y espinos. No cabía duda de que el amedrentado Jotther había huido con toda la velocidad que imprimía el terror a sus pies.

Gotas de sangre manchaban las hojas de los arbustos vecinos. Pocos hombres lo hubieran contado tras de caer desde un coche que avanzaba a tan espantosa velocidad.

Transcurridos que hubieron unos minutos, abandonó la persecución.

Acababa de oír, otros coches que avanzaban carretera adelante. Sin duda, él hubiera podido guiar a los agentes de policía hasta Arturo Jotther.

Pero partió en el coche sin proporcionarles los informes que, con toda seguridad, deseaban.

CAPÍTULO VIII

MENSAJE EN LLAMAS

SU meta era la mansión del difunto Andrés Podrey. A él le tocaba investigar, ahora, los asuntos personales de Jotther y creía posible que alguno de los viejos servidores del millonario podría comunicarle lo que deseaba saber.

Pero no llegó a la finca. Se hallaba delante de la entrada cuando comenzó a sonar el zumbido característico de una llamada por radio, dentro del coche.

Ham le hablaba sirviéndose de una onda especial ultra corta.

—¡Doc! —dijo su voz desde el departamento del rascacielos—. Te ha llamado un tal mister Cogdon de la "Electrical Rasearch Corporation". Parece ser que acaba de producirse una explosión en el muelle de carga de la fábrica, situada en la ribera del Hudson. Parte de dicha fábrica está ardiendo y Cogdon ha creído oportuno poner el hecho en tu conocimiento.

Doc replicó:

—Ya he recibido el mensaje. Tú permanece ahí con Monk. Que Renny y sus camaradas se queden en el hangar. No salgáis de casa suceda lo que suceda. Aguarda a que vuelva a transmitirse un mensaje por teléfono. Temo que vais a oírle de un momento a otro. Cuando llegue, llamadme.

Doc sentía extraordinario interés por aquella fábrica de la "Electrical Research Corporation". Es más: tenía colocado una parte de su capital en el laboratorio de aquella Institución científica.

Muchos inventos había perfeccionado o descubierto allí, También se daba cuenta de que, al saberlo, se hubiera plantado allí, sin pérdida de momento, Long Tom, el mago de la electricidad.

Mucho interés le inspiraban algunos de los experimentos en

materia de electricidad que, a la sazón, se estaban llevando a cabo en la fábrica.

Doc le hizo dar media vuelta al sedan y le dirigió, a través del distrito de Westchester, hacia el río Hudson. Justamente recordaba que la fábrica distaba solamente una milla del punto en que había ardido el yate de Pearsall.

Llevóle algún tiempo cruzar el distrito de Westchester y al apearse del coche en la margen del Hudson, nuevamente, le guió un resplandor que invadía el horizonte.

Ahora el hombre de bronce estaba seguro de que hubiera podido dar una respuesta en el caso de que alguien le hubiera preguntado la causa de las muertes producidas por la marca negra.

Procurando no llamar la atención, se metió entre el gentío que llenaba los muelles. Frente a él, en el muelle de aquella parte del Hudson, vió elevarse grandes llamaradas mezcladas a una columna de humo oleoso.

El fuego habíase iniciado allí y no en el interior de la fábrica.

Pero los tinglados resecos del muelle daban un calor sofocante. Se habían hecho añicos los cristales de todas las ventanas de la fábrica y en el interior del edificio mismo jugueteaban azuladas llamas. Por fuerza tenía que haberse incendiado rápidamente alguna substancia química que se hallara a mano.

Al aproximarse Doc, sonó una explosión y se vino abajo un trozo de pared.

Algunos bomberos provistos de bombas de succión, cuyas mangas llegaban a la fábrica desde el río, arrojaban toneladas de agua sobre el siniestrado edificio sin obtener grandes resultados.

Las substancias químicas originaban un incendio tal, que sólo hubiera sido extinguido mediante otras substancias químicas.

Doc miró en torno. Buscaba a Cogdon, el gerente de la fábrica. Al cabo, surgió delante de él un joven de buena estatura.

—¡Mister Savage! —exclamó aquel joven—. ¡Me alegra verle aquí! Con ese humo se evaporan cinco años de continuo trabajo.

—Y, por lo visto, usted ha pretendido evaporarse como él, ¿no es así? —replicó en tono seco Doc Savage—. Más adelante podremos reemplazar los ingredientes químicos que estamos perdiendo y volver a iniciar los experimentos, pero cuando se quema una inteligencia superior es difícil, a veces, reemplazarla por

otra.

El hombre de bronce aludía a los evidentes esfuerzos hechos por aquel joven alto. Se llamaba Ronald Doremon y por espacio de cinco años venia ayudando en sus tareas al gerente Cogdon.

Ahora, su rostro magro, solemne, de colegial, se había ensombrecido. Tenía las cejas quemadas, ennegrecida una buena parte de la cabellera y envueltas las manos heridas en sendos pañuelos.

Doremon no se sonrió. Era un joven que, aparentemente, se tomaba en serio la vida y su empleo.

Cogdon era mayor y tenía un sentido más filosófico de la existencia.

—Estamos de malas, mister Savage —comentó, en cuanto le hubo echado la vista encima al hombre de bronce—. De ahora en adelante tendremos que sustituir por otro el material perdido cuyo valor asciende a muchos miles de dólares y emprender nuevos trabajos.

—Con ello le proporcionaremos empleo a mucha gente y correrá el dinero —replicó Savage—. ¿Cómo ha comenzado el fuego?

El sombrío rostro de Cogdon se puso ceñudo.

—No ha comenzado por la fábrica. El guarda ha dicho que ha sido a causa de una explosión bajo el viejo muelle. Ha estallado como producido por gasolina, bencina, o alguna substancia inflamable. El guarda dice que poco después oyó arrancar un automóvil.

—De tan vagos informes no creo que podamos deducir la razón del incendio —observó Doc. Y al propio tiempo señaló con un gesto el infierno en que se había transformado el tinglado del muelle.

El fuego se extendía, desde allí, hasta el mismo borde del agua. Por consiguiente, destruía toda prueba del acto de salvajismo perpetrado.

El hombre de bronce estudió la situación de la fábrica y vió que una de sus alas se extendía más que el cuerpo del edificio. Dicha ala escapaba a la destrucción iniciada por el incendio. Cogdon dijo:

—Naturalmente, tendremos que reconstruirla enseguida.

Luego dejó escapar un silbido y se sonrió, comprensivo. Doc ya no estaba junto a él. El hecho no le sorprendió extraordinariamente, porque ya estaba, de antiguo, habituado a los singulares

procedimientos del hombre de bronce.

Doc visitó, desde el exterior, toda el ala de la fábrica. Había escapado en toda su extensión a la acción destructora de las llamas. Los bomberos concentraban sus esfuerzos en apagar el fuego mismo.

Doc se acurrucó debajo de una ventana. Esta se hallaba defendida por una ligera reja de hierro en forma de barrotes. Un hombre cualquiera no hubiese podido quebrarlos.

Doc metió sus vigorosas manos a través de la reja y se estremecieron sus corpulentos hombros. La reja cedió, se dividió. Doc rompió, entonces, un cristal de la ventana usando de un hombro para ensanchar la abertura hecha en la reja.

Dentro, la habitación estaba iluminada solamente por el rojizo resplandor del siniestro. Doc se acercó en silencio a una hilera de vitrinas de cristal adosadas a la pared.

Alguien había roto el cristal de una de aquellas vitrinas y la rotura era reciente. Los rotos fragmentos del cristal estaban todavía diseminados por el suelo.

El aire se llenó de pronto del armonioso trino de Doc. De aquel silbido exótico desprovisto de melodía definida. Y Doc se quedó convertido en estatua por espacio de varios segundos. Tenía entendido que aquella parte de la fábrica estaba defendida por inventos humanos y mecánicos.

El cristal de aquella vitrina ¿se había roto antes o después del incendio? Tal vez habrían sido simultáneas ambas cosas.

Doc pasó lentamente por delante de la hilera de vitrinas. No había ningún otro cristal roto. Andando, llegó, al cabo, al final de la hilera.

Una deslumbradora luz azul surgió, de pronto, ante su vista. Ella originó remolinos en las doradas pupilas. Sierpes de fuego se retorcieron a lo largo de las paredes del laboratorio. Dedos retorcidos y sinuosos de llamas dibujaron una red amenazadora ante todas las puertas y ventanas.

Era una corriente eléctrica de alta tensión la que corría por la pieza desde cien puntos distintos e invisibles.

Por espacio de dos o tres minutos, avanzó Doc con precauciones buscando la llave que cerrara la corriente. La barrera era perfecta y le impedía salir por ningún hueco abierto en el laboratorio.

De pronto recordó que la llave que buscaba estaba en el edificio central de la fábrica. Habíase colocado allí con objeto de que ninguna persona extraña pudiera llegar hasta ella. La red de cables eléctricos estaba tendida a sus pies, bajo el piso del laboratorio.

Doc titubeó sólo unos segundos. El calor se hacía cada vez más intenso.

Carecía de medios adecuados para franquear la barrera de azuladas llamas.

El contacto de una sola le hubiera producido una muerte instantánea.

Tampoco podía darse cuenta Cogdon de lo que ocurría porque no le había enterado de que pensaba hacer un examen de aquella parte del edificio.

De uno de sus bolsillos extrajo una esfera de cristal del tamaño de las que usan los niños para jugar. La esfera iba acompañada de una palanca diminuta.

Doc movió la palanca sirviéndose de la uña del pulgar. Era muy reducido el espacio que tenía ante sí porque el laboratorio no era muy amplio, pero no podía remediarlo.

Se instaló, en cuclillas, detrás de una mesa llena de retortas de cristal, y con ligero movimiento de su brazo envió a rodar la esfera al extremo de la habitación. Brilló una luz cegadora, sonó horrísono trueno. Los recipientes de cristal se hicieron añicos.

A1 propio tiempo cayó al suelo, se volcó en él, la mesa que le servia de refugio a Doc Savage. La explosión elevó muchos metros en el aire al hombre de bronce.

Su cuerpo atravesó, velozmente, la zona ocupada por las llamas azules de la singular corriente eléctrica. Pero la explosión había cortado el circuito.

Dentro de la esferilla arrojada por Doc se escondía un potentísimo explosivo ideado por el hombre de bronce. La palanca había determinado el momento en que debía verificarse la explosión. Ella acababa de derribar toda una parte del ala de la fábrica.

Por desgracia, era la más próxima del incendio. Por ello, al ser removido, se llenó el aire de un fuego devorador. Doc descubrió que le habían interceptado el camino de la ventana.

Aturdido, resguardándose los ojos del calor sofocante, se acercó

a otra ventana. Cuando rompió su cristal le humeaban los vestidos.

Débil como estaba por la reciente voladura y conmoción subsiguiente, se vió incapaz de romper los barrotes que tenía delante.

Así, tornó a registrarse los bolsillos y de uno de ellos extrajo un frasquito.

Al derramar el liquido que contenía invadió la atmósfera un olor nauseabundo y repelente. Doc hizo tiras del lienzo de la camisa y con ellas envolvió los barrotes de la ventana empapados en el liquido corrosivo.

Sin embargo, antes de que tuviera tiempo de actuar, se vió obligado a hacer uso de su fuerza. Tiró de la reja y ésta se desprendió de su sitio. Entonces aspiró con delicia una bocanada de aire puro.

Inmediatamente después introdujo su cuerpo gigante a través del hueco abierto. Se había salvado del fuego a costa de unas cuantas quemaduras.

Pero cayó a tierra sobre los pies y las manos. Antes de que iniciara el esfuerzo de levantarse le asieron por los hombros. Doc no hizo nada para impedirlo. Permitió que el dueño de aquella mano le pusiera de pie. Luego, la persona que, sin duda, creía haberle salvado de una catástrofe, cayó, a su vez en tierra. Le humeaban los cabellos.

Era la persona solemne del ayudante de Cogdon, Ronald Doremon. En el momento de iniciar su ronda en torno del edificio incendiado, había descubierto a Doc Savage que salía por la ventana.

Las mangas de la camisa que llevaba puesta ardieron hasta los hombros.

Tenía llenos de ampollas los brazos y las manos.

El hombre de bronce le levantó en vilo y sus brazos fornidos le llevaron hasta la parte de delante del edificio. Doc sabía que el joven se había constituido en un caso clínico.

A pesar de ello no había lanzado una queja. Doc tuvo tiempo ahora de observar que tenía los ojos muy hundidos e intensamente negros.

Doc pasó velozmente por el Bronx. Rápidamente dejó atrás altos pilares.

Era aquella hora de la mañana en que imperan sobre todo los repartidores de la leche.

Dentro del coche llevaba al alicaído Doremon, cuyas manos y brazos se habían curado provisionalmente. El alto joven no hubiera podido servirse ni de unas ni de otros en aquellos momentos.

Aunque las calles del Bronx estaban poco menos que desiertas a aquella hora, Doc no perdía de vista el espejo colocado a su espalda. Desde algún tiempo atrás se había dado cuenta de que iba en pos de él otro coche.

Y no obstante tratar de despistarle, dando vueltas y revueltas por las calles laterales a la avenida que recorría para llegar al centro de Manhattan, el sedan que le perseguía se había mantenido escasamente a una manzana de distancia.

Doc miró a Doremon. Desde el sitio que ocupaba no podía ver en el espejo.

A1 parecer pasaba por un trance parcial de coma. Pero, de súbito, abrió los ojos.

Le movió a hacerlo un sonido tremebundo que parecía producido por varios hombres que, de pronto, se dedicaron a golpear los pilares de hierro del tren aéreo. Simultáneamente se conmovió y tembló la parte posterior del sedan de Doc al influjo de unos golpes de índole distinta.

Los primeros procedían del tableteo de una ametralladora; los segundos eran originados por las balas de la misma ametralladora que caían, espesas, como gotas de lluvia dentro del coche irrompible.

Doc le dio vuelta a una manivela. Una columna de vapor salió en el acto del escape. Se extendió por el aire. Era un gas químico destinado a paralizar a los ocupantes del otro automóvil.

Mas, por lo visto, sus ocupantes poseían un íntimo conocimiento de Doc Savage y de algunos de sus inventos defensivos, porque todos ellos llevaban caretas antigás bien ceñidas a la cara. El coche de ataque continuó avanzando. Doc pisó con el pie el acelerador. Hubiera logrado escapar de no sucederle algo en aquellos momentos a Doremon. Sus ojos brillaron febriles y delirantes. El dolor de sus quemaduras pareció intensificarse.

Exhaló un gemido y de un salto dejó el asiento. Sus brazos vendados se elevaron por encima de su cabeza. Doc llevaba una

mano puesta sobre el volante. Con la otra hubiera logrado fácilmente reducir al herido Doremon.

Pero con el fin de evitar un choque contra un pilar elevado, llevó el coche junto a la acera.

Aquí vióse obligado a aplicarle los frenos y hacer alto. El choque lanzó a Doremon sobre el parabrisas. Doc le sostuvo. Continuaba la rociada de balas.

Doc puso en marcha el sedan y el coche se corrió un poco sin apartarse de la acera. Antes de echarse a la cara a sus perseguidores, el hombre de bronce obligó a apearse a Doremon y abrió una llave que iba en el cuadro de instrumentos.

Doremon pudo andar, pero murmuraba entre dientes. Doc le empujó hasta situarle entre dos edificios. Había un pasaje que conducía a una calle paralela.

Apenas verificado el movimiento, surgió ante sus ojos el coche lleno de pistoleros. Chirriaron sus frenos. Luego, tres hombres provistos de caretas corrieron hasta el punto donde Doc dejara el sedan estacionado.

Al aproximarse se quitaron la careta.

Por lo visto, se figuraban que ya no tenían que temerle al gas. Esto fue un error.

Dos de ellos se colocaron de rondón en el interior del coche. A1 instante fueron dignos de figurar en una película de movimiento retardado. Sólo que sus movimientos se retardaron hasta cesar por completo.

Entonces rodaron hasta la acera, profundamente dormidos. Doc habiale dado suelta al gas en el momento de abrir la llave del cuadro de instrumentos.

Así dormidos permanecerían en la calle cosa de una hora sobre poco más o menos.

Su compañero lanzó un grito. A escape volvió a su coche.

Ya otros das compañeros se apresuraban a salir de él. Uno de ellos iba armado de ametralladora; el otro iba desarmado, al parecer. Los dos ostentaban las máscaras antigás. Los bolsillos del desarmado pistolero sonaron mientras corría. Era como si los llevara llenos de monedas de plata.

Tenía, como hemos dicho, la cara tapada. Pero Doc habla oído hablar de "Jingles" Sporado. Este habíase convertido en pistolero a

causa de cierta carga de licor mediante la cual quiso, en cierta ocasión, hacer un negocio fraudulento. Pues bien; el tal "Jingles" llevaba siempre monedas de plata en los bolsillos de la chaqueta o pantalón.

Ardientemente deseó ahora el gigante de bronce que cayera en sus manos cualquiera de aquellos bribones.

Comprendía que una misteriosa necesidad de ataque lanzaba en pos de él a aquellos hombres y pensaba que, tal vez, cualquiera de ellos podría ofrecerle la clave del enigma que originaba las muertes por la marca negra.

Al lanzarse a terreno descubierto, estaba seguro de poder evadir los disparos de la ametralladora. El hombre que la llevaba parecía no tener miedo y la llevaba por la boca, apuntando hacia tierra mientras corría.

—¡Cuidado! ¡Ahí está! —le gritó súbitamente "Jingles".

Doc acababa de mostrárseles. Pero Ronald Doremon era presa de un delirio violentísimo. Gimiendo, trató de echar a correr. Doc temió que pudiera matarse al joven herido.

Rápido como una centella inició la media vuelta y trató de empujarle hasta volver a situarle al amparo de la casa.

En aquel mismo instante se abrió una puerta vecina. De ella salió un hombre poco sospechoso y echó a andar acera abajo. "Jingles" tenía la mano levantada. Aunque aparentemente no empuñaba arma alguna extendió los dedos abultados.

El hombre recién salido de la casa cayó al suelo. Justamente ocupaba el espacio que Doc acababa de abandonar. No articuló grito alguno. Su rostro hirió la acera con tal fuerza que se saltó la sangre de la nariz.

Y aquella sangre se había puesto negra.

Doremon gemía y forcejaba en abierta lucha contra el hombre de bronce.

Parecía presa de un delirio que le privaba de todo conocimiento. Doc abandonó la esperanza de verificar la captura de "Jingles" o de alguno de sus pistoleros. Así, cogió en brazos al forcejeante Doremon.

A su espalda y a pocos metros de distancia, se elevaba la tapia baja de un patio interior. Doc corrió hacia junto a ella con velocidad sorprendente.

El peso de Doremon no le privaba del uso de los miembros. Al llegar junto a la tapia pegó un salto, se asió de ella con una mano sola y luego pasó al otro lado.

Sus perseguidores se detuvieron ante el pasaje. "Jingles" solo corrió hasta la entrada angosta. Llegado que hubo junto a la tapia, se encaramó a su cocina.

Entonces se ofreció a su mirada un espectáculo desolador. Allí sólo había un solar cubierto de escombros y de latas vacías de conservas.

"Jingles" lanzó una maldición y volvió a la calle. Los dos dormidos pistoleros fueron metidos dentro del coche. Luego arrancó el sedan y desapareció velozmente.

Un minuto después, salía Doc de la puerta de una casa. Vió que habían partido ya los pistoleros de "Jingles" y se acercó al infortunado vecino del pasaje que continuaba tendido en la acera. Sobre su corazón tenía una mancha negra, perfectamente circular. Aparentemente, nadie había tocado el sedan. Todavía estaba protegido por el gas que exhalaba de su interior.

Doc colocó a Doremon sobre el asiento del fondo y partió hacia un hospital donde su nombre significaba mucho.

Entre tanto, una gran perplejidad sobrecogía, en el rascacielos, a sus camaradas.

CAPÍTULO IX

EL ESPERADO ASESINATO

—SALIMOS para dirigirnos al almacén, volvemos al rascacielos. Renny, Long Tom y Johnny van también al almacén sin que suceda allí nada extraordinario —decía con acento plañidero la voz aniñada de Monk, el velludo químico—. ¡Es para desesperarse! Doc no ha procedido nunca así. En todo esto veo algo raro.

—Tal vez se prepara Doc a visitar a una persona importante. Una persona que la inspire suficiente respeto para no desear que aparezca a su lado tu rostro chocante —insinuó el avispado Ham.

—Conque sí, ¿eh? —dijo Monk—. Lo que probablemente temerá más es que tu chistosa manera de vestir haga concebir a esa persona una idea equivocada de nosotros. Creerá que somos damiselas compuestas y acicaladas. Pero, hablando en serio, sabes tan bien como yo que aquí hay gato escondido.

Ham no tuvo tiempo de replicar. Raras veces entraba una persona en casa de Savage sin que anunciaran su presencia varios aparatos.

Esta vez fue Patricia Savage la que habló, sonriendo desde el umbral:

—A lo que parece, no soy la única a quien preocupan los asuntos de Doc en este momento —manifestó con alegre acento—. Acabo de oír que os preparáis a afrontar lo que venga. ¿Queréis que unamos nuestras fuerzas?

Monk y Ham se habían mostrado siempre satisfechos de tenerla en su compañía, pero, ¡cosa rara! ahora Ham frunció el ceño.

—No creo que le agrade eso a Doc —respondió a la muchacha —. Me parece que se presenta hoy un caso de los más peligrosos.

—Mucho me agradaría que así fuera —replicó Patricia sin

inmutarse—. Sólo espero entrar pronto, muy pronto, en acción.

Un zumbido que sonó en aquel mismo instante denunció una llamada telefónica. Ham se deslizó en el interior del laboratorio y cogió el mensaje.

Monk siguió, a su vez, el procedimiento usual de escuchar desde otro aparato y pedirle a la Central la dirección de la persona que llamaba. En esta ocasión no fue necesario. Porque la persona en cuestión sentíase más deseosa de dar su dirección que el hombre de bronce averiguarla.

—¿Es usted Teodoro Marley Brooks? —interrogó a Ham una voz estridente—. ¡Me alegro de oírle! Debo ponerme en contacto enseguida con mister Savage. Me llamo Spade, Cedric Cecil Spade, y no me importa confesar que me siento trastornadísimo. ¡A la verdad estoy tan asustado como todo aquel que se siente próximo a morir!

—Sí; su nombre no me es desconocido —replicóle Ham desde el laboratorio—. Sé que al retirarse de Wall Street se ha dedicado a una especialidad, la de coleccionista de rubíes. ¿Me habla usted desde su finca de recreo?

—¡Precisamente! Bien dicen que los ayudantes de Savage son personas notablemente bien informadas —exclamó mister Spade—. Usted acaba de demostrármelo. En efecto, le hablo desde mi residencia de Manhasset. Es posible que se oiga lo que le digo, pero necesitaba hablar con usted.

—Pues hable usted —repuso Ham—. Dígame ahora cuanto desee, no se dé el caso de que suframos una interrupción.

—Verá: he recibido ya tres advertencias, sin hacerles hasta hoy ningún caso. En este momento acaban de llamarme por teléfono y me dicen que me queda poco tiempo de vida. Dos personas que me han nombrado han muerto ya. Por tratar de auxiliarlas han fallecido también otras varias.

—¿Conque le asusta eso que llaman la marca negra? —inquirió Ham con sorna.

—Ignoro lo que es eso —replicó Spade—. Pero sí sé que no puedo permanecer aquí solo sin riesgo de la vida. Y al propio tiempo temo abandonar la propiedad. Tengo aquí muchas cosas de valor. Primeramente mis rubíes. Después mis valores negociables y…

Ham exclamó, interrumpiéndole:

—No hable con tanta franqueza, mister Spade. Usted mismo acaba de decir que tal vez escuche alguien esta conversación.

—¡Caramba! ¡Lo sé! Y si la persona que nos escucha desea apoderarse de todo lo que poseo lo consideraré como precio, no muy alto, de mi existencia. Daría cuanto tengo por sentirme seguro.

Los hilos telefónicos llevaron hasta ellos una carcajada dura y despreciativa.

—¿Qué ha sido eso? —inquirió, temblorosa, la voz de Spade.

Los oídos de Monk y de Ham percibieron únicamente un zumbido persistente. Aparentemente acababan de cortarse los hilos de la residencia de Manhamet, propiedad de Cedric Cecil Spade.

Ham penetró como una tromba en el laboratorio. Monk entró en su interior por otra puerta.

—¡Maldición! —exclamó—. Lo he oído todo y tenemos que...

El despabilado Ham dijo, interrumpiéndole:

—Pat, nos llamada Doc. Quiere que Monk y yo vayamos sin pérdida de tiempo a reunirnos con él. Vete a casa y en cuanto pueda te llamaré por teléfono. Te prometo que si sucediera algo extraordinario o excitante te avisaría al punto.

Los bellos ojos de Pat expresaron desilusión.

—Si vais directamente a reuniros con Doc, esperaré —replicó pausadamente. Y enseguida añadió:— ¿Verdad que llamaréis si sucede algo sensacional?

—Confía en mí —contestó Ham sin parpadear.

Monk tragó saliva como aquel que siente molestia en la garganta.

Aparentemente, la joven creía al abogado. Con gracia sin igual marchó en dirección de la huerta del laboratorio y la pareja la oyó descender a la planta baja del edificio en uno de los ascensores corrientes.

El astuto Ham no se hubiera sentido tan seguro de ella de haber sido algo más observador. Porque, en realidad, Pat había oído, como ellos, el mensaje de Spade sirviéndose del aparato telefónico instalado en la biblioteca.

Pero Ham no se enteró de esto. Abrió el aparato de radio que había en el laboratorio y, al cabo de un minuto, había captado el coche de Doc.

El hombre de bronce había visto meterse a Ronald Doremon en

una cama del hospital erigido en la parte alta de Manhattan. Y en el momento de dejarle, el joven herido deliraba, murmurando frases sin ilación.

Por segunda vez en aquella mañana, resolvió Doc ponerse en contacto con una persona determinada de las que habitaban en la finca del finado Andrés Podrey.

La entrada en escena de "Jingles" Sporado y de sus pistoleros, había echado por tierra varias de sus deducciones. Pero la singular actuación de Arturo Jotther, al arriesgar su vida saltando del automóvil al camino, era una prueba definitiva.

Una vez más emprendió el camino hacia la carretera de Westchester.

Llevaba abierto, por sí acaso, el aparato de radio. La voz de Ham parecía algo impregnada del terror demostrado por Cedric Spade cuando le habló, poco más tarde.

—Quizás exagere Spade —fue la sorprendente respuesta de Doc —. Posee una cantidad enorme de joyas y eso le asusta. El mismo ha debido colgar, sin querer, el auricular. De todos modos, no creo que pueda sentirse miedo a estas horas de la mañana.

—Pero, Doc —insistió Ham,— creo que, en efecto, se han cortado los hilos telefónicos de la quinta porque no hemos podido llamar. ¿No seria conveniente que corriéramos a hablar con él?

Ordenó Doc: Reúnete con Monk a los compañeros en la casa almacén de la ribera del Hudson. Allí puede suceder algo todavía. Yo pienso hacer una pequeña excursión y a mi regreso hablaré con vosotros. ¡No salgáis del hangar!

Bruscamente cortó la comunicación.

Su acción inmediata no estuvo de acuerdo con la réplica a Ham porque le hizo dar media vuelta al coche, a pesar de haber llegado ya a la carretera de Westchester, y se metió por un camino lateral que conducía a Clason Point.

Allí estaba la vía férrea, el camino más corto de todos los que cruzan en dirección de Long Island.

Él le llevaría a College Point desde el cual tan sólo unas millas de distancia le separarían de la quinta veraniega que Cedric Spade poseía en Manhasset.

Doc sentía la premonición de que estaba plenamente justificado el temor de que había dado muestras el propietario de la finca.

Y la sentía porque justamente figuraban su nombre y apellidos en la tercera línea de la lista descubierta en casa de Jaime Mathers.

Lo peor era que, aun yendo a toda la velocidad de que estaba dotado el sedan, tardaría bien una hora en llegar a la residencia de Manhasset.

CAPÍTULO X

OJOS EN LA OSCURIDAD

CEDRIC Cecil Spade sentía miedo. Sus ojos relucían en la oscuridad como dos cuentas de cristal.

Era hombre apocado, de usual. En aquellos momentos estaba, además, amedrentado. Nadie más que él se hubiera metido, a oscuras, en la biblioteca.

Estaba acurrucado en el sillón de cuero, metido en el rincón más oscuro de la pieza y había ordenado que se cerraran y atrancaran persianas y postigos.

Esto en el exterior. En el interior había corrido los pesados cortinajes de seda.

Las puertas de la biblioteca estaban guardadas. Junto a la puerta principal, de pie, dos jardineros arreados de su rifle correspondiente. El mayordomo se había sentado junto a la otra puerta.

Su rostro lleno revestíase de una gravedad que estaba de acuerdo con las circunstancias. Sobre las rodillas tenía una pistola de repetición.

Esta constituía uno de los últimos adelantos en materia de armamento.

En realidad, podríamos llamarla una ametralladora.

Mister Spade se puso súbitamente en pie y, nervioso en extremo, paseó por la biblioteca, Dirigiéndose al otro lado, se detuvo delante de la pared y puso la mano sobre un pomo que allí había. Dentro de la pequeña caja fuerte se escondía la colección mundial más valiosa de rubíes, cuyo valor era imponderable.

El brillo y color de las piedras eran notabilísimos, aun en aquella oscuridad.

Mister Spade se estremeció y volvió a colocarlas en la caja. Sus manos temblorosas palparon unos papeles que, a su vez, puso otra vez en su sitio.

—No creo poder soportar esto mucho tiempo seguido —dijo con acento quejumbroso—. ¡Carlos! ¿Se han soltado los perros?

—Corretean por toda la finca, señor —replicó el mayordomo—. Si se acercara algún extraño ladrarían a más y mejor.

Justamente entonces iniciaron los canes un coro de ladridos. Media docena de voces caninas aullaron al unísono. Los perros se mostraban salvajes y excitados.

—¡Carlos! —volvió a exclamar mister Spade. Vea quién viene. ¡Ido! ¡que se cuiden de ello ahí fuera!... Usted...

El mayordomo no percibió el resto de la frase. Cedric Cecil Spade perdió, de pronto, todo interés por la idea que estaba expresando.

Bruscamente dejó de hablar. Sus manos abandonaron el pomo de la caja, y cayeron, inertes, junto a sus costados. Los papeles cayeron al suelo.

No exhaló ni un grito. Sus ojos, que brillaban menos en la oscuridad, cesaron simplemente de brillar. La alfombra en que tenía puestos los pies era espesa y de largo pelo. Ella apagó el ruido que hizo su cuerpo al caer.

Solamente se oyó un golpe apagado.

Mister Spade había dado un paso largo hacia adelante. A1 caer, dio con la cabeza en el brazo esculpido del gran sillón de cuero. El asiento se alzó lentamente sobre los goznes engrasados. La cabeza de Spade quedó debajo.

—¿Qué le ocurre, señor? —inquirió el mayordomo.

Uno de los jardineros pulsó la llave de la luz eléctrica. Instantáneamente se disipó la tenebrosa oscuridad de la biblioteca que le daba el aire de una tumba. Pero ahora lo era en realidad. E1 espectáculo era imponente.

Porque la estancia habíase convertido en cámara mortuoria de Cedric Spade.

—¡Por todos los santos de la corte celestial —exclamó uno de los jardineros—. ¡Si aquí no ha entrado nadie!... Sin embargo, le han matado. Mirad. Tiene las manos negras y se ha abierto la pechera de la camisa.

La diestra de Spade estaba negra, efectivamente, y relucía. Sobre ella manaba una sangre de un tono negro violáceo. Convulsivamente se había arrancado la pechera blanca de la camisa y la tenía deshilachada entre los dedos.

Sobre su corazón aparecía una mancha redonda y oscura. Sólo que los jardineros no se fijaron en esto. Tampoco el mayordomo paró mientes en ello.

Cedric Spade estaba muerto. La sangre que brotaba de la herida de la cabeza que se habla abierto al caer sobre el brazo de la butaca, era de un negro intenso.

—Bueno, no estéis ahí plantados sin hacer nada —dijo el mayordomo a los dos jardineros—. ¡Salid al jardín! ¡Buscad a los perros!

E1 tan grotescamente convulsionado cuerpo de Spade no era, en verdad, un espectáculo muy agradable que contemplar, por consiguiente, no retuvo a los dos boquiabiertos jardineros en la biblioteca.

En obediencia a la orden del mayordomo, bajaron corriendo por el hall hasta salir al jardín. El mayordomo se acercó al teléfono.

Con no floja sorpresa comprobó que volvía a funcionar. Carlos le había oído decir a mister Spade que le habían cortado los hilos. Llamó al cuartel de policía más próximo y hecho esto siguió a los jardineros.

Media docena de perros de caza, de los que instruye la policía alemana, corrían, ladrando, junto a las plantas que rodeaban el estanque artificial.

Ni jardineros ni mayordomo se habían ocupado, al salir de la cámara mortuoria, de volver a cerrar la caja de caudales. En ella había quedado, abierto, un estuche, lleno de rubíes resplandecientes.

Eran éstos del color de la sangre pura y limpia. Poco se parecían al caudal derramado por el pecho de su antiguo dueño.

Esparcidos por el suelo yacían diversos documentos de sello dorado.

Los perros policía iban y venían en torno del estanque. En su centro había un islote oculto a las miradas indiscretas por una pantalla de arbustos japoneses de hoja perenne.

Nadie vió moverse la sombra de un hombre en la parte baja del

jardín, junto al estanque bordeado de matorrales. Aunque de estatura poco común, aquella sombra avanzaba sin tocar una mata, ni siquiera una hoja de las plantas. Por ello, su avance no llamó la atención de los feroces perros de policía.

Doc realizaba, poco a poco, el avance, describiendo un circulo completo en torno del estanque. Juzgaba que Jotther trataría de escapar por el lado opuesto al que ocupaban, entonces, los perros. Preocupado por esta idea pasó por alto la desaparición de los jardineros. Les supuso lejos del jardín de la finca.

—¡Arriba esas manos, mocito! ¡Deprisa!

Los dos jardineros habían dejado atrás a los perros alborotadores y, por entre las matas, salieron delante mismo de Doc, interceptándole el paso.

Hecho esto, apuntaron con las escopetas. Doc elevó ambos brazos al cielo.

Razones muy poderosas le movieron a hacerlo.

En primer lugar, los jardineros estaban nerviosos. Les temblaban las manos.

Sus dedos se estremecían sobre el gatillo de las escopetas. Por ello, a pesar de llevar puesto el chaleco que le servía de cota, temía que la granizada de balas le hiriera la cara y ojos. Las descargas de una escopeta son peores, a boca de jarro, que los disparos de rifle o de revólver.

—¡Ahora, media vuelta y marcha hacia la casa! —le ordenó uno de los dos jardineros—. No vayas a creer que tenemos miedo de tus negras jugarretas.

Aquellas palabras fueron rayo de luz para Doc. De ellas dedujo de que había muerto Spade. Lo mejor era, así, que se dirigiera a la casa. Quizá descubriera en ella algo de importancia antes del arribo de la policía.

En el estanque artificial se produjo una leve zambullida. El sonido llegó hasta ellos desde el otro lado de la isla. Los perros ladraron con mayor energía. Doc dedujo qué se escapaba Arturo Jotther. De momento, lo mejor seria dejarle marchar.

Carlos, el mayordomo, llamó desde un punto cercano a la casa. Uno de los jardineros usó de la boca de su escopeta para dirigir a Doc hacia aquel lado.

Luego Doc, oyó un roce furtivo en los arbustos vecinos.

CAPÍTULO XI

OTRA VEZ MISTER MATHERS

LOS jardineros, de tardo oído, no percibieron el roce originado en los matorrales. Tampoco hubieran creído, aunque se lo hubieran jurado, que su prisionero, Doc Savage, pudiera oír, también, la respiración del hombre oculto.

Sin embargo, era tan fino el sentido auditivo de Doc, que llegó hasta él el ruido del aire que exhalaban los pulmones del desconocido. Incluso era capaz de identificar, mediante aquel ruido, a todas las personas conocidas.

La persona invisible se hallaba muy cerca de ellos. Doc tomó nota mental de la posición que ocupaba. Uno de los jardineros le tocaba todavía en la espalda con la boca de su escopeta. Ello fue una torpeza.

Hubiera sido mejor que hubiera estado a unos pasos de distancia.

Las manos inmensas, musculosas, de Doc, maniobraron con la rapidez del rayo. Sus dedos pulgares se incrustaron en la carne de los cuellos de toro de ambos jardineros. Doc no les alzó en vilo ni tampoco les sacudió.

A pesar de ello, los dos le miraron con ojos vidriosos. Pendieron, inertes, sus brazos vigorosos. Se les doblaron las rodillas. Los dos perdieron el conocimiento antes de rodar por el suelo.

Doc había ejercido determinada presión sobre uno de los centros nerviosos que hay en la base del cráneo. Los jardineros no sufrieron por esto detrimento. Pasadas que hubieran un par de horas; despertarían con una leve molestia en la espalda.

Los movimientos de Doc continuaron. A1 caer a tierra los jardineros se arrojó detrás del matorral. Al caer, con todo su peso,

sobre el hombre escondido, le arrancó un grito de espanto.

Mas era muy corpulento, casi tan alto como el propio Doc.

Este tuvo las manos ocupadas durante medio minuto. En el intervalo, su contrario no pareció sujetarse a ninguna de las reglas establecidas para la lucha. Desatinado, le arañó, mordió y golpeó, sin parar.

De vez en cuando se defendía a puntapiés. Doc disfrutaba de lo lindo. Ni una sola vez tuvo que esforzarse para reducir al adversario.

De pronto, se echó a un lado. Ostentosamente le tocó con sólo la punta de los dedos índice y pulgar. Pero el contacto de aquellos era duro como el de unos alicates de acero.

Había apoyado el pulgar en el sobaco del sujeto corpulento; el índice sobre uno de sus hombros. Con el esfuerzo, se le endurecieron los tendones musculosos, gruesos como cables, de las muñecas.

El rostro del hombre aquel palideció y tembló con todo su cuerpo.

—¡Por Dios, no, Doc Savage —exclamó—. ¡No haga eso! Yo quería únicamente que no me retuviera en este sitio; pudiera ser peligroso. Pero tenía mis razones para querer ver a Spade antes de...

—¿De que le masacren con el punto negro, Mathers? Ya me lo imagino. ¿De manera que juzga peligroso que le sorprendan en la propiedad de Spade? Bien. ¿Adónde fue anoche?

La persona que había forcejado con Doc era el corredor de Bolsa. Jaime Mathers en carne y hueso. Tenía los ojos hundidos y el rostro macilento. Por lo visto no había dormido.

—¡Escuche, Savage! Puse pies en polvorosa al llegar los agentes de policía junto al embarcadero porque les oí decir que se había escapado Arturo Jotther.

—¿Ah, sí? —Doc adoptó un acento dulzón—. Así, ¿acusa a Jotther de criminal? ¿Le tiene miedo?

—Sí... no... no estoy muy seguro de tenerle miedo —tartamudeó Mathers—, pero, sabia... que la marca negra señalaría a Spade en esta ocasión; ¡Por ello estoy aquí! ¡Me pareció que lograría persuadirle de que huyera en mi compañía!

—¿Cómo sabe que lo han asesinado?

—Se lo oí decir a sus servidores mientras recorrían, armados, el

jardín. ¡Gritaban tanto!... Parece ser que los perros han corrido tras de algún malhechor. Yo estaba escondido entre matas. Alguien se me acercó, a rastras, por detrás y me asestó un golpe que me privó del sentido. No vi al sujeto, pero después, los perros se agruparon, ladrando, a la orilla del estanque. ¡Créame, Doc! ¡Tenga en cuenta que me queda poco tiempo de vida!

—No creo que la defienda corriendo comarca adelante, lo mismo que el fugitivo que huye de la justicia —observó en tono seco, Savage—. Le prometí hacer por usted cuanto pueda y sepa. Sin embargo, ha huido. Es más, me oculta usted cosas trascendentales.

—No. Le he contado todo lo que sé —insistió Mathers—. Y ya no volveré a desdeñar su protección. Estoy asustado de veras. ¡Me atraparán!

—Si tanto teme a Arturo Jotther, ¿cuánto más miedo no le inspirará "Jingles" Sporado? —díjole Doc, inesperadamente.

El rostro de Mathers bajó un poco más de color, pero sacudió lentamente la cabeza.

—Ignoro a quien alude —manifestó—. Jamás oí mentar a ese... ¿cómo se llama? "Jingles" Sporado.

—Bien. No habrá leído el nombre en los artículos periodísticos dedicados a las finanzas —replicó Savage—. Mas, si le habrá hallado en otra sección porque a "Jingles" se le ha mencionado mucho gracias a sus magníficas dotes ¡de chantajista!

Mathers le miró sin comprender, por lo visto. Por lo tanto, el hombre de bronce comprendió que tal vez no había oído hablar del bandido como afirmaba.

Tampoco se le dio tiempo que dedicar a esta cuestión, porque, Carlos, el mayordomo, apoyado por el chófer y otros varios criados de la casa, penetró pisando yerbas y matojos, en el matorral que resguardaba a los dos hombres de miradas curiosas.

Doc hizo seña a Mathers de que no opusiera resistencia, Por su parte, Carlos albergaba la firme convicción de que daba, al cabo, con los asesinos de su amo.

—¡Desarmadles al punto! —dispuso, mientras apuntaba a Doc y Mathers con su pistola de repetición.

Las mismas manos de las personas que le registraron a Doc los bolsillos, descubrieron otros ocultos debajo de sus ropas, Ellos contenían una serie de objetos inofensivos al parecer.

Sobre el chófer del millonario pesaba la maldición de una perpetua curiosidad.

Entre otros objetos le llamó la atención una esferilla reluciente de cristal, pequeña como una taba, que iba provista de una palanca diminuta. Doc le dejó hacer. Mientras, le dirigía leve sonrisa.

Cuando el hombre movió suavemente aquel adminículo, Doc alzó la mano con increíble rapidez. La abierta palma de su diestra cayó sobre las rodillas del chófer y, al golpe, salió disparada por los aires, la esferilla de cristal. Voló por encima de los campos de tenis y descendió sobre el estanque artificial.

Su caída originó un ciclón en mitad de la propiedad de Spade. Varias toneladas de agua se elevaron en el aire. La espantosa explosión llenó de escombros el islote ornado de plantas japonesas.

El agua removida, cayó sobre los campos de tenis en forma de lluvia.

—¡Dios Todopoderoso! —exclamó, boquiabierto, el chófer.

A1 volver las aguas a su cauce, nada quedaba del islote. La pequeña granada dotada de tan formidable potencia explosiva, había borrado de la superficie de la tierra arbustos cuyo valor sumaba varios miles de dólares.

Carlos, el mayordomo, no era del todo negado. Miró a Doc con fijeza y dijo tranquilamente:

—Ahora sé que es usted Doc Savage. Bueno. Poco importa eso. Ante la policía tendrá que explicar lo que estaba haciendo en esta casa.

Al acercarse a ella, le habló Doc al mayordomo.

—Mister Spade tenía joyas de mucho valor —explicó—. Y, probablemente, guardaba también determinados valores. ¿Habrán cogido unas y otros?

Así le llamó la atención al mayordomo sobre algo en que no había pensado.

—Me atrevo a afirmar —siguió diciendo con calma,— que por lo menos se ha robado una pequeña cantidad de esos valores.

—¡Si resulta eso cierto, tendrá que explicarle a la policía cómo lo sabe! —exclamó irritado el mayordomo.

La policía no había tenido tiempo de llegar. Y el cuartelillo más próximo distaba varias millas de la finca. El mayordomo se acercó a la caja empotrada en la pared de la biblioteca. Gruñó

malhumorado.

—Se han llevado varios valores. Pero no han tocado los rubios. Los valores eran negociables. Permítame que le diga, misten Savage, que mi deber me obliga a poner en conocimiento de la policía lo que me ha dicho hace un instante.

—Probablemente me acusará también de haber dejado puesta esa nota en la máquina de escribir. ¿La ha visto usted? —replicó Doc Savage.

El mayordomo dio rápidamente media vuelta y se acercó a la máquina colocada sobre una mesita, junto a la gran mesa de despacho. Sus dedos fueron a recorrer el teclado.

—Aguarde un minuto —le aconsejó Doc—. No sea que se hayan dejado huellas dactilares sobre ese teclado. No lo toque.

Así diciendo, sacóse del bolsillo una lente potente de aumento. Tras de un apresurado examen manifestó:

—Están limpias. Pero la nota habla por sí misma.

"El valor de los valores substraídos hoy a Cedric Cecil Spade, asciende a la suma de ciento veintiocho mil, doscientos treinta dólares con cincuenta y siete centavos. ¡Les hacemos donación del resto!"

—¡Pues no me parece floja la cantidad! —observó el mayordomo.

—Si tenemos en cuenta el valor de las otras obligaciones y el de los rubíes, me parece muy ínfima —manifestó Doc—. ¿Qué le parece, Mathers?

Desde que se habían descubierto los dos automáticos, el grasiento corredor de Bolsa, había estado sometido a la amenaza de las escopetas de los servidores de Spade.

—No sé... no sé... —El corredor estaba como deslumbrado.

Le había sangrado la nariz y tenía un ojo como un tomate. El mayordomo demostró que le conocía.

—Lo que sí sabrá —dijo,— es lo que hacía escondido en los matorrales. Siento decirle que anoche estaba en la vecina habitación cuando discutió de aquella manera tan agria con mister Spade.

La noticia constituía una novedad para Doc Savage.

—¡Hola! ¿Conque esas tenemos? —exclamó—. ¿Había reñido usted con el dueño de la casa?

—Sí, sí, es cierto; pero nuestra discusión no tuvo nada que vez con lo que hoy ocurre —afirmó mister Mathers—. La verdad es que

estuvimos en desacuerdo, pero fue al combatir yo su mala costumbre de guardar, aquí, en la finca, los rubíes y valores. Él sabía ya que estaba amenazada su vida, a pesar de ello...

—¡Hola, Doc! ¡No creía encontrarte aquí! Pero por casualidad he oído cierto mensaje telefónico, sospeché que pasaría aquí algo malo y he venido a investigar el caso.

Pat había surgido inesperadamente del hall. Trataba de aparentar indiferencia, mas dirigió la vista hacia el cadáver.

—Tal vez no tendría que haber venido —dijo—. ¿Así, no eran infundados los temores de mister Spade?

—No lo eran —contestó Doc—. Verdaderamente, Pat, no hubieras debido venir. Sal de aquí lo antes posible y procura no llamar la atención.

Las bocinas de los coches de la policía sonaron dentro de la propiedad del finado Spade.

Junto con los primeros agentes llegó a ella la voluminosa persona de Mahoney el "Rojo". '

Un inquieto y aturdido sargento de policía local venía a encargarse de la custodia del cadáver y de asumir la vigilancia de la casa mientras llegaba otra autoridad más elevada.

—¡Que nadie toque nada —fue lo primero que encargó a todos —. Déjenlo todo conforme esté. ¿Qué es esto?

El sargento acababa de tirar la nota escrita a máquina. Mister Mathers se acercó a Doc Savage: —¿Se cuidará de hacerme salir de aquí y después me permitirá que le acompañe?— murmuróle al oído —. ¡Cueste lo que cueste, necesito de su protección, mister Savage! ¡Le daré por ello lo que desee!

—Le ayudaré en lo que pueda, mister Mathers —repuso Doc—. A su vez, si logra escapar, hará donación de la cantidad que yo le diré al hospital de niños de Manhattan.

—Conformes. ¿Cuánto quiere?

—Una suma impar que ascenderá a unos cuantos peniques — replicó Doc.

Mathers se le quedó mirando boquiabierto. Luego, su rostro asumió sombría expresión y apretó los labios.

Doc Savage se acercó a una ventana.

Desde ella distinguía el estanque artificial, Un agua mansa ocupaba ahora el punto en que había estado el islote ornado de

plantas japonesas.

El sujeto que había sorprendido en el acto de atisbar por entre las plantas ¿habría logrado llegar a tierra firme antes de que se produjera la explosión? ¿Antes de que la potente granada explosiva disolviera su escondite?

Las zalemas de Mahoney le conquistaron el favor del inquieto sargento de servicio y el "Rojo' le contó que pensaba sacar de él un “close up” para el nuevo Noticiario de cine.

Doc aprobó sus esfuerzos. En ocasiones, la lente de una cámara fotográfica revela detalles que pasan desapercibidos a simple vista.

Pero, desde luego, sólo la aguda de Doc Savage podía descubrir los tres cabellos humanos adheridos al postigo de una ventana.

A juzgar por la posición que ocupaban, dedujo Doc que una persona de estatura poco común había estado escondida en el hueco de la ventana.

Doc frotó entre los dedos los tres cabellos y, a continuación, se los llevó a la nariz.

Realizada la operación, los guardó dentro de un pequeño receptáculo.

—La policía neoyorquina ha tendido ya la red que debe pescar a ese "Jingles" Sporado y a su banda —le estaba diciendo el sargento —. Se tiene la prueba de que "Jingles" y los suyos entablaron, anoche, tiroteo y de que sobre la acera de la calle en que estaban, fue hallado el cadáver de un hombre con una marca negra sobre el corazón.

Las sombrías reflexiones a que se entregaba Doc, cambiaron ahora de derrotero y fijó la atención en el famoso “Jingles" y en sus secuaces.

Su ataque le parecía ser una faceta del caso en que se ocupaba de desentrañar. Pero uno de los pistoleros había dado la muerte por medio de la famosa marca negra y el hecho constituía, en su opinión, una prueba tangible y reveladora.

A ella unía los tres cabellos y el rostro en la sombra, obtenidos mediante la cámara fotográfica.

CAPÍTULO XII

PACIENTE QUE SE ESCAPA

DOC pretendía unir las piezas dispersas de aquel nuevo puzzle. Mas, aquellas piezas aserradas de una manera original, no eran fáciles de encajar. Mister Mathers formaba, él solo, un ángulo entero de la estampa de muestra.

La trampa preparada en su casa, para Doc, no tenía explicación.

Arturo Jotther componía un segundo ángulo de la misma estampa. No era imposible achacarle las muertes, originadas por la negra marca, de Podrey, de Pearsall y de Spade.

Pero quedaba eliminado del incidente de la trampa, ya que, a la hora en que se había preparado, Jotthers estaba todavía en la cárcel.

Luego, entraba en escena “Jingles" Sporado. Su banda habla perseguido al hombre de bronce. En su lugar, víctima de la marca negra fue un vecino descuidado.

Doc no perdió de vista a otras personas menos importante. Por ejemplo: al "Rojo" Mahoney. El cameraman había asistido a la fiesta del millonario Podrey. A la sazón, estaba aquí, en casa de Spade...

Aparte de los ángulos mencionados, poseía los tres cabellos, iguales en todo a los más vulgares con la excepción de una sola particularidad. Y el caso era que aquella curiosa y única particularidad era capaz de dar al traste con toda otra sospecha...

A la casa llegó un nuevo y más experto oficial de la policía, jefe de los detectives locales. Al verle aparecer, Mahoney se retiró discretamente con su cámara. No quería perder las fotografías que acababa de tomar.

El detective conocía de antes a Doc Savage. E inmediatamente dio orden de que se pusiera en libertad al bronceado aventurero y

de que no se le pusieran cortapisas, hiciera lo que quisiere.

Esto disgustó a Carlos, el mayordomo, sobre todo después de ponerse también en libertad a Jaime Mathers. El hecho se llevó a cabo después de haber hablado Doc con el jefe de los detectives.

—Yo me hago responsable de ese caballero —le había dicho en voz alta. Luego había añadido, bajando el diapasón:— Conviene que le soltemos. Él puede llevarnos a una pista que nos revele el enigma de los casos presentados.

En el mismo momento en que se disponía a salir del hogar del asesinado Spade, cinco personajes melancólicos guardaban el hangar instalado en el almacén de la ribera del Hudson.

Los camaradas de Doc llevaban dos horas de no hacer nada y estaban sobre ascuas.

Dividían el almacén varios tabiques. Uno de los departamentos estaba ocupado por diversas máquinas voladoras de tipo moderno.

Entre ellas había algunas muy grandes. Eran trimotores. Otras, más pequeñas, eran veloces monoplanos de un solo motor.

El dirigible especial de Doc llenaba, por sí solo, otro departamento.

La colosal nave aérea era perfecta como una flecha de plata. Todo ella había sido perfilada con vistas a un mayor grado de ligereza y seguridad a la par.

El tercer departamento podía llamarse, más propiamente, un embarcadero.

En él reposaba una embarcación submarina de las más adelantadas. Era de tipo similar, sólo que más perfeccionada, que al submarino ideado por Doc para su pasada exploración de los hielos árticos.

El nuevo submarino llevaba ahora, a bordo, dos botes de salvamento.

En ellos cabían únicamente uno, o a lo sumo dos tripulantes y podían maniobrar movidos por potentísimo motor eléctrico y por separado. Eran pequeños submarinos provistos de tanques de oxígeno.

—¿Qué os parece? —dijo Ham, alegremente—. ¿Nos daría el jefe noticias suyas si encerráramos a Monk en uno de esos botes y le lanzáramos al fondo del río? ¿O será mejor que le mandemos a buscarle para que se meta en un atolladero? ¡Ni en uno ni otro caso

le volveríamos a ver, creo yo!

—¡Chistoso! —dijo el químico a voz en cuello—. ¡Si Doc se halla realmente en peligro, no querrá tenerte al lado porque charlas sin que venga a cuento!

Habían dejado casi a oscuras el interior del almacén con objeto de defenderse un poco del calor.

Este afectaba a todos con la sola excepción de Johnny, el huesudo geólogo.

La escasa cantidad de carne que le cubría el esqueleto, impedía sudar, por lo visto.

Uno de los vigilantes del almacén lanzó un grito de alarma desde el departamento, hangar del dirigible.

—¡Eh! —exclamó—. ¡Eh! ¡Aquí todo el mundo!

De la misma dirección procedía un sordo zumbido muy singular.

—¡Vamos, adelante! —ordenó Renny:— Algo sucede cuando grita el guarda. ¿Oís? ¡Ahora dispara!

Los vigilantes de Doc iban armados, lo mismo que sus camaradas, de super-firers cargados de balas "de gracia". Cuando Renny, precediendo a sus compañeros, llegó junto al hangar del dirigible, las balas mencionadas caían, en forma de granizada, sobre la aérea nave plateada.

—¿Qué es lo que ocurre? —gritó Long Tom—. ¿Por qué le tira a esa pared? ¿No sabe que es impenetrable?

A1 guarda se le salían los ojos de las órbitas. Vació el super-firer sin apuntar a un punto determinado. Luego prorrumpió en un grito delirante.

—¡Las balas le atraviesan sin herirle! —manifestó a voz en cuello—. Se trata de un fantasma que va envuelto en una sábana blanca. Se ha encaramado al dirigible, pero me parece que le he tocado.

Ham era más ligero que sus camaradas. Su cuerpo esbelto subió al lado del dirigible. Sus dedos asieron un pedazo de tela. Era tela blanca y parecía haber formado parte de una sábana.

—Su espectral alucinación se transforma en material manifestación —declaró el estrambótico Johnny al guarda—. Su percepción óptica ha sido, probablemente, ilusoria.

—¡Plumas de ave! —exclamó el guarda—. ¿Me cree un iluso? Pues bien: ¡vea usted!

Realmente, aquel ser parecía una sombra del otro mundo por contraste con la oscuridad del almacén. Su blanca figura surgió al exterior, desde el costado opuesto del dirigible mientras miraba Johnny.

Prueba de que no era una sombra, era el sonido material hecho por sus pies en el momento de caer sobre el entarimado.

El sonido fue apagado, sin embargo, como si el individuo desconocido anduviera descalzo. Los hombres de Doc actuaban y se movían a una velocidad poco común. Pero el desconocido fue más rápido.

Se coló por una puerta y corrió por entre los aeroplanos.

A1 poco tiempo exhaló un grito tembloroso.

—¡Doc Savage! ¡Voy en busca de Doc Savage! —dijo histéricamente—. ¡Me persiguen! ¡Me persiguen!

—¡Está loco rematado! —exclamó el químico, echando mano al lienzo blanco en que se envolvía el desconocido y tirando de él hacia sí.

Parte de aquella prenda se soltó. Ham vió entonces que no era la sábana de un fantasma, sino que se trataba de un largo camisón de los que visten los pacientes de un hospital. Posó una mano en el cuello que iba debajo y Monk asió otra vez el camisón.

Pero el sujeto desconocido pegó un bote y huyó. Estaba desnudo. Tenía huesudos los brazos y las piernas; Muy salientes los codos y las rodillas.

Encogía el labio superior y gruñía como una fiera.

—¡Ahora me atraparán lo mismo que a Doc Savage! —aulló.

Entonces se retiró a aquel departamento del hangar en que se hallaba el sumergible. Allí se arrojó al agua antes de que pudiera impedirlo los camaradas de Doc.

Monk era excelente nadador. Por ello se dispuso a seguirle. Con calma se despojó de la chaqueta y dejó caer el super-firer. Estaba seguro de que tenía que habérselas con un loco.

Esta misma razón había impedido que se hiciera uso de las armas.

Iba Monk a zambullirse en el agua, dispuesto a nadar hasta el punto que le indicaban las burbujas de aire, cuando Renny le asió por un brazo. La figura desnuda del desconocido se encaramaba ya al submarino. Luego desapareció por la abierta puertezuela de la

torre telescópica.

Monk y Johnny se dispusieron a abordarlo. Pero entonces comenzó a sonar la maquinaria.

—¡Buen Dios! —estalló Renny—. ¡Ese hombre está abriendo los tanques! ¡Seguramente va a hundirse ahora el submarino!

Monk se plantó de un salto, sobre la cubierta resbaladiza de la embarcación.

Pero aturdido como estaba, no anduvo tan listo como era menester. Ya el agua hervía y borboteaba en el embarcadero artificial. Silbaba el aire.

Se estaban llenando los tanques de inmersión. El submarino cabeceó bajo los pies de Monk.

—¡Ojo! —le gritó Ham—. ¡Vigila la torrecilla!

Su puertecilla estaba abierta. Por ella se derramaba un torrente de agua. La corriente absorbente inundaba el interior del submarino. Desde este interior salía, ruidoso gorgoteo. Monk se lanzó por la puerta.

Justamente debajo de él estaba el desconocido de la cabeza vendada. Por lo visto se había enredado las largas piernas en las palancas y rueda y agitaba los brazos descompasados. Levantó el rostro ennegrecido y miró a Monk.

Al abrir la boca tragó agua.

La corriente se engulló a los dos, ya el interior del submarino. Acababa de cerrarse la torrecilla. Ya no entró más agua.

Pero la que quedaba les llegaba a las rodillas. El submarino dio un bote y cesó de sumergirse. Descansaba ya en el fondo del muelle.

El desconocido se agarró a Monk y le arañó en la cara.

—¡Tenemos que correr en pos de la marca negra! —gimió.

—¡Toma, marca negra! —chilló el químico.

Luego le pegó al desconocido. No había más remedio.

Tres minutos después le echó, desnudo, dentro de uno de los botes salvavidas. Le puso en marcha. La pequeña embarcación salió disparada del sumergible y ascendió a la superficie del embarcadero. Monk la acercó a él y Renny le ayudó a poner en el suelo al desmayado prisionero.

Johnny le dispensó pronta ayuda. El desconocido tenía en parte llenos de agua los pulmones. Cuando los libró de ella, el hombre comenzó a murmurar palabras sin ilación.

—Doc Savage. Tengo que encontrar a Doc Savage —dijo al cabo—. ¡Mirad! ¡Ahí están! Son las marcas negras —gritó de pronto—. Van detrás de él. Acabarán con todos nosotros.

Fuera del almacén sonó la sirena quejumbrosa de un coche de la policía.

Llegaba acompañado de una ambulancia, al parecer. Varios agentes y un par de encargados de la ambulancia empujaron a los vigilantes de Doc para entrar en el almacén. Ellos protestaron del atropello.

—¡Me importa poco que sea o no sea el hangar particular de Doc Savage! —gritó uno de los agentes—. Nos han mandado que nos apoderemos de ese loco y está aquí.

El desnudo desconocido miró a los agentes y emitió un gruñido de fiera.

Desesperado les clavó las uñas a Monk y Johnny. Un encargado de la ambulancia le paralizó los movimientos echándole hábilmente encima una manta con la que envolvió su cuerpo delgado.

—No quiero volver allá —gritaba el infeliz—. ¡No quiero que me marquen con la marca negra!

—¡Está rematado! —observó uno de los agentes—. Perdonen, señores, la molestia. Hará un par de horas o cosa así que se escapó del hospital sirviéndose de la escalera de escape y desde aquel momento se ha anunciado la fuga por todo el West Side. Al cabo, un caballero que iba en coche, manifestó haberlo visto encaramado en el tejado de este almacén.

—Bien, ¿y quién es? —quiso saber Ham—. Aunque no nos ha sido presentado, parece saber donde se ha metido. Buscaba a Doc Savage.

—Se apellida Doremon —le explicó uno de los encargados de la ambulancia—. Y parece ser que esta mañana libró de las llamas, en la ribera del Hudson, a mister Savage. Habita en Westchester, junto al Park Ridge y Savage en persona le llevó al hospital.

—¿Por qué alude tanto a esa marca negra? —interrogó Ham.

—Lo ignoro —repuso el de la ambulancia—. La enfermera dice que es lo que ve en su delirio.

Doc Savage no había enterado a los agregados del hospital, del incidente relativo a "Jingles" Sporado y del hombre muerto sobre la acera.

Era evidente, sin embargo, que Ronald Doremon quería llegar hasta Doc y que le suponía metido en el almacén.

Se le administró una inyección para tranquilizarle y se le volvió al hospital.

Los camaradas de Doc ignoraban los acontecimientos desarrollados en la residencia de Cedric Cecil Spade.

Mahoney el "Rojo" era constante. Esta cualidad le convertía en un buen cameraman cinematográfico. Por espacio de varias horas había querido sacar a Doc en un film. Hasta entonces, ninguno lo había logrado.

Mahoney pretendía ser el primero en conseguirlo.

Había fotografiado todo lo que era digno de recoger en casa del difunto Spade y, unido a esto, las fotografías sacadas en casa de Podrey y la obtenida después de la muerte de Pearsall, causaría sensación a la aparición del noticiario. Mahoney no se había hecho ver cuando el incendio que sucedió al asesinato de Pearsall.

Como era prudente, había hecho sus instantáneas desde un lugar retirado.

Ahora estaba decidido a añadir la figura gigante de Savage a su colección de nuevo celuloide. Con este objeto salió furtivamente de la residencia de Spade e instaló su trípode entre los arbustos de hoja perenne vecinos al coche en que había llegado el gigante de bronce.

Doc había terminado sus observaciones dentro de la finca. Acompañado de mister Mathers, salió de la casa. La pareja descendió el tramo de escalera y se acercó al coche estacionado.

El "Rojo" Mahoney obtuvo rápidamente la foto deseada. Una sonrisa de confianza iluminaba su rostro carilleno, cubierto de pecas.

Después de tomada la foto, sería el as entre todos los operadores neoyorquinos de cine. Comenzaba a darle a la manivela cuando sonó junto a él una voz excitada.

—¡Hola, Mahoney! —decía aquella voz—. No creía encontrarle aquí. ¡Oh! ¡Cuidado con la cámara!

Aquella voz agradable, femenina, pertenecía a Patricia Savage. Penetró bruscamente en la maleza. Uno de sus pies se enganchó en una raíz.

Instintivamente se asió al trípode sobre el cual Mahoney tenía colocada la cámara. A pesar de ello cayó en tierra y su espléndida

cabellera rojizo dorada con la cabeza a que iba adherida, dio en mitad del estómago al cameraman.

El roadster de Doc se deslizaba ya calzada adelante. Mahoney lanzó una mirada fulminante a la pobre Patricia.

¡Había perdido la foto que tanto deseaba obtener!

CAPÍTULO XIII

CHOCA MISTER MATHERS

LAS acrobacias mentales a que se entregaba a la sazón el hombre de bronce, no le impedían guiar a la perfección. Sus deducciones continuaban siendo dignas de un rompecabezas.

La policía buscaba a Sporado. Así lo habla manifestado el sargento de la policía en casa de Spade, pues se ignoraba todavía su paradero. Tampoco se sabia dónde había estado escondido recientemente.

E1 sargento creía que quizá estuviera escondido en algún punto de la costa.

Hacia aquella parte operaba por lo menos el capitán Graves.

A1 propio tiempo, el capitán buscaba a Arturo Jotther. Doc Savage se preguntaba, sombrío, si le hallarían alguna vez. Pues de no haber escapado de la isla situada en mitad del estanque, la curiosidad del chófer le habría ocasionado la muerte.

Su coche volaba por la carretera ondulante bajo los grandes olmos que la bordeaban.

A1 volver de la King's Point y la gran carretera de Great Neck y entrar en el Northern Boulevard. Doc lanzó el coche por una pronunciada pendiente.

En su parte alta hay un pequeño lago; a mano derecha se eleva una colina escarpada.

—Pienso salir cuanto antes de la ciudad —le iba diciendo mister Mathers—. El plan de inhibición exige la desaparición de tres hombres. Estos han muerto ya. ¡Ha sido espantoso! Si yo hubiera pagado la suma pedida, también estaría muerto a estas horas.

—En su lugar saldría cuanto antes del país o por lo menos de Nueva York —replicó Doc—. Es un plan excelente.

Un pesado camión llegó corriendo locamente por la pendiente en declive de la loma. Construido para el transporte de muebles, iba cargado, a la sazón de hierro viejo. El motor no funcionaba. Evidentemente se le habían roto los frenos.

El roadster de Doc corría a setenta millas por hora. El camión no avisó previamente. Pesado como era, rozó el asfalto del camino, se le doblaron las ruedas delanteras y volcó.

Doc no tardó en reaccionar. Mas no pudo esquivar el camión que se le venia encima. El estribo del roadster se hundió en el costado del camión. Mister Mathers había tratado de arrojarse al camino. Por fortuna le contuvo la mano de Doc.

—¡Valor! —le aconsejó—. Ahora vamos a darnos una zambullida.

Esta era inevitable. E1 roadster salió disparado, alzó la parte delantera sobre la orilla del lago y se volvió a medias en el aire.

La colisión entre dos coches sucede, de usual, en tan corto tiempo, que no produce impresión en el ánimo del espectador por sorprenderle desprevenido.

Pero Doc Savage había actuado. Se había lanzado sobre Mathers y levantando su cuerpo en vilo del asiento.

Sólo el pánico del corredor le impidió poderle sacar del coche. Forcejeó y se corrió a un lado pegándose en la cabeza contra el parabrisas de cristal irrompible. Doc se quedó con su chaqueta entre las manos.

E1 corredor cayó debajo del coche volcado. Doc se zambulló en el acto con objeto de salvarlo. No sin cierta dificultad logró recuperarlo.

Mientras llevaba su cuerpo inerte hasta la orilla del lago, y le sacaba a la playa, desaparecieron dos hombres de la loma donde se había quedado el camión.

El sonido metálico de pequeñas monedas de plata o de cobre, llegó simultáneamente a los finos oídos del hombre de bronce. A1 propio tiempo entrevió vagamente el rostro de la persona que las hacía sonar.

¡Era "Jingles" Sporado! La necesidad de socorrer a mister Mathers le impidió perseguir al jefe de los pistoleros.

Mahoney no había perdido el tiempo. Distaba unos cien metros de Savage en el momento en que descendió el camión la colina. Su

roadster quemó las gomas al frenar de improviso.

Casi al mismo tiempo que el coche de Doc daba la voltereta sobre el lago, salió del roadster y se preparó a tomar una película.

El lente de la cámara se dirigía hacia el destrozado sedan cuando apareció el hombre de bronce, chorreando agua y llevando consigo a mister Mathers.

Sonó la bocina de un coche de la policía. Pero no eran sus agentes los que acababan de llegar al lugar de la catástrofe.

La bocina pertenecía al roadster de Patricia Savage, que venia detrás del de Mahoney. Por lo visto, ella había también presenciado lo ocurrido.

Como otros muchos chóferes en caso de apuro pareció perder de repente la cabeza y todo sentido de la dirección. Su roadster dejó el camino. Se le echó encima al cameraman. Este lanzó un formidable juramento y de un brinco se echó atrás.

Las ruedas del coche patinaron sobre la grava del parque. Sus estribos derribaron el trípode de Mahoney. La cámara fotográfica describió un pequeño arco en el aire y aterrizó en el asfalto.

E1 retintín del cristal probaba que Mahoney iba a tener que reemplazar por otra la costosa lente.

—¡Eh, cabecita loca, poco seso! ¡Vea lo que acaba de hacer! —aulló el "Rojo".

Únicamente su respeto por el sexo y belleza de Pat le impidió emplear palabras más fuertes. Estaba furioso.

Patricia sabia muy bien lo que acababa de hacer. Sabia que había echado a perder una de las cintas que mayor ilusión inspiraban al cameraman y que, para copiar sus propias palabras, estaba llamada a causar sensación.

Mathers respiraba todavía. Una espuma sanguinolenta le salía a flor de labio. Doc comprobó rápidamente que tenía rotas varias costillas y que, al astillarse una de ellas, le había perforado un pulmón.

Por consiguiente, había que trasladarlo al hospital sin pérdida de tiempo.

—Necesito su ayuda —dijo a Mahoney—. Venga, y entre los dos meteremos en su coche al herido. Tiene que ser asistido lo antes posible, de lo contrario, morirá sin remisión. El ya había llevado a cabo, rápidamente, cuanto cabe hacer en una cura de urgencia.

Pero se imponía una operación inmediata porque Mathers se desangraba por dentro.

Mientras ponía las manos sobre el volante del roadster y le hacia dar una vuelta en torno del volcado camión, Mahoney se maravillaba de la habilidad con que verificaba la operación.

El mismo conducía de una manera harto imprudente y arrojada. Así y todo jamás se había lanzado a la velocidad asumida por Doc a la sazón.

Pero Doc era un ser extraordinario.

Penetró en la carretera de Jamaica al llegar a las afueras del suburbio neoyorquino de Flushing. Pat le seguía dejando unas cien varas de distancia entre ambos. Fue en esta ocasión cuando Doc vislumbró un tercer coche.

Era un negro sedan de largo carrocería.

El Queens County Hospital, situado al extremo de la carretera, era un imponente edificio de piedra y de rojo ladrillo. De reciente construcción, ocupaba la extensión de cinco manzanas de casas.

Doc metió el roadster por la calzada destinada al tránsito de las ambulancias. Aquí quedaba oculto a los coches que pasaban por la carretera de Jamaica, que acababan de abandonar. Los sorprendidos internos presenciaron, después, singulares acontecimientos.

—Tan pronto me haya apeado del coche súbase a él y llévelo otra vez a la carretera —instruyó a Mahoney.

El cameraman inclinó la cabeza en señal de que estaba dispuesto a obedecer.

No le movía a ello ninguna razón especial. La verdad es que todas aquellas personas que trataban con el hombro de bronce, descubrían, más o menos pronto, que deseaban hacer lo que él les exigía.

Mahoney sufría ahora la influencia del gigante.

Doc tomó en brazos al corredor de Bolsa lo mismo que si se hubiera tratado de un niño pequeño. Sin embargo, el corredor pesaba como cien kilos.

Pat les había seguido en el roadster hasta la misma entrada del hospital.

—Te manifesté mí deseo de verte al margen de todo este asunto —le dijo su primo—. Mas, puesto que estás aquí, voy a pedirte un pequeño servicio.

—Mi deber era seguirte —replicó Pat. Enseguida añadió, en tono ansioso:— ¿Qué puedo hacer?

Doc le indicó con un gesto la vecina carretera.

—Detrás de esos árboles corre un sendero que sale a la carretera. Sigue al coche de Mahoney y cuando doble el primer recodo del camino vuelve aquí.

*****

El largo sedan negro se había detenido a la distancia de una manzana del hospital. Le ocupaban "Jingles" Sporado y tres pistoleros. El jefe de la banda hacía sonar las sueltas monedas de plata que llevaba en el bolsillo. —Estaría bueno que el hombre de bronce se quedara ahí dentro haciéndole compañía a Mathers. Se dice que es un gran cirujano. Lo mismo que yo, ¿no os parece? Casi siempre se sale con la suya.

El coche de Mahoney salió de los terrenos en que estaba enclavado el hospital llevándole a él solo al volante. Un minuto después era seguido por el coche de Patricia.

Los dos automóviles doblaron el primer recodo de la carretera y corrieron en dirección de la villa de Jamaica. Por lo visto, Doc se había quedado en el hospital.

"Jingles" encargó de la vigilancia del edificio a dos de sus hombres.

—No le perdáis de vista —les recomendó—. A la salida Doc tomará, probablemente, un taxi si no viene a recogerle alguno de sus hombres. Llamadme cuando llegue ese momento. Tenemos que proceder muy deprisa. Es lástima que no le haya atropellado el camión.

Desde su punto de vista era ciertamente muy sensible porque, en aquellos momentos, el gigante de bronce corría furtivamente por la vecina y benéfica propiedad. Hasta llegar a la linde del bosque, se mantuvo siempre entre los edificios del hospital que le ocultaban a la vista de los ocupantes del sedan.

Echado sobre los hombros vigorosos llevaba el pesado cuerpo del corredor.

Lo carga no le impedía, con todo, avanzar hacia el cruce de los dos caminos.

Pat llegó al mismo tiempo a aquella intersección.

—¿Qué haremos ahora? —quiso saber.

—Llevar a mister Mathers a la clínica particular de Jackson Heights. De momento conviene hacer creer a ciertas personas que continúa en el hospital Queens County.

*****

Cuando Doc Savage volvió a su departamento del rascacielos descubrió un mensaje registrado en la placa del dictáfono.

"Acabamos de rechazar un ataque dirigido, al parecer, contra el hangar. En realidad, se trata de la proeza de un loco escapado del hospital. Dice llamarse Ronald Doremon, de manera que es la misma persona que esta mañana te ha salvado de las llamas en la fábrica electro química. ¿Debemos reunirnos contigo? Te habla Ham".

Doc reflexionó rápidamente. ¿De manera que la policía no había logrado dar todavía con el escondite de "Jingles"? Se acercó a una librería y junto a ella hojeó un grueso volumen lleno de recortes de periódicos pegados.

Sirviéndose del índice fue, a continuación, recorriendo una de sus páginas.

Al llegar al final se detuvo.

Segundos después estaba delante del teléfono y llamaba al Jefe de Policía de la ciudad de Nueva York.

—Qué. ¿Sigue sin saber de Sporado, jefe? —inquirió por medio del aparato.

El Jefe de Policía repuso que se le había dado noticia de las muertes acaecidas por efecto de la marca negra y que todo el mundo hablaba de ello, pero que "Jingles" había eludido la red que se le tendía.

—¿Sabría decirme, por casualidad, dónde se encuentra actualmente José el "Escurridizo"? —siguió interrogando Doc.

—Sí. Aparentemente ha dejado de hacer fechorías. Está al frente de una posada en el camino costero de Port Chester a Greenwich, Conneticut. Dos o tres veces por semana se deja caer en Broadway.

—¿Le parece que querrá bajar hoy a Manhattan?

—¿Qué origina esa idea, Doc?

—Estaba pensando que quizá pudiera usted detenerle so pretexto de haber sido testigo presencial de esas muertes por la marca negra —replicó Savage.

—La verdad, yo no veo que tenga nada que ver con ellas y si le

acusamos sin pruebas vamos a vernos en un lío —repuso el Jefe de Policía—. De todas maneras, si usted opina lo contrario nunca podrá echarle mano como en este momento.

—No puedo asegurar que sea culpable, pero me agradaría que respondiera a varias preguntas mías. Vamos a suponer que se le detiene, por ejemplo, en el Bronx, que con la misma rapidez le envía "Jingles" un abogado y que el abogado en cuestión obtiene su libertad mediante decreto judicial sin habeas corpús. ¿Le parecería bien?

—Es una excelente idea —exclamó, con acento de aprobación, el funcionario—. En cuanto haya novedad le avisaré. Le prometo que José será detenido.

Doc llamó a continuación al hangar de la ribera del Hudson. Sonrióse al obtener la comunicación porque oía un esperanzador murmullo de voces.

Rara vez permanecían sus camaradas al margen de una aventura. Pero él había fracasado siempre que había tratado de defenderse contra la marca negra.

Claro que, a la sazón, se hallaba seguro de que no cabía hacer uso de armas defensiva alguna contra la fuente de donde se originaban aquellas muertes.

Sus palabras redujeron al silencio a los habitantes del hangar.

—¿Eres tú, Renny? —preguntó a la persona que vino a ponerse al aparato—. Déjame hablar con Ham. Que los demás permanezcan en tu compañía hasta recibir nuevas órdenes. Bajo ningún pretexto abandonéis el hangar o vengáis al rascacielos.

A1 contestarle el abogado se dirigió a él en la vieja lengua maya que empleaban él o sus hombres cuando deseaban comunicarse entre sí en presencia de personas extrañas.

De esta manera se aseguraba de que no podían entenderle quienes le estuvieran escuchando, ahora, mediante un empalme de la línea.

La ansiosa respuesta de Ham, que se manifestaba completamente de acuerdo con él, hizo sonreír al hombre de bronce.

Al dejar el auricular percibió su fino oído un levísimo ¡clic! Rápidamente dirigió la mirada hacia el laboratorio. Luego, sin hacer ruido, pasó a la biblioteca. Allí se detuvo a escuchar junto a la puerta cromada.

Una sonrisa dilataba sus labios.

Mediante ligero ademán, apenas perceptible, cerró con llave la puerta del laboratorio. De la misma manera sigilosa desconectó la extensión telefónica que penetraba en aquella habitación.

Apenas hubieron transcurrido unos minutos cuando volvió a sonar al zumbido indicador de una llamada telefónica.

—Ya tenemos en el Bronx a José el "Escurridizo", Doc —le anunció el Jefe de Policía—. Se está enfriando los pies en la calle Dieciocho. Oficialmente no se me ha comunicado aún la detención.

CAPÍTULO XIV

HABEAS CORPUS

JOSÉ el "Escurridizo" era un sujeto poquísimo refinado. Sus ropas no denotaban un aseo minucioso y, a juzgar por la importancia que se daba, cualquiera hubiese dicho, sin embargo, que era un personaje de categoría.

En el momento en que le conocemos, el furor le cubre de espuma los labios.

—¡Repito que no encuentro excusa a este atropello! —decía, con rabia—. Yo no he estado desde hace tiempo en la ciudad. Me hallaba al frente de mi establecimiento en la época en que ocurrieron esos crímenes. ¡Que venga Sorrell! ¡Exijo que venga ahora mismo! ¡De lo contrario, alguien va a pesarle todo esto!

Pero el capitán de la policía del Bronx no le hizo caso. Se sentía a cubierto de toda responsabilidad. Esta era, exclusivamente, del Jefe de Policía.

Él, y únicamente él, era quien le había dado orden de impedir que José se entrevistase con Sorrell hasta que saliera a luz la próxima edición de los periódicos.

Una hora o cosa así después de haber dejado José de maldecir a voz en cuello, salió la esperada edición de la tarde con ostentosos epígrafes. Estos decían entre otras noticias:

"Se detiene a José el "Escurridizo" por suponerle complicado en los crímenes de la famosa marca negra".

—¡Alguien va a sudar por todo esto! —exclamó nuevamente furioso el "Escurridizo"—. Hagan el favor de buscarme a Sorrell. De lo contrario, va costarles algo en que ni sueñan. ¡Soy un hombre recto y deseo demostrarlo!

Pero Sorrell no apareció. El abogado que se ofreció a

reemplazarle era casi tan desaseado como el propio José. Llevaba bigote y perilla muy afectados.

Tenía cabellos negros como la tinta. Adoptaba un aire solemne y circunspecto.

—Quiero hablar con el propio mister José —anunció a su llegada—. Tráiganle aquí. Mi apellido es Stevens. Ustedes no pueden alegar nada en contra suya. Además, traigo aquí la garantía indispensable para su inmediata libertad. Conque, ¡ríanse, si se atreven!

—Tendrá que aguardar un instante —le respondió el capitán de policía—, hasta que me haya puesto al habla con el jefe, porque todavía no se le ha comunicado la detención del preso.

Un tanto preocupado reapareció el capitán de policía transcurridos unos dos minutos.

—Está bien, mister Stevens, si se apellida así —dijo—. Podrá ver al tal José. Dice el jefe que si trae usted un Habeas Corpus tampoco podremos retenerle en la prisión por más tiempo.

—Para eso no necesitaba llamar al jefe. Cualquiera lo sabe —replicó Stevens:— ¡Que traigan a José!

Al salir al despacho, el preso dirigió una mirada fulminante a los dos.

—¿A qué viene todo esto? —inquirió—. ¿Quién es ése? (por Stevens).

Stevens acortó la barbuda boca a su oído.

—Vengo en nombre de "Jingles" Sporado —le dijo en voz baja—. “Jingles" tiene sus motivos para desear que salgas de aquí cuanto antes sin promover escándalo. Tengo una orden del juez y "Jingles" te encarga que cierres el pico. Alguien ha cometido una equivocación. Por ello, "Jingles" desea verte.

E1 "Escurridizo" apretó con fuerza los labios. Mientras, al parecer, hacía caso omiso del abogado, éste depositó el Habeas Corpus sobre la mesa del capitán. Entre tanto, pensaba José:

“Jingles" no es malo; no quiere que me pierda.

En cuanto le soltaron, volvió a dirigir la palabra el abogado:

—Bueno, José. Yo he terminado ya mi misión —dijo:— Ahora ya te he sacado del lío en que te habías metido. "Jingles" te manda que vayas a verle sin perdida de tiempo. De manera que ¡hasta la vista! ¡Volveremos a encontrarnos!

Y el abogado Stevens se escurrió por la entornada puerta del despacho y desapareció. José se juzgaba muy listo. Mas la novedad de la detención le aturdió. En el fondo no deseaba volver a ver a "Jingles". Los caminos de ambos habían corrido paralelos en el pasado. No muy limpios negocios habíanles asociado por algún tiempo.

Él era sólo superficialmente hombre honrado. Tan sólo al finalizar la ley seca había emprendido el negocio seguido a la sazón. Mas en el fondo, la posada encubría negocios de mala índole y peor catadura.

Por ello, al salir del cuartelillo de policía, adoptó toda suerte de precauciones. Sus movimientos, lentos y cautelosos, recordaban los del gato.

Vigilaba a Stevens, el abogado. "Jingles" cambiaba continuamente de espías y delatores y José opinaba que era menester que aquel abogado hubiera caído muy bajo para que se ocupara de sacar a "Jingles" de los apuros en que le ponían sus asuntos ilegales.

Llegado junto a la serie de macizos pilares de hierro que sostienen el aéreo, se ocultó tras de uno de ellos y aguardó. Stevens ascendió la escalera sin volverse a mirar, ni una sola vez, hacia atrás.

José le vió tomar un tren que bajaba hacia la parte baja de Manhattan. José no se marchó en el acto. Todavía permaneció oculto un rato largo, escudriñando todo, desde detrás del pilar, con sus ojillos de lince.

Cuando, al cabo, parecióle el panorama libre de contrarios, se metió, a escape, por una calle lateral.

Mediante la evolución perdió de vista al abogado. Stevens se apeó del tren al llegar el convoy a la estación más próxima. Es decir: a cuatro manzanas de distancia. Para subir había tenido que pasar por el lavabo. A su salida hizo lo mismo.

Cuando se bajó a la calle habían desaparecido de su rostro, el bigote, la perilla, así como los negros cabellos que le cubrían el pelo natural.

Al encaramarse al sedan allí estacionado, parecía otra persona.

Entre tanto, José estudiaba el tráfico de la calle lateral. Junto a sí percibió varios taxis de alquiler. Mas como pertenecían a una sola

compañía, estaban estandarizados y, por consiguiente, no hubiera sido difícil identificarlo en caso necesario.

Ello contando, naturalmente, conque determinada persona se interesase por la suya.

Debido a esto buscó, pues, un taxi independiente, pareciéndole mejor cuanto más deteriorado estuviera. A1 cabo, halló uno que le pareció de perlas. Era un armatoste viejo y feo que guiaba un negro colosal.

Concentrada como había estado toda su atención en la partida de Stevens, José no había visto aquel taxi parado delante del cuartelillo en el momento de poner él los pies en la calle. —Si, señó — replicó a una pregunta suya el negro con el acento dulzón que les es peculiar —. Conozco el lugar. ¿Seguiré la Primera Avenida hasta el puente de la Reina? Conformes, señó.

El destartalado coche se adentró en Manhattan con singular traqueteo y grandes saltos. Tras de cruzar el río Harlem por el puente tendido desde el Bronx, dobló en dirección de la parte del muelle que corresponde al East River.

José no dio al chófer la dirección final hasta después de haber entrado en un barrio donde aparece la ribera bloqueada por edificios y almacenes elevadísimos.

Por la Primera Avenida circulaba a aquella hora una avenida de coches, automóviles, camiones y vehículos de transportes de toda especie.

Infinidad de autos particulares entraban o salían de la corriente general, circulando diestramente por entre los coches más grandes y pesados.

De éstos, se dirigían casi todos hacia el puente de Queensboro. El sedan que llevaba a Stevens no se hallaba muy lejos, ahora, del taxi alquilado por José.

—Esto quiere decir que por hoy no necesitas llevar más pasajeros desde el Bronx acá —dijo José al negro chófer en el momento de alargarle un billete de diez dólares—. Es más: si cierras el pico te prometo alquilarte, de vez en cuando. De lo contrario, es posible que alguien te meta un tiro en el cuerpo. ¿Entiendes?

—¡Sí, señó, si, señó! —El chófer puso los ojos en blanco.

José aguardó a que desapareciera con el taxi. Entonces dirigió la mirada en torno. Nadie apareció en la angosta calle desierta. José

anduvo cosa de una manzana y luego dobló la esquina.

Aquí se coló en lo que parecía ser un elevado edificio desierto.

El negro chófer había impreso gran velocidad al taxi. Pero le detuvo al doblar José la esquina de la calle. En cuestión de dos minutos le adelgazaron los labios. Era que acababa de quitarse los postizos de goma.

Luego sacóse de debajo de los párpados unas conchitas de cristal. Sus lanosos cabellos cayeron al suelo.

Una vez que se hubo aplicado el líquido limpiador, apareció bajo la capa de pintura la bronceada piel de Doc Savage. El hombre de bronce se apeó rápidamente del taxi y dobló una esquina.

Allí tenía estacionado el sedan irrompible. A pesar de no agradarle el papel que le imponía, el falso Stevens había seguido sus instrucciones.

Había dejado allí el coche, luego había desaparecido.

Ham no logró comprender por qué Doc insistió tanto en que volviera al almacén de la margen del río. Una vez representado su papel había esperado reunirse a su jefe. Este, sin embargo, habiale mandado lo contrario. Por eso estaba disgustado.

Doc examinó el coche.

Cuidadosamente tenía tomada nota mental del elevado edificio en que se había metido José. Ahora comprendía la razón de no dar la policía con el nuevo escondite de "Jingles"

Era porque, no obstante adelantar en los sucios negocios emprendidos, volvía a habitar los antiguos barrios. Y estos barrios estaban infestados de ladrones de la más baja categoría.

"Jingles" paseaba, a la sazón, de una punta a otra de su despacho, hundiendo, al hacerlo, los pies en la mullida alfombra.

Por lo visto, había transferido el moderno confort de su piso de soltero al piso más elevado del viejo edificio que habitaba.

—O miente la gente del hospital —estaba diciendo,— o tiene gracia lo ocurrido. Con nuestros propios ojos hemos visto entrar en su interior a Mathers después de salvarse del accidente del automóvil. ¿Cómo es posible que nos digan ahora que jamás estuvo allí?

—Tampoco, de no ser por el aire, ha podido salir Doc Savage —observó uno de los pistoleros que estaban con él en el despacho—. ¡Vaya una que nos ha jugado'

Hasta el despacho llegó ruido de voces. Sonaron pasos en la escalera.

La cabeza, brillante de cosmético, de José el "Escurridizo" asomó desde el otro lado de la puerta. Llegaba acompañado de los dos hombres de guardia.

—Aquí José dice que le has llamado, jefe —dijo a "Jingles” uno de ellos.

José dejó de manosear las monedas que llevaba en el bolsillo y se quedó mirando, embobado, al larguirucho propietario de la posada.

—¿Quién demonio te ha llamado, José? —inquirió:— He podido ser yo, naturalmente, mas no lo he hecho porque no tenía necesidad de tu ayuda. ¡Vamos, habla! ¿A qué viene la visita?

—¿Conque no has sido tú? Oye, "Jingles", ¿quién es, entonces, ese tío que me has mandado y que, por lo visto, me ha sacado de un aprieto morrocotudo? ¿Es que no has leído el periódico?

La mano de "Jingles" apretó involuntariamente dentro del bolsillo las monedas que tenía asidas.

—¿Que yo te he mandado un tío? ¿Qué tío? ¿Te refieres, quizá, a Sorrell? Pues, te diré: ni siquiera sabia que hubiera vuelto a la ciudad. ¿No te ha dicho siempre que no vengas por aquí mientras no se te llame?

La serenidad abandonó a José el "Escurridizo". Le temblaron las manos y perdió el color.

—Oye, "Jingles": me refiero a un sujeto barbudo como un chivo que se apellida Stevens. Me ha sacado de la cárcel mediante un Habeas Corpus pretextando que tú le enviabas porque no te convenía que me prendieran.

"Jingles" había cesado en su paseo y miraba, desde la ventana, la margen opuesta del río.

—O estamos metidos en un berenjenal, o ese tío de la marca negra es más listo de lo que me figuro —murmuró entre dientes—. ¡Vaya faenita la que nos está haciendo! Y si no fuera autor de la broma el de la marca negra, ¿quién...?

Sin acabar la frase comenzada se plantó de un brinco junto a la puerta y llamó a los hombres que estaban al otro lado.

—¡Eh, los de ahí abajo, estad preparados! —gritó—. Disponeos a buscar a Doc Savage. Me han dicho que es un as y que tiene él solo

más talento que todo el Cuerpo de Policía. Traedle si le encontráis y ¡cuidado con dar un mal paso!

"Jingles" se situó en el centro del despacho.

—¿En qué has venido aquí, José? —quiso saber.

José se sonrió un poco.

—¡Oh, he sido —listo!— replicó con orgullo —. Tomé un taxi de alquiler guiado por un negro, al que regalé un billete de diez dólares con la condición de que tenga el pico cerrado.

La ira enrojeció súbitamente las pupilas de "Jingles".

—¡Ahora lo entiendo! ¡Idiota! —exclamó—. ¡Ahora veo el juego! ¡Eh, vosotros, todos a la calle! Buscadme a ese gigante de bronce, a pesar de que para nada sirve ya. Vosotros, Tom y Jimmy, salid al tejado. ¡Tenemos que salir cuanto antes de este enredo, pero más vale antes asegurarse de sí nos han seguido o no el rastro. ¡Tú permanece aquí hasta ver lo que sucede —Dirigió estas últimas palabras a José—. Yo voy a ver al de la marca negra. Os aseguro que de no ser porque se trata de un magnífico negocio, ahora mismo lo dejaba plantado.

Mientras sus hombres invadían las calles vecinas al edificio, así como el tejado que le cubría, un viejo bote de remos iba, lentamente, a la deriva por el río East.

La pequeña embarcación se mantenía pegada a los muelles como en busca de protección y, de vez en cuando, su único remero la empujaba hasta colocarla bajo los pilares de madera.

De esta suerte llegó Doc, por el río, hasta muy cerca del edificio en que habitaba "Jingles". Por lo visto, estaba desierto.

Las ventanas abiertas en los pisos bajos eran excelentes puntos de mira desde los cuales hubieran podido hacerse fuego sobre él. Pero sus vacíos huecos, desprovistos de cristales, indicaban que no había nadie al otro lado.

El sol se reflejaba en ellos, sin embargo, allá arriba, en el piso más alto de la casa.

Doc arrolló en torno de uno de los pilares la amarra del bote. Allí donde el viejo caserón elevaba las lisas paredes de madera, únicamente una mosca hubiera conseguido encaramarse en lo alto. El tiempo y la intemperie habían desgastado todos sus salientes.

El hombre de bronce había oído murmullo de voces en una parte lateral del edificio o instantáneamente dióse cuenta de que la

entrevista de José y "Jingles" estaba siendo desagradable para uno de ellos.

Simultáneamente comprendió que debía darse prisa.

Aquella parte del edificio que daba sobre el río no estaba guardada. Doc extrajo un objeto pequeño de hierro. Era un gancho provisto de cuatro brazos al que iba unido un pesado cordón de seda. Doc poseía una certera puntería.

Lanzó al aire la sedosa cuerda y los brazos férreos del gancho a que iba unida agarraron el alféizar de una ventana del tercer piso. Doc tiró, entonces, del cordón y quedó enganchado firmemente.

Pendiente de su cuello por otro cordón mucho más fino llevaba una cajita pequeña que, en realidad, era un aparato de su invención.

Al iniciar su ascensión por la improvisada escala, tenía las manos libres.

Cabe dudar de que otro ser menos extraordinario pueda emprender con éxito una ascensión semejante.

El sol había hendido, superficialmente, la pared de madera del edificio a la altura del piso tercero y en ella se veían pequeñas grietas o hendiduras.

Aquí abandonó el hombre de bronce la cuerda. Se pegó a las grietas como una lapa y siguió subiendo.

Desde luego, jamás hubiera dicho "Jingles" que se podía llegar a su escondite por aquel lado de la casa. Doc le oyó hablar gracias a la abierta ventana de su despacho y por la entonación dada a las palabras que estaba oyendo dedujo que los dos hombres discutían.

Dándose prisa, porque no había tiempo que perder, pegó al cristal de la ventana un redondo disco de goma. El disco era, en realidad, una pequeña campana neumática.

De ordinario, tales campanas se utilizan para fijar pequeños ceniceros en el parabrisas de un automóvil. La que usaba Doc era especial y de su propia invención.

El exterior de la copa era de metal negro. Su interior encerraba un micrófono pequeñísimo capaz de recoger, por vibraciones, los sonidos producidos tras de un cristal o pared de metal fino. También actuaba sobre aquellas paredes revestidas de una capa aisladora que no fuera muy gruesa.

Del micrófono salían, al exterior, casi invisibles hilos de cobre.

La caja pequeña en que entraban era un dictáfono registrador.

Con él en la mano, ascendió Doc los varios pies que restábanle todavía que salvar para llegar al tejado de la casa. Al lanzar en torno una mirada escudriñadora comprobó, con satisfacción, que no había nadie a la vista.

Entonces se ciñó los auriculares del dictáfono. La acción le privó de oír un leve sonido que acababa de producirse bajo la vecina claraboya.

"Jingles" proseguía la iniciada discusión con José el "Escurridizo". Pero el origen de aquélla no informó a Doc de lo que más le interesaba saber en aquellos momentos: o sea, que los pistoleros de Sporado recorrían, a la sazón, los tejados de las casas más próximas.

—Me metí en mal negocio —decía, con acento plañidero, la voz llena del bandido—. En casa de ese Spade he dejado perder piedras que valen una millonada y lo mismo me ha sucedido en casa de Podrey y en el Banco de Pearsall.

José no estaba, por lo visto, tan informado como "Jingles" respecto al motivo de aquellas muertes por la marca negra. Palpablemente lo demostró su respuesta a Sporado.

—¿De manera que el amo de la marca negra te deja coger, únicamente, una cantidad determinada?

—Justamente —replicó "Jingles"—. Y antes de que nos dé una mayor libertad de acción, tenemos que despachar a unos cuatro o cinco pájaros más. Desde entonces en adelante variará la cosa. Nos separaremos del amo de la marca y podremos ponerla sobre aquellas personas que gustemos.

José era despabilado a su manera.

—¡Estupendo, "Jingles"! —exclamó—. ¡Cuando eso suceda, te bastará amedrentar con la marca a unos cuantos ricachos para recoger el dinero a manos llenas!

—¿Sí? —hizo el bandido con acento de duda—. Ya veremos. Para entonces arderá la cosa. Yo pensaba permanecer oculto algún tiempo en tu posada, pero lo más probable será que tengamos que trasladarnos más hacia el Norte del Estado. Entre tanto, tenemos que trabajar para ese chiflado. Luego dice que desaparecerá, que se quitará de delante de una vez para siempre y que nos cederá la marca.

Varios hombres entraron en la habitación del tercer piso. Doc oyó el murmullo de sus voces. Mediante las vibraciones del cristal captó estas palabras:

—No hay nadie por ahí fuera. La costa está libre, se diría que demasiado libre... Pero ¿qué es lo que veo dibujado sobre el cristal de la ventana?

Doc se arrancó bruscamente los auriculares del dictáfono. A su espalda chirrió, sobre los goznes, el marco de la claraboya. Abajo oyó abrirse la ventana.

Veloz como el pensamiento saltó al otro lado del alero cargado con el dictáfono. Con sorprendente agilidad descendió por la cuerda de seda. Las grietas abiertas en el muro de madera del edificio, no hubieran permitido asirse, ni con un dedo, a un ser menos extraordinario que el hombre de bronce. Pero en el tejado, por encima de su cabeza, sonaban ya los pasos de los hombres de "Jingles".

Desde abajo ascendía un sonido particular. Era algo así como el restallido de un látigo.

—¡Debimos adivinarlo! —gritaba "Jingles" a vez en cuello—. Pero ¡no saldrá de ésta!

Balas que se originaban de un automático silencioso, subían rozando el muro de madera. Varias astillas volaron junto a la cabeza de Doc.

Luego, desde arriba, comenzaron, dos armas más, a vomitar fuego por las bocas. Una fue pronto reducida, a silencio; otra siguió disparando sin cesar.

Dos pistoleros estiraron el pescuezo y miraron a la calle desde lo alto del tejado. Uno de ellos dijo al otro, con acento de triunfo:

—Conque el despabilado Doc en persona, ¿eh? Bueno. ¡El mismo se ha colocado en la trampa!

CAPÍTULO XV

DOC CAE EN LA TRAMPA

COMO espesa granizada caía las balas en torno del cuerpo bronceado de Doc Savage. Se mantuvo incólume mientras se limitaron a rozarle el torso gigante.

Luego, una de ellas rozó la pared, le arrancó una esquirla y ésta fue a incrustársele en un carrillo. Naturalmente, la cota no le protegía el semblante.

Tampoco había tenido tiempo de eludirla. Al propio tiempo tampoco llevaba puesto en la cabeza el irrompible casco de metal.

Por ello temió que viniese a herirle uno de los silbantes proyectiles. Ya había tenido mucha suerte escapando de aquella primera descarga.

La astilla incrustada en el carrillo le atontó un poco. A1 tocar, con los pies, el alféizar de la ventana, echó atrás una pierna y trató de abrir, de un puntapié, el marco. Pero antes de que pudiera pasar al otro lado sonaron pasos en la habitación.

Al propio tiempo vino a incrustársele una bala en la mano. Doc bajó la vista.

La oscura y oleosa superficie del río distaba de él unos cien pies. El gigante de bronce tendió los brazos, dio un sorprendente salto hacia atrás, y giró, todavía en el aire, sobre sí mismo.

Su cuerpo flexible y vigoroso cayó con la velocidad de una flecha. Sin tiempo para esquivarlo divisó el hundido pilar de madera, de la serie tendida en el embarcadero. Su cuerpo caía precisamente sobre él. Cuando únicamente le faltaban unos pies que recorrer, se lanzó hacia adelante.

Así y todo no logró impedir el choque. El resbaladizo madero le asestó a su cráneo un golpe de refilón. Doc, sintió que su propio

peso le arrastraba, hasta el fondo del río.

Tenía los músculos paralizados. Al tocar fondo trató, débilmente, de nadar y movió los pies. Entonces quedó privado de sentido.

Sin conocimiento continuaba cuando su cuerpo llegó a la superficie de las aguas. Se hallaba entre los pilares, debajo del elevado edificio.

En el piso bajo se había abierto una trampa. Manos rudas se apoderaron del hombre de bronce y le sacaron del agua.

Doc recobró, en parte, el conocimiento, mientras se le llevaba al interior de la casa. Pero dejó el cuerpo laxo. Ya en el piso alto le metieron, de un empujón, en una pieza oscura y reducida.

Desde allí oyó decidir de su suerte a "Jingles" y José el "Escurridizo".

—Bueno, si ese hombre está loco no carece, del todo de sentido común —admitió José—. Pero ¿en qué consiste la marca negra, "Jingle"? Tú te expresas como si únicamente hubiera una.

—Y no hay más —dijo el bandido—. Ahora no la tenemos. Tendremos que recuperarla antes de que vayamos demasiado deprisa. ¡Menuda limpieza habremos llevado a cabo cuando se sepa que ella ha matado a Doc Savage con todos sus hombres!

—¡Excelente idea!... Bueno, ¿qué hacemos ahora? Aquí no estamos muy seguros. Quizá el hombre de bronce haya mandado recado, a estas horas, a sus camaradas de que vengan a buscarle.

—Y si no lo ha hecho, ya pronto lo hará —replicó con significativo acento "Jingles", haciendo sonar las monedas que llevaba en los bolsillos.

—¿Quieres decir, "Jingles", que va a servirte de anzuelo el hombre de bronce?

—¡Precisamente! Veo que se te afina la inteligencia, José. Sólo que no necesito de su ayuda para atraer a sus hombres. Todavía me quedan unos triunfos en la baraja.

Doc Savage continuaba fingiéndose privado de sentido. Se hallaba en una habitación desprovista de ventanas. El aire estaba allí enrarecido.

De su cuerpo le habían arrancado, tira tras tira, la americana, y con ella, todos los aparatos de su invención, incluso el chaleco de malla fina de acero.

"Jingles" había manifestado, en voz alta, la confianza que le

inspiraba la próxima muerte de Doc.

Este se movía, silencioso, por el cuarto, avanzando muy despacio. Pareciale que, haciéndole compañía a José y a Sporado, había hasta una docena de pistoleros en el cuarto de al lado.

A ninguno de ellos inspiraba temor, a la sazón, porque al verle privado tan totalmente del conocimiento juzgaban que no constituía ya una amenaza para ellos.

Cualquiera que le hubiese visto entonces no hubiera juzgado disparatada la hipótesis. El golpe recibido en el momento de caer sobre el pilar le había abierto una herida en la cabeza.

Tenía incrustada todavía la astilla de madera en la mejilla. Para colmo, Doc poseía la facultad extraordinaria de hacerse el débil. Parecía estar a punto de expirar.

Ahora se dejó caer, súbitamente, de bruces. Tendido en el suelo empuñó dos tacos de madera que acababa de descubrir. Eran los dos aserrados extremos de una grúa de tablas. Doc exhibió una sonrisa sombría.

Hacia la puerta del cuarto oyó venir a "Jingles" y José el "Escurridizo".

Venían a asegurarse de su estado desesperado. No les aguardaba floja sorpresa. Al entrar en la habitación, el gigante de bronce era sólo un cuerpo inerte. Ni el más leve soplo agitaba su torso tremendo. Tenía desnuda la bronceada piel de la espalda.

Ya no empuñaba en las manos los dos tarugos de madera. Seguía tendido, con el rostro en tierra.

—¡Por todas las campanas del infierno! —gruñó José entre dientes—. ¡Parece estar muerto! ¡Ni siquiera respira!

Se inclinó "Jingles" y le asió por una muñeca. José el "Escurridizo" se apoderó de la otra para tomarle el pulso. Luego, los dos se miraron estupefactos.

—¡Bueno, ya no necesita de la marca negra! —dijo el jefe de la banda—. ¡Está listo! Su pulso ha cesado de latir; esta es la verdad.

—Sí. Está muerto —replicó José—. Acabó.

—O. K. Ahora preparemos el anzuelo. Podremos tenernos por afortunados si logramos echarle el guante a los otros cinco.

Salieron juntos de la habitación convencidos del fallecimiento del gran hombre de bronce.

Apenas hubieron cerrado la puerta se movió lentamente Doc

Savage. Se quitó de debajo de los sobacos los dos tacos de madera. El pulso le había dejado, ciertamente, de latir.

La razón de ello era que se había colocado los tacos bien apretados sobre la gran arteria que tenemos en cada brazo. Es decir: aquellos tacos le habían servido de torniquetes, y en el momento en que “Jingles" y José se inclinaron sobre él para tomarle el pulso, la sangre de Doc había cesado de circular hasta los brazos desde el corazón, gracias a la bien ideada estratagema.

"Jingles" se había alabado, en más de una ocasión, de poseer una inteligencia despierta. Y basta cierto punto lograba demostrarlo.

En otro tiempo había sido actor de vaudeville y como tal desempeñaba a la perfección todos los papeles.

Doc le oyó llamar por teléfono desde el lado de adentro de la puerta, y el número que pidió, era, por lo visto, el del hangar instalado en el almacén de la ribera del Hudson. Una vez obtenido se expresó en voz baja y penetrante, que era una imitación, bastante aceptable, de la del propio Doc.

—Doc al habla —dijo como si se sintiera presa de una gran emoción—. La banda de la marca negra se ha apoderado de mí. Me encuentro en un caserón vacío, de madera, y si puedo comunicarme con vosotros es gracias a cierto aparato telefónico desconocido de los pistoleros. Venid enseguida a rescatarme, porque se preparan a lanzarme, con pesos en los pies, al fondo de la bahía.

Luego, "Jingles" dio una dirección que, desde luego, no era la de la casa donde estaban, sino de otra, también elevada, situada a una manzana de distancia.

La trampa debía, así, cerrarse sin remisión, tras de los cinco aventureros.

El hombre de bronce comprendió al instante que la reciente visita de Ham a aquellos barrios darla verosimilitud a la historia inventada por "Jingles", máxime cuando, a la sazón, Ham debía ya estar de vuelta en el hangar.

Mientras "Jingles" preparaba, por teléfono, la trampa, José daba órdenes en voz baja al resto de la pandilla.

Doc se llevó ambas manos a la boca. A juzgar por las trazas, pretendía quitarse la dentadura. Que era postiza parecía demostrar la nitidez e igualdad de los dientes y por cierto que era uno de los rangos más atractivos de Doc.

Mas, en realidad, no llevaba pieza ninguna postiza. Lo que hacía era desprender los casquetes hábilmente ajustados de dos de sus muelas. Los dos se desprendieron sin gran trabajo.

De su interior sacó Doc dos pildorillas cristalinas que asió con cada mano.

Sin producir el más leve sonido se llegó, luego, rodando, hasta la puerta cerrada de su encierro.

Entre la parte baja de la puerta y el suelo había la distancia de una pulgada.

Doc introdujo las manos en aquel hueco abierto. Aspiró una gran bocanada de aire y a continuación apretó los dedos índice y pulgar de cada mano.

Las pildorillas quedaron aplastadas entre ellos.

El gas anestésico que contenían aquellas píldoras actuaba tan rápidamente que no dio tiempo a "Jingles" de colgar el auricular telefónico. Sin previo aviso resbaló, resbaló, hasta quedar sentado en el suelo. José le miró fijamente. El también se quedaba dormido de pie.

Los pistoleros que ocupaban la habitación fueron adoptando diversas posturas a medida que se quedaban dormidos. El gas había actuado con sorprendente rapidez. Ahora "Jingles" y sus compinches quedarían una o dos horas fuera de combate.

Doc se puso de pie. Ofrecía magnífico aspecto despojado, como estaba entonces, de una parte de sus ropas. La cabeza herida y la mejilla hinchada contribuían a hacer de él un ser impresionante y terrorífico.

De esta suerte se llegó hasta el teléfono. Había esperado poder comunicarse con sus hombres o por lo menos con los vigilantes del hangar.

Pero "Jingles", en un movimiento final e involuntario, había arrastrado consigo hasta el suelo el aparato y se le habían desprendido los hilos.

Doc sabia que por lo menos uno de sus hombres había tenido que oír cómo se desprendían del aparato y que el incidente les movería a venir sin pérdida de segundo.

Claro que ello no importaba mucho ahora que tenían perdido el sentido "Jingles" y los suyos, pero, de todos modos, hubiera deseado mantenerles alejados de todo esto.

De pronto recordó el aparato de radio instalado en el sedan. Por su mediación lograría que volvieran al hangar sus camaradas.

Su cota de malla y otros objetos más o menos importantes de su propiedad, estaban tirados en un rincón de la pieza. Él los colocó rápidamente en su sitio, es decir, sobre su persona.

Luego fue en busca de la puerta de calle. De pronto pareció transformarse en una estatua de piedra.

Lo dejó así parado el sonido de unos pasos en la escalera. La que ascendía era una sola persona.

En su opinión, todos los hombres de "Jingles" se habían quedado dormidos en la habitación que acababa de dejar, por consiguiente, el recién llegado podía ser únicamente una persona: ¡el criminal, el asesino poseedor de la marca negra!

Conocedor como era de los mortíferos fulminantes efectos de aquélla, Doc se escurrió junto a la puerta del pasillo. Unos nudillos invisibles llamaron a ella con suavidad.

Doc sabia imitar tan bien como "Jingles" la voz humana. Por ello, ahora hizo una perfectísima imitación de la entonación del bandido al responder a la llamada:

—¡Adelante! La puerta no está cerrada con llave.

Con los nervios en tensión, se dispuso a asestar con la velocidad del rayo un puñetazo. Por lo menos en esta ocasión no le daría tiempo para emplear la marca negra al recién llegado.

La puerta se abrió poco a poco y aparecieron sucesivamente una mano, una cara.

Doc se contuvo a tiempo. De no ser así, hubiera arrojado escaleras abajo a Pat Savage, su atractiva prima.

Patricia venia pálida de ansiedad, mas en cuanto le vió supo dirigirle rápidamente una sonrisa.

Antes de que saliera de su boca una palabra, dijole Doc:

—El escuchar mediarte aparatos supletorios telefónicos, Pat, te acarreará algún día un serio disgusto. Sin duda imaginaste concebir una idea excelente al esconderte en el laboratorio.

—...tan excelente como la tuya al dejarme encerrada en su interior —exclamó sonriéndole Pat—. Pero logré abrirla tras de encontrar una de las cajas de control. Por poco sí te pierdo, Doc, pero, en cambio, presencié tu transformación en chófer de taxi de alquiler. Intuí que habría jaleo y por eso he venido.

Pat tenía en la diestra un eficiente revólver automático.

—No está mal del todo la explicación —replicó el hombre de bronce—, pero ahora vuélvete a casa. Tienes la cara muy sucia.

Los momentos más felices de Pat eran aquellos en que tenía sucio el rostro porque de usual ello sucedía cada vez que se metía en alguna aventura.

Ningún extraño apareció por allí al salir Doc a la calle. Por lo visto, la acerada mole de un rascacielos vecino había impedido que los transeúntes de la calle hubieran oído el tiroteo iniciado por los pistoleros de "Jingles" en el momento de perseguirle.

El sedan seguía estacionado en el mismo punto donde, en cumplimiento de sus instrucciones, le dejara Ham y tampoco nadie se la había acercado.

CAPÍTULO XVI

CATASTROFE

HAM había dejado el coche de Doc en una aislada calleja lateral. El hombre de bronce tenía su plan. Intentaba apoderarse por lo menos de uno de los pistoleros de "Jingles". Y lo había trazado en su mente después de escuchar la conversación del bandido.

En consecuencia, dijo a su prima: —Yo vuelvo a la parte alta de la ciudad, Pat, y es mi deseo que permanezcas metida en casa. Se nos enfrenta una fuerza desconocida hasta ahora, que mata sin previo aviso. Por ello, todos estamos continuamente en peligro y así seguiremos hasta que no se descubra la solución del misterio representado por la actuación de la marca negra.

—Ya me doy cuenta de ello y me parece divertidísimo, Doc — replicó la incorregible Patricia.

Doc tocó con el pulgar la llave especial de contacto que tenía delante.

Resultado de su acción fue una explosión inesperada. Aquella explosión no fue muy fuerte y, por consiguiente, no pudo oírse a distancia.

Doc había pensado en comunicarse por radio con sus camaradas después de arrancar el coche, mas ya no lo hizo.

¿Por qué no?, interrogaréis. Sencillamente porque acababa de administrarse una dosis de su propia medicina.

Al abrir la llave de contacto había puesto en movimiento el mecanismo eléctrico de una bomba de gas anestésica, provocando con ella su inmediata explosión.

Aquel gas se extendía tan rápidamente que él mismo había aspirado una bocanada.

Al momento, él y Pat se quedaron profundamente dormidos.

Permanecieron sentados uno junto a otra en una postura de lo más natural.

Al cabo, quizá, de una hora, pasó por allí una patrulla de policía que iba en coche. Al ver a la pareja, los ocupantes del coche se miraron, sonriendo, unos a otros. Vagamente distinguían a la dormida pareja dentro del auto estacionado.

—Habrán estado fuera de casa toda la noche —se dijeron—. Bueno. Dejémosles en paz. Si todavía siguen aquí a nuestra vuelta, los despertaremos.

El coche de la policía no volvió a pasar por la angosta calleja hasta bastante después de haber transcurrido una hora o cosa así. Y entonces los agentes se apearon del coche y fueron a ver lo que ocurría.

A la sazón, Doc y su prima estaban recobrando el conocimiento. Los agentes les miraron boquiabiertos. Doc se dio cuenta al instante de que la explosión le había robado casi dos horas de tiempo.

—Permanece en el coche, Pat —dijo a su prima—. Opino que el viejo caserón de madera que se alza no lejos de aquí habrá recibido visitas durante el intervalo.

Temeroso de la seguridad de sus hombres, dado el caso de que hubieran recobrado el uso de los sentidos los pistoleros de "Jingles", Doc precedió a los dos agentes de policía por el camino que conducía a la casa de madera en que estaba la trampa preparada.

Sin divulgar la razón verdadera que le movía a proceder de aquel modo, dijo a los agentes:

—Sé que se preparaba una trampa a mis camaradas y no es imposible que hayan caído en ella creyéndome prisionero. Los mismos pistoleros trataban de matarme y para escapar de ellos he tenido que dejarles dormidos.

Los agentes acogieron con reservas la explicación. Le sabían complicado en el caso de la marca negra y dudaban de su inocencia.

Más tarde no descubrieron señal de que hubiera entrado nadie en la vieja casa de madera.

—De haber estado aquí sus camaradas —dijo a Doc uno de los agentes—, hubieran dejado huella de su paso. Mejor será que nos acompañe y le hable del caso al Jefe Superior de Policía.

—Aguarden un instante —les suplicó Doc con una sonrisa.

Y sacó una pequeña caja cuadrada. Cuando movió la palanca,

creyeron los agentes que iba brillar una luz. Pero no fue así.

Los rayos que se escaparon de la cámara aquélla eran invisibles. Sobre una ventana próxima a la puerta sí que apareció una luz fosforescente y especial.

Se resolvió en las palabras siguientes:

"Doc: sucede algo muy extraño. Cuando descubras este mensaje estaremos de vuelta en el rascacielos. Comunica entonces con nosotros. Ham ha desaparecido.

Renny".

Doc explicó a sus acompañantes que el mensaje estaba escrito con una substancia especial fosforescente. Idéntico resultado podía obtenerse sirviéndose de la aspirina, la vaselina y otras substancias igualmente corrientes.

—Quizá los pistoleros no se hayan recobrado todavía —manifestó a continuación—. Vayamos a verlos.

Los agentes le miraron, recelosos, al llegar a la casa habitada por "Jingles".

Allí no había nadie. No parecía que se hubiera ocupado sus habitaciones poco antes.

A1 despertar de los efectos del gas anestésico, "Jingles" y José habíanse dado cuenta instantáneamente de la huida de Savage y, temiendo que pusiera en juego su poder casi sobrenatural, habían despejado a toda prisa el terreno y escapado.

A1 propio tiempo juzgaban que no era imposible que cayeran, al cabo, en la trampa que ellos mismos habían dispuesto.

Lo ocurrido les puso sumamente nerviosos, sobre todo el haber sido quitados de en medio después de haberle tomado el pulso al hombre de bronce y comprobar que estaba muerto.

A su vez, la bomba puesta en el coche convenció a Doc de la habilidad e inteligencia de sus contrarios.

En el rascacielos se hallaban cuatro de sus hombres cuando entró en él, con Patricia Savage. Ham apareció minutos después.

Monk le dirigió una sonrisa burlona.

—¡Vamos, vamos! —exclamó con sorna—. Ya era hora de que aparecieras. ¿Qué te ha ocurrido? ¿Huiste sin duda creyendo que iba a haber jarana?

—¡Mira que no te corte las orejas! —replicó Ham con acento cortés.

Pero no explicó la razón de su ausencia temporal. Si hubiese acompañado a sus camaradas a la vieja casa de madera, hubiera buscado el sedan de Doc.

—Bien. Sabemos ahora que Doc no ha pedido socorro —manifestó Renny—. Alguien se ha querido divertir a nuestra costa.

Doc tampoco entró en explicaciones. Únicamente dijo:

—A decir verdad, acabo de verme en un aprieto del que me sacó mi buena estrella. También Pat vino a rescatarme.

—Bueno, y ahora ¿qué haremos, Doc? —quiso saber Johnny.

El hombre de bronce se sonrió un poco.

—Como supongo que no ha pasado el peligro que se cierne sobre el hangar, creo que haréis bien en volver allá —replicó—, y sin pérdida de tiempo. Vuelvo a repetiros que no os mováis de él suceda lo que quiera. No hagáis caso de ningún recado que se os transmita en mi nombre ni de nada que os diga otro que no sea yo en persona.

—¿Vas a acompañarme a la parte baja de la ciudad, Doc? —interrogó Pat.

—No, Pat —replicó con franqueza el hombre de bronce—. Ve con tus camaradas al hangar y estate allí si te es posible. Piensa que no siempre que te presentes en el lugar de peligro saldrás indemne, como hace poco.

Doc Savage salió de su departamento del rascacielos y, directamente, fuese al hospital llevado de su deseo de interrogar a Ronald Doremon.

El herido tenía todavía los ojos inyectados de sangre, pero había salido de su delirio. Su cabeza quemada se asemejaba siempre a una roja bola de billar, cubierta de ampollas.

—Me pareció ver rondar a un hombre en torno del muelle en llamas después de haberse prendido fuego a la fábrica —dijo a Doc Savage.

—¿Era un desconocido? —interrogóle el hombre de bronce.

—Sí —replicó Doremon—. Era de corta estatura y su rostro me recordó el de una vieja rata gris.

—Siendo así, es muy posible que no vuelva a verle —dijo Doc, pensando en si el desconocido seria Arturo Jotther. Justamente él le había visto por última vez poco antes de estallar la bomba que destruyó el islote del lago—. ¿Se guardaba algo en la fábrica que

pudiera guardar relación con el fuego iniciado cerca de ella?

—Yo he estado pensando que quizá fuera un ladrón tras el oro encerrado en el laboratorio para los experimentos. Yo no vivo muy lejos de la fábrica y por ello corrí a ella apenas vi dibujarse en el cielo el resplandor del incendio.

Doc no creía que el oro fuera la causa del incendio de la fábrica, pero no expresó su parecer y guardó silencio.

—¿De modo que usted habita en el distrito de Westchester, eh? — —interrogó a Doremon.

—Sí, señor. Gracias a esto trabé amistad con Cogdon, el gerente de la fábrica. Él fue quien me dio empleo en ella en el año mil novecientos treinta.

—Bien. Espero hallarle del todo restablecido dentro de unos días. Entre tanto, si necesita algo, hágamelo saber.

A1 salir del hospital, Doc le hizo dar una media vuelta al sedan y le lanzó por el camino de Westchester.

Park Ridge es un poco más que un montón de tierra situado entre verdes colinas. Park Ridge es una institución. Su campiña tiene el aire especial que presta el mucho dinero.

Por su carretera adelante volaba el coche de Doc. Los agentes de la policía secreta al servicio de los potentados le vieron pasar con recelo desde sus puestos, a la entrada de los edificios.

Constantemente se sospecha de los motoristas desconocidos que atraviesan el camino durante el crepúsculo o después de anochecido porque, incluso un simple chófer, puede ser, aunque vaya solo, la vanguardia de una banda de malhechores. Doc se sonrió al reparar en la vigilancia de los secretos agentes.

Desde luego, un regimiento de ellos podía ocultarse en el interior de las suntuosas mansiones que veía a su paso; sin embargo, ello no impedía que la marca negra hubiera herido tales casas.

Por lo menos él estaba seguro de que en la lista hallada en el piso de soltero del corredor de Bolsa, figuraban dos habitantes de Park Ridge.

Pero algo más vital que esto era lo que impulsaba a Doc a visitar la residencia de los capitales. Era la coincidencia de que en línea recta de Park Ridge estuviera situada la fabrica electro —química de la Research Corporation.

También cerca de ambas se alzaba la mansión del asesinado

Andrés Podrey Vandersleeve.

Doc Savage llamó más adelante la atención de varios agentes secretos al moderar, cada vez más, la marcha del automóvil. Y al detenerse ante la entrada de uno de aquellos magníficos palacios, corrieron dos guardias a su encuentro y uno de ellos encendió junto a su rostro la lámpara de bolsillo.

Doc les interrogó respecto a la situación de tres mansiones distintas. Los agentes le dirigieron una mirada singular.

Uno de ellos colocó el pulgar junto a la enfundada escopeta.

—¿Ya estás seguro de lo que buscas, pimpollo? —le preguntó uno de los guardias—. Porque en esas casas no habita nadie. Respecto a la segunda, se afirma que está habitada por fantasmas. Su antiguo dueño se ahorcó en mitad del living —room.

El otro agente se le acercó más. A la luz de la lámpara veía brillar con dorado resplandor el rostro de Savage.

—Oiga ¿sería, por casualidad, ese caballero a quien llaman Doc Savage? —le preguntó.

—Así es —replicó Doc, sonriendo.

—Poco importa que pretenda o no alquilar una de esas casas —replicó el hombre—. Su venida indica que va a pasar algo malo. Desde que mataran a Podrey no las tenemos todas con nosotros. ¿Qué viene, en realidad, a hacer aquí?

—Es posible que desee echarles un vistazo a esas casas visitadas por los fantasmas —replicó el hombre de bronce—. Un alma en pena no siempre está desprovista de encantos. Gracias por sus informes.

Una de las casas respecto a la cual se había informado Doc, había pertenecido a un millonario, ya difunto, llamado Antonio Hobbs. Por lo visto, este Hobbs había perdido casi toda su fortuna.

Y luego se había pasado la soga al cuello en el interior de su casa.

A1 partir silenciosamente el auto de Doc, comentó uno de los agentes que dejaba a la espalda:

—¡Voy a seguirle los pasos! Tú no pierdas contacto con la casa y cuida de que funcionen todos los timbres de alarma porque siempre que visita Doc un distrito sucede a ello una catástrofe.

De un brinco se metió, a continuación, en el cochecillo de su propiedad.

Sin embargo, no tuvo mucho éxito en su tarea de seguir al hombre de bronce porque el sedan era muy veloz. Sólo de vez en cuando logró percibir los rojos destellos de la luz colorada a la zaga.

Doc dobló una amplia curva de la carretera.

La luz de los faros iluminó, por espacio de un segundo, un valle encerrado entre colinas. Pasó por encima de las aguas de un pequeño lago arrancándole brillantes reflejos.

En la orilla de aquel lago se agazapaba una mansión. Tal vez pareciera impropio el empleo de ese verbo. Pero la vivienda se parecía mucho a un monstruo negro en acecho y las alas extendidas desde el cuerpo central del edificio tenían todo el aspecto de patas.

Así como tenía dos ojos, entornados a la sazón. Mientras permanecían cerradas, incluso con los postigos, muchas ventanas, las especiales de que hablamos pertenecían a una habitación de la planta baja. Probablemente el living —room.

El mismo living —room en que se había ahorcado Antonio Hobbs, en lujoso escenario.

Doc sorprendió el brillo de aquellos ojos e inmediatamente apagó los faros del sedan, caló los anteojos de camino, cuyas lentes, redondas, eran tan parecidas a dos latas de conservas. Luego movió con la mano izquierda una palanca.

A1 cabo, el sedan tomó una vuelta pronunciada y se detuvo delante de dos pilastras ornamentales de piedra que daban entrada a una calzada tortuosa.

Detrás de Doc lanzó un juramento el agente que le seguía en su coche. Hasta entonces se había guiado por las luces del sedan. Ahora habían desaparecido.

Moderó la marcha del cochecillo y siguió avanzando con cautela. No quería ir a chocar con el otro coche. Opinaba que podía haber dado una vuelta sobre sí mismo o que Doc aguardaba a que llegase junto a él.

Doc se había metido, entre tanto, por la puerta de entrada a la vieja mansión.

Le guiaba un invisible rayo de luz que todo lo tornaba blanco y negro.

Era un rayo de luz infrarroja, invisible a simple vista, pero que se captaba totalmente mediante los anteojos de camino hechos “ad hoc”.

Fuera de la puerta de entrada a la finca, frenó el agente secreto de policía.

Doc vió que, probablemente, tendría que recorrer una media milla entre árboles para llegar junto a la casa abandonada del difunto Hobbs.

Como había visto una luz detrás de las ventanas, no quería acercarse exponiéndose a ser visto desde la casa. Su sedan, era silencioso.

Así, no salió de él y le siguió con todo cuidado. La estrecha calzada de entrada serpenteaba entre la arboleda. El coche de turismo que se le echó encima no empleó la misma precaución.

Tal era la velocidad a que iba que, en verdad, parecía ser efecto lo dicho por el agente de policía respecto a que la casa se hallaba habitada por duendes.

De pronto saltó una mancha oscura de entre la fronda y se situó delante del coche de Doc. Huía de la casa desierta a una velocidad espantosa y peligrosísima, dado lo estrecho de la calzada. Para colmo, corría con los faros apagados.

No era imposible que fuera una aparición. Su motor no producía el menor ruido. Visto a través de los lentes especiales que Doc llevaba calados, se destacaba del fondo oscuro del camino como vehículo volador, blanco y negro.

Doc Savage ofrecía características reacciones. Era increíble la velocidad de pensamiento que le impulsaba a actuar, en determinadas ocasiones.

Sin embargo, el coche de turismo había surgido ante él de manera tan inesperada, tan rápidamente, que únicamente le dio tiempo de frenar en seco.

Le hubiera sido imposible esquivar el coche en fuga a causa de lo espeso de la arboleda. La calzada resbalaba poco a poco, y terminaba en el pequeño lago situado en uno de sus lados.

Doc se maldijo por no haber encendido los faros. Pero el encuentro de los dos coches fue súbito y no pudo remediarlo.

El coche de turismo vino a chocar con el sedan con ruido metálico y chirriando, arrancándole el capot delantero. Luego siguió marchando como pretendiendo encaramarse sobre él y los dos se desviaron, patinando, del camino emprendido.

Con rápido movimiento se despojó Doc de los lentes. Trató de

saltar al camino. Pero el coche de turismo aplastaba la parte alta del sedan, reteniendo en su sitio al hombre de bronce.

Grandes llamaradas en forma de hongo sucedieron a la explosión. Esta había surgido del tanque de la bencina del coche fantasma.

Casi inmediatamente se vió rodeado de llamas. Por suerte, con excepción de la gasolina y de las llantas de goma, el sedan de Doc no contenía ninguna materia inflamable.

El incendio no devoró el tanque de la gasolina, pero el humo de la goma quemada llenó el pequeño espacio en que estaba embutido el gigante de Savage. La colisión había sido aturrulladora.

El hombre de bronce se inclinó sobre el volante. La cubierta metálica e irrompible del sedan pesaba sobre sus hombros y le obligaba a tener la cabeza agachada.

Entonces puso en juego sus músculos poderosos. Le quemaba la piel el intenso calor de la hoguera encendida en el coche de turismo, que llegaba hasta él por la abierta ventanilla.

Levantar el peso de la cubierta le costó ímprobo trabajo. Requirió hasta la más pequeña onza de su fuerza extraordinaria.

Aquí apareció a la entrada del camino el cochecillo del agente de policía. El agente corrió hacia ellos con toda la velocidad de sus piernas, pistola en mano. No había visto nada. Únicamente había oído la explosión.

De momento pensó que acababa de suceder lo que tanto temía: creyó que se había venido al suelo la vetusta mansión del finado Antonio Hobbs.

Luego, poco a poco, emergió Doc del sedan destrozado. La bronceada piel presentaba singulares quemaduras. Pero intacta la metálica cabellera.

Dijo al agente:

—Es tarde para salvar al chófer. E1 automóvil salía de la casa con los faros apagados.

Rápidamente se extinguían ahora las llamas originadas por la gasolina incendiada. E1 agente secreto se acercó al coche de turismo y examinó su interior. Mirar y palidecer en el acto fue todo uno.

Lentamente describió una vuelta en torno del coche y examinó sus partes en sombra, valiéndose de la lámpara de bolsillo.

—¡No... no... no veo... a nadie! —tartamudeó—. No había nadie dentro del coche. ¡No es posible que de ir dentro el chófer, no viéramos su cuerpo quemado en este momento! ¿Sabe lo que le digo? ¡Que no me agrada esto! ¡Que no me gusta!

Doc estiraba sus miembros entumecidos, Sentía la sensación de que le habían aplastado las costillas. Pero cuando hubo llenado de aire los amplios pulmones, pudo mover los huesos más libremente en su sitio. Entonces describió a su vez una vuelta completa en torno del coche siniestrado.

Más allá, el relente humedecía la hierba del parque. El hombre de bronce sacó a luz una cajita llena de unos polvos amarillentos que derramó en tierra, formando círculo.

En un punto determinado de aquella circunferencia brilló el terreno con luz fosforescente. Una pulgada más de los polvos le mostró la hierba aplastada bajo los pies de un hombre que corría.

Doc se deslizó bajo los árboles del parque. El agente le siguió, tambaleándose un poco, mas con el arma levantada, por sí acaso. No ocurrió nada de lo que había supuesto. El rastro del hombre terminaba bruscamente en un punto cubierto de matorrales.

El hombre de bronce había visto una faz a la luz de los rayos infrarrojos poco antes de verificarse el choque de los dos automóviles.

Y aquella cara era la gris de Arturo Jotther. Por lo visto, el fugitivo de la cárcel de Westchester habíase salvado de la destrucción del islote en la propiedad de Spade.

Doc mandó al agente al teléfono más próximo en busca de auxilio y antes de que llegara el primer coche al lugar de la catástrofe, había pasado él un cuarto de hora en el interior de la finca de Hobbs.

Ninguna luz iluminaba ya la habitación de la planta baja. Pero Doc divisó el fragmento de una soga en el living —room escogido para ahorcarse el finado millonario.

CAPÍTULO XVII

EL CASO DE HOBBS

ERA al día siguiente…

Más de cien pares de ojos se alzaron de los libros para mirar a la puerta. Para llamar así la atención de aquellos ratones metidos en su queso, se necesitaba un hecho extraordinario.

Hasta entonces, ninguna de las personas que visitaban la biblioteca pública situada entre la Quinta Avenida y la calle Cuarenta y dos, había logrado despertar el interés de sus lectores.

Tampoco habían visto, como entonces, en sus salas, persona tan característica como la gigantesca de aquel ser bronceado. El hombre estaba muy bien proporcionado y era de hermosa apariencia. Sus pupilas doradas atraían todas las miradas.

A1 entrar en la sala, la bibliotecaria encargada del archivo, levantó la vista con aire aburrido. Inmediatamente varió de expresión. Pareció llena de interés.

—¿Qué se le ofrece, caballero? —interrogó al gigante.

—Me dicen, mistress Potts, que posee usted una memoria notable —replicó Doc Savage—. Así es muy posible que recuerde el caso de Antonio Hobbs. Voy en busca de datos referentes a la causa de su muerte y supongo que podré encontrarlos en los periódicos atrasados que guardan ustedes.

—Sí, recuerdo el caso de que me habla —repuso mistress Potts —. Hobbs se cuenta entre el número inmenso de hombres que no pueden sobrevivir al naufragio de su fortuna.

—Precisamente. Así ¿sabría decirme la fecha en que murió?

—Busque en el índice de los periódicos en existencia la fecha del diez al veinte de noviembre del año mil novecientos veintinueve — dijo la bibliotecaria.

Doc obedeció. El extraño caso de Antonio Hobbs ocupaba toda la página central de los periódicos en los días subsiguientes a su suicidio. Por lo visto, había sido prudente en sus negocios.

Anteriormente a su quiebra y mientras un sinnúmero de personas levantaban sus fortunas sobre pirámides de papel, él había prudentemente igualado en sentido contrario la negociación de sus acciones.

Su biografía demostraba que había concentrado todo su capital en lo que parecía ser una inversión segura y razonable. Cuando sobrevino la quiebra en el mes de octubre, había estado "aguantando firme", como se dice en el idioma de Wall Street.

¿Qué ocurrió después? Ninguno de los reporteros inquisitivos de los diversos periódicos había dado, al parecer, con la causa que había movido a Hobbs a malgastar casi toda su fortuna, luego de perder el resto de ella, consistente en un millón o cosa así, colocándolo en una sola inversión, en una sola vuelta del mercado.

Doc no tomó nota alguna de todo esto. Se limitó a leer rápidamente todo lo relativo al caso del difunto millonario. Pero su cerebro asimiló todos los detalles, incluso aquellos que se relacionaban con el suicidio mismo.

Por lo visto, mistress Hobbs era la que había descubierto el cuerpo de su esposo y el hecho la dejó aniquilada hasta el punto de que al transcurrir una semana del suicidio, murió en el hospital.

Junto con estos detalles, Doc leyó otros de menor importancia.

Su examen de los diarios le tenía sorbido el seso. Entretanto, dos caballeros de carrera, a juzgar por las trazas, se habían acercado para hablar un momento con la bibliotecaria.

Ahora discutían nuevamente con ella una obra técnica, referente a la producción eléctrica que databa a lo sumo de uno o dos años atrás.

Aparentemente el hombre de bronce no atrajo su atención como había atraído la de otros lectores de la sala.

Doc seguía leyendo. Habíase llevado a cabo una intervención en la propiedad de Antonio Hobbs. Doc Savage tomó nota mental de la casa mencionada por el periódico. Esta casa tenía instaladas sus oficinas en la parte baja de la ciudad. Doc anotó la dirección.

Después de dar las gracias a la bibliotecaria, por su ayuda, abandonó el edificio de la biblioteca. En raras ocasiones viajaba en

subterráneo.

Pero había visto que era más de mediodía en el reloj colocado sobre la plaza en que se alzaba la biblioteca pública, y por ello decidió a no cruzar hacia el gigante rascacielos en que tenía sentados sus reales.

Atravesó, pues, la Quinta Avenida y marchó en dirección de la Séptima. Su figura gigante se hundió al llegar a la entrada del subterráneo. A aquella hora iban llenos de gente todos los coches.

Las personas de todas clases se apiñaban a cientos en el andén y se escurrían dentro de los coches en el momento de ir a cerrarse las puertas.

El coche en que se metió Savage iba lleno de gentes que venían de correr tiendas. Por lo menos una mitad de esos compradores iban colgados de las correas de cuero que pendían del techo de los coches.

Se mantenían asidos a ellas con una mano y con la otra empuñaban libros o periódicos. Los neoyorquinos son, quizá, los lectores más formidables que aparecen en público.

Adquirieron esta costumbre al tratar de disipar el tedio que suponen varias horas de trayecto en el subterráneo o en el tren eléctrico.

El subterráneo corría con ruido atronador semejante a terremoto bajo una montaña. Aquel ruido imposibilitaba toda conversación ordinaria. Doc iba de pie pero no juzgó necesario asirse de la correa.

Su cuerpo gigante oscilaba suavemente sobre los macizos pilares de sus piernas. Para nada afectaban su equilibrio los súbitos saltos o el movimiento del tren en marcha, cada vez que doblaba una curva o se detenía súbitamente en alguna estación.

Las mujeres dejaban de leer para escudriñarle el rostro tostado. No se movió ni tampoco hizo ningún gesto cuando alguien vino a apoyarle en la espalda la aguda punta de un instrumento invisible.

Se limitó solamente a tomar rápida nota mental del hecho y pensó que el instrumento en cuestión era harto pequeño para que fuera la boca de un arma de fuego de las más corrientes.

Miró impertérrito ante sí y aguardó.

Detrás de él estaban dos caballeros de carrera, al parecer. Eran los mismos que habían estado cerca de él en la biblioteca. La voz

que le habló luego al oído salía de unos labios tan próximos que nadie más que él pudo oír lo que dijeron.

—Esta no es un arma de fuego —le comunicaron con acento desagradable—. Lo cual quiere decir que no sirve de nada la cota de malla que llevas puesta. De caer ahora muerto al suelo no habría en tu cuerpo señal alguna de violencia. De ésta se darían cuenta demasiado tarde las personas que investigaran la causa de tu muerte. De manera, Doc Savage, que te conviene mantenerte caído de brazos. No intentes siquiera echar mano de tus chocantes pildorillas de gas. Apéate al llegar a la estación de Cortlandt Street y echa a andar delante de nosotros.

Remolinos de una luz deslumbradora y acerada, conmovieron las doradas pupilas de Savage. Superficialmente excitaba todo su interés un anuncio fijado en el cristal de la ventanilla más próxima, a la altura de su cara.

Sus labios apenas se movieron. Pero lo que dijo fue oído claramente por el sujeto colocado a su espalda.

—Comprendo perfectamente. Ya sé que no me amenazas con un arma de fuego.

Al expresarse así no volvió ni siquiera un tanto la cabeza. Pero, reflejados en el cristal de la ventana, divisó los rostros de sus enemigos.

Doc no había visto nunca ni uno ni otro. Bien es verdad que tampoco había visto hasta entonces al poseedor de la marca negra.

Desde un principio de la aventura se había dado cuenta de que se utilizaban ahora en contra suya nuevas armas mortíferas de gran alcance.

E incluso sabia que la fina cota de malla de acero ideada por él era capaz de interceptar el paso de las balas, pero que no neutralizaría el mortífero rayo de la marca negra. El subterráneo pasó silbando y sin detenerse por delante de dos estaciones. Corría sobre los mismos rieles del tren expreso y se detendría en la próxima estación de Chambers Street. Casualmente esta calle estaba muy cerca de aquella cuya dirección llevaba anotada en la cartera y que pensaba buscar. Después se efectuaría la siguiente parada en la calle Cortlandt.

El subterráneo pasó a una marcha más moderada junto a las agujas de la vía y entró en la estación. El objeto duro e invisible

continuaba apoyado en su espalda. Un empleado anunció en alta voz la calla Chambers.

Chirriaron un poco los frenos del coche. El convoy iba parando poco a poco.

Cuando se paró del todo, Doc continuaba imperturbable, con la vista clavada en el anuncio. Aparentemente no se había movido.

Todavía continuaba guardando un perfecto equilibrio sin necesidad de apoyarse en las correas del techo.

Pero había juntado los talones de manera que se tocaran sus tobillos. El tren cesó de moverse. Sus puertas comenzaron a descorrerse. Doc apretó todavía más los tobillos. Finalmente se restregó uno sobre otro.

A1 propio tiempo aspiró una bocanada de aire y ya no respiró.

Súbitamente desaparecieron los rostros retratados en el cristal de la ventanilla. El objeto puntiagudo dejó de mortificarle la espalda.

Una de sus manos fue dirigida prontamente hacia atrás y al reaparecer, empuñaba un objeto pequeño parecido a una pluma estilográfica.

El hombro de un hombre le rozó al propio tiempo las corvas, Doc se dirigía ya hacia la puerta abierta del coche. Una mujer gorda que había tratado de levantarse para bajar en Chambers Street, se desplomó con un gruñido.

Otras personas no parecieron darse cuenta de su desmayo. Porque todas las que ocupaban el vagón sentían súbitamente mucho sueño. Dejaron caer las cabezas sobre el pecho y se durmieron en grotesca postura muchas de ellas.

El individuo alto que había mantenido pegado a la espalda de Doc el objeto puntiagudo yacía, inerte, sobre el alto sujeto que le acompañaba. Ya no tuvieron inconveniente en consentir en la partida de Doc.

Doc se escurrió por entre la multitud que llenaba el andén. Aunque otras personas avanzaban, abriéndose paso a empujones y codazos, el hombre de bronce no tocó a ninguna. Ninguna tampoco le tocó.

Su rápido avance hubiera podido compararse al de un gato montés. A su espalda gritó un empleado del subterráneo:

—¡Eh! ¡Tocad la campana! ¡Todos están muertos!

Hasta entonces había viajado entre dos coches abandonando su puesto para cerrar todas las puertas antes de que arrancara el convoy otra vez.

Al mirar en el interior del coche, que acababa Doc de abandonar, se había quedado boquiabierto antes de prorrumpir en un grito de alarma.

Este produjo un pánico instantáneo. Únicamente el hecho de haber comprendido un solo coche el desastre, impidió que se mataran las gentes al abalanzarse en rápida carrera a las abiertas puertas de salida de la estación.

El convoy parado impedía la circulación. Esta quedó interrumpida, en Manhattan, por espacio de media hora.

Los dormidos pasajeros fueron sacados del coche en ambulancias.

Doc ascendió los peldaños que le separaban de la calle, decidido a recorrer a pie la distancia que lo separaba del punto de su destino.

Los dos individuos ellos se despertaron poco después en las camas de la sala para casos de urgencia del hospital de Bellevue.

Los dos volvieron a una a la vida. El efecto del gas anestésico desprendido de las cápsulas aplastadas por los tobillos de Doc, era aproximadamente el mismo en cada persona.

Los dos altos sujetos llevaban durmiendo poco más de una hora en el momento de despertar. Ni uno ni otro reconocieron el lugar donde estaban.

Al verse mutuamente, manifestó uno de ellos:

—Bien. Trataremos de explicarle a "Jingles" lo ocurrido. ¿Qué habrá pasado? Supongo que Doc no se daría cuenta del engaño. Yo contaba con asustarle con la marca negra.

—Pues no vuelvas a suponerte que es capaz de tener miedo —gruñó su acompañante—. Por mi parte, no pienso irle con el cuento a "Jingles". En cuanto salga de aquí me dirigiré al aeropuerto de Long Island y, si no eres tonto, te vendrás conmigo.

Doc se acercaba a la casa de los peritos en contabilidad, enclavada en la parte baja de la ciudad, si no le engañaba la dirección que llevaba apuntada.

Entre tanto, manoseaba el objeto puntiagudo cuyo extremo, apoyado en su espalda, le había producido la sensación de una pluma fuente.

Su vista le arrancó una sonrisa sombría. El objeto era, en realidad, una pluma estilográfica. Esto y nada más. Sólo que no tenía tinta.

Nada de sus características le convertía en objeto peligroso. Nada… si se exceptúa el pensamiento del ser que la había apoyado en su espalda.

Pasó casi una hora en las oficinas de los peritos que habían intervenido en la propiedad en quiebra del difunto Antonio Hobbs. A1 salir de ellas se le agitaban en las órbitas doradas los consabidos remolinos como si estuviera inquieto.

Al cabo de una hora entraba en la clínica de Jackson Heights, donde Jaime Mathers, el corredor de Bolsa, se recobraba, poco a poco, de su fractura de las costillas.

A1 propio tiempo salía también de la niebla mental producida en su inteligencia por la reciente conmoción.

—En cuanto pueda salir del hospital me propongo abandonar la ciudad —manifestó a Doc—. Las enfermeras me dicen que le debo la vida, mister Savage. Le prometo subscribirme a la cantidad que me indique para el hospital de niños.

Doc se sonrió. Ahora podría comprarse el equipo necesario para el hospital infantil.

Entretanto, se hallaban sobre ascuas los camaradas que se habían quedado en el hangar del almacén situado junto a la ribera del Hudson.

Incluso estaba de mal talante la de usual buen humor, prima Pat.

—¿Por qué no hacemos algo? —interrogaba sin cesar—. Sé que Doc corre un peligro inmenso y que por ello nos mantiene al margen de esta aventura.

Aquella noche y una parte del día siguiente transcurrieron sin que se supiera ni una palabra del hombre de bronce. Es más: ni siquiera las frecuentes llamadas al rascacielos originaron réplica alguna.

—Me parece que no voy a estar aquí por más tiempo —afirmó Pat—. Conque, no actuéis como si se os hubiera nombrado tutores míos.

Ham la miró de pronto.

—Tú has estado en casa de ese Cedric Cecil Spade, ¿no es cierto?

—dijo—. Y has dicho que el asesino dejó en su caja todos los rubíes y que, en cambio, se llevó una cantidad determinada de valores.

—Así es.

Ham pensó rápidamente. Recordaba que en cierta ocasión se le había pedido consejo profesional y que su cliente, en perspectiva, había sido este mismo Cedric Cecil Spade. En su mente relacionó este hecho con otros incidentes pasados.

Ham no había aceptado a Spade como cliente. Pero de él había sabido lo bastante para deducir que temía por su vida.

Ham miró a Monk. Este le devolvió la mirada con interés. Aquella mirada se tornó fulminante.

Ham dijo:

—Voy a hacer algo. Monk, si hubieras leído un libro alguna vez en tu vida te llevaría conmigo.

—Es que aunque me lo pidieras yo no iría —replicó el químico. Y a continuación agregó:— Pero es cierto que tenemos que hacer algo. Si crees que hay que ir en busca de Doc y no quieres ir solo, te acompaño.

—Mejor será que os estéis quietos hasta saber lo que quiere Doc —observó Johnny.

Ham se dispuso a partir a pesar de todo.

—Pienso llevar a Monk a la biblioteca —manifestó—, y después al Museo de Historia Natural. Pero antes tiene que examinar conmigo unos libros.

—¡Tú tienes una idea! —exclamó Pat.

CAPÍTULO XVIII

SE ECHA EN FALTA A DOC

TEODORO Marley Brooks o Ham, como queráis llamarle, no despertó a su entrada en la sala de lectura el interés general suscitado, poco antes, por Doc Savage.

Más de una damisela le examinó, sin embargo, de arriba abajo con mal disimulada atención.

A Ham le caía la ropa, toda la ropa, a las mil maravillas. Era apuesto y elegante. Como un Beau Brummel de la Park Avenue.

Muchas mujeres suspiraron al verle. Muchos hombres contuvieron un juramento al reparar en su gallardía. Luego contemplaron, sonriendo, al orangután que llevaba al lado.

Ham se dirigió a la bibliotecaria y le hizo una pregunta. Por cierto que no era la misma que atendiera al hombre de bronce. Al mirarle con aire suficiente, observó Ham, con una sonrisa:

—Veo que conoce el caso de Antonio Hobbs.

Sí. Le conocía.

—Encontrará la relación de ese caso en el archivo correspondiente a los periódicos que llevan la fecha del mes de noviembre del año mil novecientos veintinueve —le indicó a Ham —. Verdaderamente que no puede llamársele un caso vulgar, pero justamente por entonces se dieron varios así.

Ham entró en la sala ocupada por el archivo. Monk se quedó en la de lectura. Saltaba a la vista que no sabia qué hacerse de las manos, mientras paseaba la vista en torno y examinaba las estanterías abarrotadas de libros técnicos.

La bibliotecaria le miró compasiva. Por lo visto, consideraba desplazado a aquel nuevo y simiesco visitante de la sala de lectura.

¡No hubiera sido floja su sorpresa si le hubieran dicho que Monk

había escrito varios libros de química de los que figuraban en los estantes!

A1 salir poco después de la sala del archivo, se guardó Ham, en el bolsillo, el librito de notas.

—Vamos, mico —le dijo a Monk—. Llevo aquí algo cuya importancia desconoceremos mientras no hayamos hablado con Doc. Volvamos al rascacielos.

Tras de dedicar más de una hora a la tarea de captar uno de los coches de Doc, sirviéndose de la emisora de radio instalada en el departamento, Ham apeló a otros medios. Teniendo en cuenta que Doc podía muy bien haber hecho una visita a los hospitales en que había instalado a Ronald Doremon y Jaime Mathers, llamó primero a uno, luego a otro.

—Habla con Teodoro Marley Brooks —notificó a la matrona del hospital en que yacía Doremon—. ¿Podría decirme si estuvo ahí mister Savage de visita?

—Un momento. Voy a enterarme —replicó la matrona agregando pasado un instante:— Estuvo aquí ayer por la tarde. Mister Doremon ha salido del hospital esta mañana. Ya está bien. Por si le interesa le daré sus señas. Tenga en cuenta que está instalado solo, temporalmente, en la ciudad.

No era imposible que se hubiera dado de alta a Doremon sin que estuviera curado del todo. Por lo menos así lo juzgó Ham.

El joven se vestía para salir a la calle cuando llamaron Ham y Monk a la puerta del departamento que ocupaba en la calle Cuarenta y cuatro, Oeste.

—¡Hombre! ¡Ham y Monk! —exclamó al verles. Había visto en la fábrica a casi todos los camaradas de Doc—. Les ofrezco mis excusas por lo pasado y le doy de paso las gracias, Monk. Me han dicho que estuve de lo más inconveniente allá en el hangar.

El rostro solemne de Doremon adquirió una mayor gravedad. Le brillaban los ojos con inusitado resplandor. Tenía las cejas quemadas; el cráneo rojo todavía y cubierto de ampollas.

—Bueno. Todavía no he cambiado de manera de pensar —manifestó a la pareja—. Por ello me he empeñado en salir del hospital. Escuchen, señores: ¡Doc Savage está corriendo el peligro mayor de toda su carrera! ¿Dónde está ahora?

—Lo ignoramos —confesó Ham—. Desde ayer nada sabemos de

él. Usted le vió en el hospital después que nosotros.

—Así ¿no han leído esto? —interrogó Doremon, indicándoles con un gesto el periódico de la mañana en que rezaban ostentosos epígrafes:

"Cien personas afectadas por los gases en el metro subterráneo de la parte baja de la ciudad."

—Dice el periódico que todas ellas iban en un mismo coche —siguió diciendo, mientras Ham leía el suelto,— y que todas se restablecieron, al cabo de una hora, en los hospitales. Parece ser que las víctimas sufrían como consecuencia de los efectos de un gas anestésico.

—Doc ha debido poner en libertad esos gases —dijo Ham—. Pero ¿adónde se habrá dirigido a su salida del metro?

—Lo ignoro. Sólo sé que le busca la policía —replicó Doremon —. El jefe opina como usted, que Doc tiene algo que ver con la aparición en el metro, de los gases. Pero veo que no lo ha leído todo. Busque usted el pie de la página central, Ham.

Así diciendo, Doremon posó el índice sobre la noticia indicada.

"Hoy ha dejado el Mercy Hospital de Jackson Heights, con el correspondiente permiso, Jaime Mathers, acaudalado corredor de Bolsa, que resultó herido al estallar el coche en que, acompañado por Doc Savage, se dirigía a la casa del finado mister Spade. A pesar de haberse fracturado varias costillas y sufrir de lesiones internas, el mencionado mister Mathers piensa salir inmediatamente para Europa en viaje de recreo."

Ham corrió junto al aparato telefónico instalado en la habitación y pidió comunicación con el hospital de Jackson Heights.

—En efecto. Misten Mathers se ha despedido hoy —respondió a su pregunta uno de los doctores de guardia—. Poco antes estuvo a verle Doc Savage.

Ham colgó el receptor.

—Tendremos que pescar a Mathers antes de su partida —declaró —. Voy a tratar de hablarle por teléfono.

—Yo no lo haría —le advirtió Doremon—. Como recordarán, después de sufrir las quemaduras que ahora ostento, entré con Doc en la fábrica y me parece que desconfiaba de Mathers. El no me ha dicho nada, pero Cogdon, el gerente de la fábrica, me confió que se le había visto con Doc y que desapareció de su lado en el momento

de arder el yate de Pearsall. Poco después reapareció en casa de Spade y Doc iba de nuevo en su compañía al estrellarse el auto.

—No le falta razón —admitió Ham—. Usted no está en condiciones de viajar, Doremon. Nosotros nos lanzaremos a la búsqueda de Mathers y cuando le hayamos encontrado le avisaremos.

—Deseo ayudarles a buscar a Doc —declaró el joven,— porque creo que pretende resolver, sin la ayuda de ustedes y sin exponerlos al peligro, naturalmente, el misterio que presentan los crímenes de la marca negra.

—Estoy tan seguro de la verdad de lo que afirma, que ya no me opongo a que nos acompañe —dijo Ham—. ¡Vámonos!

Quince minutos después, los tres ascendían camino del piso de soltero de Mathers, quien, como se había anunciado, se preparaba para salir sin pérdida de tiempo hacia Europa.

E1 corredor se hallaba sentado, con el cuerpo rígido, ante la amplia y polvorienta mesa de despacho. Cada uno de sus movimientos le arrancaba un gesto de dolor. ¿Por qué? La razón es muy sencilla.

Porque todavía tenía el torso embutido en un molde de yeso. Su rostro de buey, estaba vendado nuevamente. Ahora no lo tenía tan rojo como de usual.

Sobre la mesa y frente a él se hallaban varios fajos de billetes de banco.

Junto a ellos había, un pasaporte y, encerrado en un sobre, el billete del vapor.

Mister Mathers ponía en orden la mesa escritorio. Komolo, el criado japonés, era, por lo visto, a la sazón, único habitante del suntuoso piso de soltero. Tenía una estatura colosal.

Por su aspecto se le hubiera creído más bien un bandido de China que el súbdito japonés que se alababa de ser. Sus oblicuos ojos negros se anticipaban a los movimientos efectuados por Jaime Mathers.

—Ya me he procurado el revólver —decía en su inglés meticuloso,— y con él me estoy ejercitando a dar, a menudo, en el honorable blanco con gran dispendio de pólvora.

Mathers se sonrió con cierto esfuerzo. Aparentemente le dolían muchísimo las costillas.

—Bien, Komolo —exclamó, satisfecho—. Guárdatelo en el bolsillo de la chaqueta y de no darte orden contraria, contén con él a cualquier probable visitante del piso. ¿Está preparado el equipaje?

—Lo he dispuesto todo conforme el señor me ordenó por teléfono.

Mathers hizo un gesto de aprobación. Tenía encendidas todas las luces de la pieza y abiertas las persianas de todas las ventanas.

De haberse colocado un extraño cualquiera en el tejado de la casa vecina, hubiera presenciado lo que pasaba dentro de la habitación.

Justamente acababa de retirar, mister Mathers, de dos Bancos distintos, una suma considerable de dinero. Directamente, desde aquellos Bancos, la había traído al piso. Todo ello fue hecho después de su salida del hospital de Jackson Heights.

Desde aquellos Bancos lo habían seguido también hasta el piso. Lo habían vigilado dos hombres en el momento de retirar su dinero, pero evidentemente no pretendían perpretar un robo vulgar, porque aun cuando desde el lugar en que se hallaban instalados los Bancos hasta su casa, hubiera podido detenerle cualquier banda de malhechores que operase rápidamente, no lo hizo.

Por ello continuó dedicado tranquilamente a la requisa de particulares documentos determinados. Buena parte de ellos fueron rotos en menudos fragmentos y arrojados a la papelera.

Ocupado estaba aun en aquella faena, cuando sonó un zumbido especial.

Komolo salió de la biblioteca llevando metida la mano en el bolsillo de la americana.

A1 abrirse la puerta de la biblioteca, apareció en el umbral la graciosa figura de Pat Savage. Mathers arrugó el entrecejo por debajo de la venda.

—Me he enterado de que salió usted del hospital después de estar en él mi primo Savage —manifestó Pat,— y he creído posible que sepa usted dónde se encuentra actualmente.

—Mister Savage fue a verme antes de mi salida del hospital, efectivamente —replicó el corredor—. Pero ignoro dónde se halla ahora. Entre sí gusta.

Patricia obedeció.

—Doc me mandó al hangar instalado en el almacén de la ribera

—le explicó a Mathers,— pero por mucho que hemos hecho no hemos logrado comunicarnos con él desde allí. Por ello he puesto en marcha el motor de un aeroplano y cuando mis camaradas corrieron hacia él me escapé.

—¿De veras? —dijo en tono seco, Mathers—. Pues no puedo decirle nada nuevo. Es más: como tengo todavía que resolver asuntos urgentes, le ruego, miss Savage, que se retire cuanto antes.

—¡Toma! ¡Yo que creía que querría enterarme de cuanto se refiera a la marca negra! —exclamó Pat, visiblemente contrariada. Me parecía que, desde el momento en que huye de ella, debe saber quién es la persona que la maneja.

Mathers contrajo súbitamente las pupilas.

—No tengo tiempo para entrar en discusiones —manifestó rudamente—. Ya ve que me dispongo a salir de la ciudad. Komolo, muestra el camino a miss Savage y no la abandones hasta que llegue a la calle. Si no ha traído coche llama un taxi.

—¡Oh! ¡No se desembarazará de mí con tanta facilidad! —dijo Pat con rabia—. Echamos de menos a Doc Savage. Usted debe saber dónde se halla. Por ello no le aconsejo que pretenda escapar. ¡A estas horas le buscan Ham y Monk, dos de sus camaradas!

Mister Mathers no dijo nada, pero era evidente que le desagradaba pensar que estuvieran buscando a Doc dos de sus hombres.

—¿Sabe dónde se encuentran en este instante? —interrogó a la muchacha.

—Le oí decir a Ham que pensaba entrar un momento en la biblioteca de la Quinta Avenida —replicó ella.

Súbitamente le pareció que mister Mathers acababa de cambiar de idea.

—Bien. Pues no tengo más que decirle —dijo—. Salga enseguida. Komolo, acompaña a la señorita.

Las manazas morenas del japonés la asieron por debajo de los codos.

La levantó en vilo como a un chiquillo y la sacó de la biblioteca, cuya puerta se cerró detrás de ella. Komolo no la acompañó a la calle porque le llamó Jaime Mathers.

—¡Déjala y ven aquí! —ordenó—. Ahora tenemos que trabajar rápidamente.

La presencia de los dos hombres de Doc le había turbado evidentemente porque habló en voz baja con el japonés.

El extraño que les hubiera observado desde la calle, hubiera visto apagarse, de pronto, todas las luces de la biblioteca. En menos de dos minutos volvieron a lucir otra vez.

Pat Savage descendió la escalera abandonando el último piso de aquel edificio que se alquilaba por departamentos. Evidentemente estaba indignada del recibimiento que le había dispensado mister Mathers..

—¡Pues no se saldrá con la suya! —exclamó en voz alta.

—¿Quién es el afortunado mortal? —inquirió una voz profunda casi a su oído.

A1 propio tiempo surgió el rostro risueño de Mahoney el "Rojo" detrás de la esquina más próxima a la casa. Allí, una doble calzada ascendía en opuesta dirección hasta el ferrocarril aéreo.

—¡Hola! ¿Ya de vuelta? —exclamó Pat—. ¿Es que no voy a poder verme nunca libre de usted? En fin: hoy me alegro de que haya venido. Quizá pueda ayudarme en el caso de que suceda algo extraordinario.

—Siempre ocurren cosas cuando está usted presente. Escuche; vuelva a repetir la hazaña de echar a perder una de mis fotos y verá cómo tiene que ir a la Morgue.

Pat hizo como que no oía la alegre bravata de Mahoney.

—¿Qué es lo que hace aquí? —tornó a preguntar.

—Le diré: acabo de enterarme de que ese Mathers ha salido del hospital y de que piensa emprender un viaje al extranjero —explicó el rojo cameraman,— y he creído oportuno hacerle una entrevista. ¡Debe estar asustadísimo!

—Bueno. Me parece que no conseguirá nada de él —replicó la muchacha—. Es más: no trate de hacerle foto o película alguna; se lo aconsejo porque, aquí, en confianza, le diré que me temo que ocurra algo malo. Si pudiera ayudarme...

—¡Basta de charla y levanten los dos las manos! ¡Si desean conservar el pellejo no traten de protestar!

Pat Savage y Mahoney obedecieron. Hicieron bien porque estaban rodeados de hombres armados.

—¡Ahora desciendan por esa escalera! —se volvió a ordenarles.

La media docena de hombres llevaban puesto un negro antifaz y

a juzgar por el ominoso acento del que parecía ser su jefe, no cabía dudar de que sin gran esfuerzo llevaría a cabo su amenaza.

Aparentemente la escalera secreta por la cual descendieron, conducía a un apartamento que distaba dos pisos del tejado de la casa de Mathers.

Se despojó a Mahoney de su cámara y unas manos vigorosas llevaron a cabo la tarea de atarles. Por lo visto los bandidos ya estaban avezados a ello.

A continuación se dejó mudos a los dos prisioneros y ciegos también, mediante tiras adhesivas de esparadrapo. Puesto esto en práctica, se les llevó a empujones hasta una reducida habitación en que quedaron encerrados.

Sólo a través de la puerta oían las voces de sus apresadores.

—Oye, "Jingles" —dijo uno de ellos al jefe—. ¿Querrás decirme qué demonios esperamos? Arriba tenemos a Mathers. ¿Por qué tenemos pues que aguardar la llegada del jefe secreto con la marca negra?

El que así se expresaba era José el "Escurridizo". Sporado le contestó:

—¡Métete en tu camisa; muchacho! Ya te he dicho que me pagan bien por obedecer. De momento tenemos que permanecer inactivos hasta que podamos entrar en posesión de esa marca. Mathers no se escapará, no hay cuidado que lo haga y en tiempo oportuno procederemos como es debido.

Pat luchó por desasirse de sus ligaduras. Estaba muchísimo más frenética que Mahoney. El cameraman parecía tomarse las cosas con más calma.

Fuera hablaba una voz por teléfono. Era la de "Jingles". Al acabar la conferencia, dijo a sus compinches:

—¡O. K., muchachos! ¡Todo está listo! Podrá ser una idea estrambótica la de venir aquí con la marca negra, mas ya está el jefe en camino. Dentro de diez minutos habrá llegado.

—A1 concluir la faena, ¿vendrá con nosotros? —interrogó José en voz baja.

—Depende —replicó tranquilamente, "Jingles",— de las circunstancias. No creo equivocarme al afirmar que antes de mucho tendremos aquí, otro cadáver.

CAPÍTULO XIX

MUERE MISTER MATHERS

"JINGLES" dejó de remover en el bolsillo, las monedas y dio orden de aproximarse al estudio de Mathers con todo sigilo y la mayor cautela posible.

—Ese viejo japonés se parece a una carga de dinamita —advirtió a sus compinches.

—¡Cuidado con él! Asidle antes de que pueda entrar en acción. Apuntadle a la barriga y si no cede ¡duro con él!

Más de una docena de enmascarados pistoleros siguió a "Jingles " y a José el "Escurridizo" hasta debajo del tejado de la casa. Todos iban armados de revólveres automáticos, pero nadie les salió al encuentro.

De las abiertas ventanas del estudio se derramaba la luz a torrentes al exterior. Aquella luz se refractaba en pequeños haces luminosos en la neblina resultante del rápido enfriamiento del calor diurno.

La banda de "Jingles" se diseminó y rodeó el departamento. En obediencia a una orden dada en voz baja, casi un siseo, se acercaron a las tres puertas cerradas de entrada. "Jingles" y José permanecieron uno al lado de otro.

—El jefe secreto no quiere que se despache a Mathers si no es a su manera —explicó a José, el primero,— pero al cabo reñiremos un poco sobre esto. Una vez que le hayamos quitado de en medio y nos hayamos apoderado del viejo “jap”, veré de anular al resto de la partida.

—Si el jefe secreto ignora la suma exacta que ha retirado Mathers del Banco —observó esperanzado José—, creo yo que deberíamos apoderarnos de ella ante todo.

—Lo mismo pensaba yo —confesó "Jingles"—. Esa suma constituirá nuestra paga.

—¡Eh, jefe! —llamó una voz en tono bajo—. ¡Esta puerta no está cerrada con llave!

—¡Cuidado, no sea una trampa! —advirtióle "Jingles"—. Venid todos aquí y entraremos en una sola arremetida en el estudio.

A una entraron todos en el hall pisando quedo como gato montés. De la biblioteca irradiaba la luz que le iluminaba.

—No me gusta esto —susurró "Jingles"—. No os descuidéis un instante hasta que hayamos franqueado el umbral de esa puerta (por la de la biblioteca). ¡Ese maldito japonés nos prepara alguna! ¡Es más malo que la quina!

José el "Escurridizo" se les adelantó un poco y miró la habitación por entre las semicorridas cortinas de la puerta. Sus negros y recios cabellos perdieron, aparentemente, la lisura.

O si no la perdieron, lo pareció. Porque el mismo dedo helado que le pasaba por encima de la espina dorsal le llegaba, ahora, hasta la misma punta de los pelos y cada uno de ellos se puso tieso.

—¡Habráse visto, el muy traidor! —exclamó—. ¿Será posible que tengamos que hacerle el caldo gordo a un sujeto tal? Conque estaría aquí dentro de diez minutos, ¿eh?

—¡Hola! ¿Qué dices? ¡Maldito sea! —balbuceó "Jingles" plantando su cuerpo voluminoso en la entrada de la biblioteca—. Tienes razón. ¡Se nos ha hecho una doble jugada!

Los enmascarados pistoleros se agruparon en torno de "Jingles" y de José.

Sus bocas pronunciaron juramentos espantosos. "Jingles" y José olvidaban, porque les conocía, que ellos mismos trataban de jugarle una mala partida al poseedor de la marca negra al pretender engañarle y apoderarse de una parte de la suma que Mathers había sacado del Banco para el viaje.

Mas el jefe secreto no se había dejado engañar. Por lo visto, había pasado entre ellos y había salido luego de la casa sin que se dieran cuenta. Ninguno le había visto.

Lo cierto era que el cuerpo voluminoso de Mathers estaba tendido en tierra.

No obstante el molde de yeso que le dificultaba los movimientos había sostenido, al parecer, la última batalla. Tenía rasgada, la

camisa, y en uno de los brazos un corte espantoso que le llegaba de la muñeca hasta el codo.

La mano de aquel brazo estaba negra como si la hubiera metido en un baño de tinta antes de morir.

Sobre su corazón vieron los pistoleros un punto negro y perfectamente circular.

—Pues, señor: tampoco el viejo japonés ha podido resistir esto —murmuró José.

Era cierto. Al gigante Komolo no se le había dado la ocasión de escapar a la muerte. Sus dedos entumecidos sostenían todavía el automático.

Pero aquella arma no había sido descargada. De su boca no había surgido el esperado fogonazo. También Komolo parecía haber empeñado una batalla.

Si no, se debía el destrozo que sus ropas presentaban a las últimas ansias de la muerte. La redonda marca negra decoraba su pecho, semioculta por un espeso mechón de negro y recio vello.

Lo mismo su faz que la de mister Mathers estaban contraídas por terribles expresiones. Los dos tenían los ojos abiertos, vidriosos, como si hubieran presenciado el avance de la muerte que les aguardaba.

—Y ahí se ha dejado el dinero, lo mismo que de usual —comentó "Jingles" en voz baja—. Pero lo que es esta vez ¡no se saldrá con la suya! Ese dinero es mío. Es el precio de mis servicios.

Inspiraba la declaración de "Jingles" el dinero colocado sobre el pulido tablero de la mesa escritorio. Se habían abierto algunos fajos de billetes y no cabía dudar de que había desaparecido de algunos fajos parte del dinero que encerraban, porque estaban sueltos muchos de ellos.

Encima de éstos quedaban unas cuantas monedas, sueltas, de plata.

José el "Escurridizo" se acercó a la mesa y se dispuso a recoger unas cuantas de aquéllas. Más vale pájaro en mano que ciento volando, debió decirse para su fuero interno.

—¡Deja sobre la mesa ese dinero! —le ordenó "Jingles"—. Ya he dicho que quiero dirigir el juego a mi manera. ¡Y lo jugaremos!

José le obedeció con el ceño fruncido.

—¡No me gusta, no me gusta esto! —exclamó disgustado—. Sin

que sepa todavía el motivo me detuvieron en la estación del Bronx y desde entonces no estoy a gusto. ¡No volveré a estar tranquilo mientras no desaparezca ese Doc Savage!

—Tranquilízate —le aconsejó "Jingles"—. Esa desaparición forma parte, también, de mi plan.

Los hombres de "Jingles" se apartaron de los cuerpos tendidos en tierra y les brillaron las pupilas al poner José las manos pecadoras encima de las monedas que estaban sobre la mesa. Muchos de ellos habían sido descuidistas. Y por ello les parecía seductor el dinero que tenían a la vista.

Ni José ni "Jingles" sospechaban que viniese nadie a mezclarse en sus asuntos. Se sentían seguros en el estudio de Mathers y por ello todos los ojos estaban fijos en los fajos seductores de billetes de Banco.

Así, nadie vió las tres sombras silenciosas que acababan de entrar en el piso.

Las tres sombras eran Ham, Monk y Ronald Doremon. En silencio se introdujeron en el hall y marcharon hacia la iluminada biblioteca. Los ojos vivos de Ham apreciaron, de una sola ojeada, la escena.

Doremon lanzó un ahogado juramento de sorpresa. Le sobresaltó mucho más que a sus compañeros la vista de aquellos cuerpos tendidos en tierra.

—¡Demasiado tarde! —murmuró—. Pero ¿cómo...?

Ham sacó de la vaina la hoja flexible de su estoque. De debajo del sobaco de Monk salió a luz uno de los modernos super-fires.

—Opino que debemos disparar en el acto sobre esos malhechores —dijo con voz suave como un susurro—. De esta manera, conseguiremos barrerlos antes le que se den cuenta de nuestra presencia en el estudio.

En la mano de Doremon brillaba un automático con acerados reflejos.

—¡Aguarden! —aconsejó a sus acompañantes—. Mientras no sepan que estamos aquí les tenemos atrapados. Voy a entrar en la biblioteca por la otra puerta. Cuando lance un silbido entraremos los tres a un tiempo.

Ham y Monk se mantuvieron a la expectativa. Aguardaban la señal de Doremon. Al cabo, llegó en forma de un vivo silbido

penetrante.

Por lo visto Ronald había llegado ya a la otra puerta tras de describir un círculo completo en torno de la biblioteca. Monk lanzó un aullido feroz y de un salto se plantó en la habitación.

El super-fire rugía en su mano produciendo un sonido semejante al zumbido de millares de abejas cuando tratan de posarse en un mismo punto.

Pero sus balas de gracia caían en un abismo negro y silencioso como las aguas de la laguna Estigia. Quiere decir esto, que se habían apagado todas las luces al oírse el silbido de Doremon.

Los revólveres automáticos se dejaron oír con chasquidos de carraca.

—¡Ese es Doremon! —gritó Ham—. ¡Aquí estamos, amigo! ¡Abrase paso a través de esos canallas desde el lugar que ocupa!

Así diciendo, Ham blandía el estoque, le volteaba en torno de la cabeza sintiendo que la punta se hundía en dos cuerpos distintos. Cayeron hombres al suelo. Ham se sonrió en las tinieblas. La cosa comenzaba a hacerle gracia.

Los pistoleros de "Jingles" estaban imposibilitados de ver al enemigo a causa, precisamente, de las tinieblas que les rodeaban y no se les presentaba ocasión de disparar sus armas.

A1 cabo, "Jingles" dio una orden.

—¡Son los camaradas de Doc! —anunció a sus compinches—. ¡Cogedlos ahora! ¡No les matéis! Todos tienen que quedar vivos para sucumbir ante la marca negra. ¡Él acaba de llegar! No despachéis a ningún hombre de Doc. Primero habrá que apoderarse del hombre de bronce; de lo contrario, él los vengará.

La habitación se llenó, entonces, de una armonía singular; de un canto exótico desconocido. Producía un sonido raro y penetrante.

Era como el viento que sopla encajonado entre tumbas. Sin estar en ninguna parte determinada estaba en todas.

Monk exhaló un aullido:

—¡Es el propio Doc en persona! ¡Ham, no le estorbes el paso!

Uno de los pistoleros se hallaba, a la sazón, junto al cuerpo tendido de Komolo, el gigante japonés. Este hombre se sintió asido de pronto por la garganta. Unos dedos vigorosos le echaron hacia atrás la cabeza y le crujieron los huesos de la cerviz.

A continuación, habló la voz de Komolo: Sus palabras

constituyeron una jerga ininteligible. Sólo se percibieron claramente dos de ellas: Doc Savage.

Inmediatamente después sonó en la pieza la voz llena y armoniosa del propio hombre de bronce. Se expresó, asimismo, en lengua extranjera: la de una conocida tribu de la China septentrional. Dirigía la palabra a Komolo.

El cuerpo de mister Mathers ya no estaba tendido en el suelo. Pero en el mismo punto que había ocupado, dos pistoleros de "Jingles" cayeron uno encima de otro. En mitad de la biblioteca se desencadenaba un ciclón bronceado.

Doc tenía todavía el cuerpo metido en el molde de yeso que le había servido para hacer el papel de corredor de Bolsa. De esta forma había salido del hospital de Jackson Heights. E1 verdadero Mathers se había quedado, sano y salvo, en el hospital.

Aquí, en la biblioteca, Doc habla preparado un anzuelo que, si no se engañaba, debía originar que pusiera las manos sobre el asesino poseedor de la marca negra.

El simulado crimen perpetrado sobre su persona y la de Komolo (el japonés le había secundado muy bien) debía originar, pues, brillantes resultados.

Y con la mejor intención, Ham le había echado a perder todo el plan.

Doc comprendió que ahora se trataba solamente de luchar por salir airoso de la situación. Se había desvanecido su esperanza de atrapar al poseedor de la marca negra.

Pero comprendió que había una o dos cosas que podían obligar a la marca negra a entrar en acción, obligarla a producirse en aquella habitación.

En cuanto estuviera preparado el jefe secreto de la banda, se encenderían las luces y serian aniquilados Ham y Monk.

Doc se había hecho cargo, mientras escuchaba a "Jingles", de la astucia e inteligencia que caracterizaba al secreto poseedor de la marca.

Aquel ser diabólico pretendía nada menos que borrar a un tiempo del mundo de los vivos a sus camaradas, para evitar que el superviviente lograra descubrir su identidad o tomar justa venganza de sus fechorías.

Monk estaba chillando:

—¡Dos, Ham, Doremon! ¿Dónde os habéis metido? ¿Disparo o no?

Doc movió las manos con singular rapidez. Sólo las cápsulas anestésicas podían ser de eficacia en aquella oscuridad.

A gritos profirió unas palabras en lengua maya. Ordenaba a Monk y Ham que contuvieran el aliento. A Komolo, el gigante japonés, le susurró unas palabras al oído.

Entonces saltó una llamarada de uno de los revólveres automáticos. Las balas iban dirigidas directamente a la voz de Doc Savage. El hombre de bronce tenía las cápsulas anestésicas en la mano.

Llevaba puesto ahora el casco liso e irrompible cubierto de suaves cabellos dorados.

Este, de fina contextura, era impenetrable.

La bala de un automático le dio en la cabeza, sin penetrar en el casco. Lo que sí hizo fue asestarle un golpe terrible en el borde metálico de la peluca.

Fue un golpe enloquecedor, que cayó de plano sobre importantes nervios de la frente.

Doc cayó al suelo. No perdió totalmente el conocimiento, mas sus nervios motores se negaron a responder al esfuerzo de su voluntad.

Monk dejó escapar un grito de dolor.

—¡Eh, peligroso picapleitos! Mira lo que acabas de...

No concluyó la frase comenzada. La punta del estoque de Ham le acababa de pinchar en una pierna y el anestésico de que estaba impregnado produjo en él un efecto repentino.

Luego gritó, a su vez, Ronald Doremon. Le derribaron, por lo visto, al suelo. Su voz quedó sofocada por un grito ahogado. Luchaban con él y le sujetaban. Por suerte, no tuvo que lamentar otro mal.

La súbita vuelta a la vida de los dos cadáveres había causado pánico a la banda de "Jingles". Fue un pánico que se demostró luchando. Todos se peleaban entre sí con ensañamiento; mutuamente se derribaban a golpes.

Siempre en tinieblas, Ham había hundido el estoque en el cuerpo de un hombre. Su punta tocó madera y quedó incrustada en ella. Mientras luchaba por sacarla descendió sobre su cabeza la

empuñadura de un automático. Ham se unió a Monk y a Doc en el suelo.

Cuando, al cabo, un bandido encontró la luz y la encendió, vio tendidos en derredor a varios hombres en diversas y grotescas posturas. Una parte de los hombres de "Jingles" se curaban la sangrienta nariz o la mandíbula rota.

Otros estaban durmiendo.

—Por eso es por lo que tenemos que quitar de en medio a Doc Savage —declaró "Jingles”, mirando al reciente "cadáver" del falso mister Mathers—. Comprendo ahora, que desee quitarle de en medio, así como a sus hombres, el poseedor de la marca negra. E1 hombre que ha imaginado la escena pasada es, sin duda, extraordinariamente listo, Y si el jefe no hubiera intervenido en ello, estaríamos ahora durmiendo como todos esos.

Ronald Doremon gemía tendido en el suelo. Su garganta llevaba impresas las huellas de unos dedos. "Jingles" le dijo a José, bajando la voz:

—Ahora todo está preparado para el gran desenlace final, para cuando aparezca la marca negra. En los bolsillos de Savage hay una aguja hipodérmica. Una buena inyección despertará de su sueño a esos hombres. Entonces les ataremos y amordazaremos y encerraremos junto a los otros.

Así fue como Doc, Ham, Monk y Doremon, cayeron en manos expertas. Las mismas manos les levantaron en vilo y les llevaron a la habitación situada en el otro departamento, dos pisos más abajo.

Los cuatro fueron introducidos en ella. Allí estaban ya Patricia Savage y Mahoney el "Rojo".

Doc tomó instantáneamente nota mental del lugar que ocupaba el cameraman. Rodó por el suelo hasta colocarse al lado y le dijo con mucho misterio:

—¿Lo lleva encima todavía?

Mahoney tenía amordazada la boca con tiras de esparadrapo. Replicó:

—¡U... u... u...! —La respuesta se asemejaba al mugido de una vaca, pero, aparentemente, quería decir "si" a la pregunta hecho por el hombre de bronce.

CAPÍTULO XX

INTENTO CRIMINAL

SE estaban redactando siete invitaciones. Se iba a invitar, para que presenciaran un asesinato, a siete seres humanos. La fiesta era en su honor.

Sus protagonistas serian ellos mismos. Y cuando concluyera el convite estarían muertos los siete, muertos da manera espeluznante: ostentando la negra mancha sobre el pecho.

Estas siete personas no iban, solas, a la muerte.

Otras cinco figuraban entre los invitados de honor de aquel convite. Más tarde, cuando entrara la policía en el estudio de Mathers, el corredor de Bolsa, si se llevaba a cabo el plan, estaba destinado a sufrir una conmoción la ciudad más populosa de la Tierra.

Repetimos que Sporado era hábil actor. Colocado' junto a José el "Escurridizo" habló por teléfono imitando a la perfección la gruesa voz de Jaime Mathers.

Repitió varias veces:

—Le queda un día más de vida. Hay que actuar inmediatamente y de común acuerdo. Habla Jaime Mathers. No tengo por qué mentir a usted. Mi propia vida correría peligro si dejara de reunir a ustedes.

Este menaje, más o menos ampliado, fue transmitido por "Jingles" a unos cuantos caballeros. Y Doc que le escuchaba desde la próxima habitación se consideraba capaz de nombrar a los cuatro.

Eran aquellos cuyos nombres había leído en la lista negra de Mathers.

El primero llamado por "Jingles" era Oscar Deizweller, corredor de Bolsa retirado en el año 1929, y en posesión de inmensa fortuna;

el segundo era Simón Lock, conocido proyectista de obras públicas. Era el tercero un tal Jacob Boomer, de Wall Strett, más conocido por el apodo de "Escurridizo" Jack y finalmente, el cuarto era un tal J. B. Sparsoll, que había abandonado sus negocios en Wall Street para dedicarse a coleccionar objetos de jade.

Al hablar con estos cuatro sujetos había agregado "Jingles":

—El estudio está bien guardado y en él estará seguro a lo menos por esta noche, pero hemos llegado a un punto tal, que sólo podernos actuar de común acuerdo, porque nos amenaza a todos la marca negra.

"Por suerte he hablado con determinada persona de los bajos fondos de la ciudad que tiene influencia entre los suyos y me promete desbaratar la marca negra. Su banda puede hacerlo y lo hará. Ahora que nos costará mucho dinero y al contado. La persona de que le hablo aguarda esta misma noche una respuesta y el dinero.

"Aun cuando tenga que hacer levantar de la cama a sus banqueros espero que se traiga consigo la suma de doscientos mil dólares en moneda corriente. Después de habernos ellos desembarazado de la negra amenaza, verá cómo ya no nos parece el precio tan elevado. Dentro de dos horas quiero veros en casa. Cenaremos juntos.

"Jingles" continuó en su papel de actor consumado. Por quinta vez lanzó una llamada telefónica que hizo acudir involuntarios juramentos a los labios de sus prisioneros, aunque no de todos, ya que, por suerte, continuaba Monk sumido en profundo sueño. Pasaría algún tiempo antes de que se recobrase del pinchazo que, por error, le había dado Ham con el estoque.

Fuera de la, pieza, "Jingles" imitaba a la perfección la voz peculiar y estridente de Ham. Acababa de llamar al hangar instalado en la ribera del Hudson.

—¿Eres tú, Renny? —dijo—. No, no llamo a Long Tom, sino a Renny.

Cualquiera habría dicho que era el abogado quien hablaba. El ardid era perfecto.

—Oye, Renny; soy Ham. Doc está aquí, en el estudio de Mathers. Dice que vengáis tú y Long Tom a las dos en punto. Eso es: a las dos. Ni un minuto más ni un minuto menos. Entrad directamente en

la biblioteca. Mathers tiene aquí un determinado número de hombres armados, pero saben que vais a venir y no os molestarán. Sí, Renny: a las dos. Doc os tiene preparada una sorpresa colosal.

—¡Cómo atrape a ese bribón ya le enseñaré yo a valerse de mí para preparar una trampa! —murmuró Ham entre dientes.

Así diciendo, se tocó el anillo de sello que llevaba puesto en el dedo de corazón de la mano derecha. La habitación estaba sumida en tinieblas.

Cerca de él oyó un gemido suave. Lo exhalaba la voz de Doremon.

Ham guardó silencio. Del anillo acababa de surgir la pequeña hoja de un cortaplumas. Aquella hoja le resbaló sobre la palma de la mano y se corrió hacia arriba, a lo largo del brazo.

Mas la posición especial de las ligaduras que le tenían sujetas las muñecas a la espalda impidió que pudiera alcanzarlas la finísima hoja del cortaplumas.

Ham estuvo inmóvil un minuto. Reflexionaba. Luego le dijo a Doc con voz tenue como un susurro:

—¡Acércate lo que puedas!

Todavía no había recuperado del todo las fuerzas el hombre de bronce. Le había debilitado de verdad el golpe recibido en la cabeza.

La mano de Ham se escurrió por entre las ligaduras. Puso de canto, como afilada hoja de una navaja, la del cortaplumas que empuñaba y operó.

Doc sintió aflojarse las cuerdas que le ceñían las muñecas. A su vez, ordenó a Ham que aguardara.

—Ahora no podríamos hacer buen uso de nuestra libertad —observó con voz débil—. En esta ocasión tenemos que ponerle las manos encima al dueño de la marca negra, o, de lo contrario, morirán muchos inocentes.

Pat Savage trataba de dirigirle la palabra al rojo Mahoney a través del esparadrapo que la amordazaba y que se había soltado en parte. El cameraman le contestó con un gemido. Juan Renwick, por mal nombre Renny, no poseía una figura muy apropiada que digamos para viajar metido por el mismo camino que la caja de un ascensor destinado al servicio de un comedor. Pero así y todo, se metió en él como pudo y emprendió la ascensión. A su favor tenía

una sola ventaja: la de que siendo su cuerpo voluminoso en extremo, no corría el riesgo de caer porque llenaba con él todo el espacio libre.

Long Tom y Johnny subieron, uno tras otro, en pos de él.

—¿Crees de veras que se trata de una trampa? —le interrogó Johnny. Dadas las circunstancias no podía gastar tiempos en usar de los habituales vocablos rimbombantes, ya que, para ascender por un ascensor como aquél, se requería considerable gasto de energía.

—¡No te molestes en preguntar lo que sabes tan bien como yo! —gruñó el ingeniero—. De habernos llamado Ham, como quería dar a entender él, hubiera conocido la diferencia que media entre mi voz y la de Long Tom. Por ello me di cuenta del error cometido. Nos dirigimos al departamento marcado con la letra "Y" en el piso dieciocho de la casa. Y este ascensor pertenece a la letra del mismo departamento que se halla marcada en el bajo.

—Bueno. Ojalá tengas razón —dijo Long Tom con un gemido—. De lo contrario, nos acusarán de ladrones o cosa por el estilo y nos meterán en la cárcel.

Ascender hasta el piso decimoctavo de la casa sin más asidero que las cuerdas y los pilares de madera del ascensor, no era tarea floja, mas Renny llegó, el primero, al piso en cuestión.

Allí abrió con infinita precaución una puerta. Vió el oscuro interior de una cocina y se metió en ella.

—Vosotros aguardadme ahí fuera, muchachos —ordenó a sus camaradas—. Entre tanto, me daré una vuelta por el piso y le echaré un vistazo. Estoy segurísimo de que no ha sido Ham quien me ha hablado por teléfono y ya veréis cómo le encuentro en alguna parte en compañía de Monk.

Renny escuchó atentamente. El rumor de voces ahogadas llegaba hasta él procedente de un cuarto vecino a la cocina. Renny abrió, poco a poco, la puerta.

La primera voz que escuchó fue la de Pat cuando estaba tratando de hablarle a Mahoney.

—¡Por el toro sagrado! —exclamó—. ¡Si está ahí Pat!

Luego oyó la voz baja de Doc que conversaba con Ham. Entonces volvió junto a la puertecilla del ascensor.

—Aguardadme aquí —ordenó a sus dos compañeros.

—¡Que me aspen si lo hago! —exclamó Johnny—. ¿Acaso me

tomas por un murciélago? ¿Crees que voy a sostenerme en el aire por un tiempo indefinido?

Y así diciendo entró en la cocina seguido de Long Tom.

—Bueno. Quedaos en la cocina mientras hablo con Doc —concedió Renny—. Como me suponía, están todos encerrados en el cuarto vecino.

Renny avanzó con precauciones infinitas hasta el cuarto prisión y allí se puso al lado de Doc.

—¡Excelente trabajo, Renny! —dijo el hombre de bronce felicitándole en voz baja—. Ahora ve a decirles a Johnny y a Long Tom que se alejen de la casa de Mathers porque va a celebrarse un convite homicida.

Renny se apresuró a dar cumplimiento a la orden recibida, pero al llegar a la cocina vió que se habían esfumado Johnny y Long Tom. No era imposible que ambos hubieran adivinado la orden inmediata de Doc, porque su bronceado jefe obraba de manera desusada, ya desde un principio, en el caso de la marca negra y en consecuencia se habían quitado de en medio.

Renny volvió junto a Doc.

—Está bien. Sin duda habrán ido a ejercer vigilancia en provecho propio —replicó a lo que le manifestó el hombre de bronce—. Justamente eres tú el hombre que ahora necesito. Te presento al amigo Mahoney.

Por entonces estaban libres, en parte, las manos de todos y se habían aflojado las ligaduras que les oprimían los tobillos. Pero Doc les había ordenado permanecer inactivos y en espera de posibles acontecimientos.

En la habitación contigua se manifestaba "Jingles" lleno de gozo:

—¡He engañado a esos cuatro señorones! —le decía a José el "Escurridizo"—. En total, ello representa la suma de unos miles de dólares. ¡Menuda cosecha! ¿No te parece? Ahora sólo falta que llegue con la marca el jefe secreto y acabe la faena iniciada.

—¿No esperas, también, a los camaradas de Doc, "Jingles"?

—Precisamente. Me importa mucho que entren en el estudio y, sobre todo, que no vuelvan a salir de él. Pero ¡aguarda! ¿Qué ha sido eso? ¡Caramba, mira quién está aquí!

Long Tom y Johnny guardaron silencio. Acababan de caer en la trampa preparada en el momento en que trataban de salir de la

cocina.

—La cosa marcha —siguió diciendo "Jingles"—. Pero veo que falta uno. Escuchad, ¿dónde se ha metido ese tío grande, a quien llamáis Renny?

Ni Johnny ni Long Tom se prestaron a dar el informe pedido. “Jingles" lanzó un juramento.

—Bien, ¡adelante con los faroles! —exclamó después—. A pesar de todo, aunque es un gran luchador, según me han dicho, no tiene dos dedos de frente... ¡Ah! ¡Se me acaba de ocurrir una idea excelente!

Hizo sonar las monedas que llevaba en el bolsillo. Luego se aproximó a la habitación en que estaban los prisioneros tumbados en el suelo.

—¡Eh, cabeza roja! —llamó desde la puerta—. ¿Te agradaría sacar una foto del crimen más sensacional y delicioso que se va a efectuar en el viejo Manhattan?

Mahoney lanzó una ahogada maldición.

—Yo creo que sí —siguió diciendo el bandido—. No es imposible que vivas el tiempo indispensable para revelarla y darnos una película. Dentro de unos instantes entraré en la habitación con objeto de prepararos para la fiesta.

—No puede ofrecérsenos ocasión más favorable para realizar nuestros proyectos —le dijo Doc a Mahoney rodando por tierra hasta colocársele al lado—. En los bolsillos llevo algo que puede ayudarnos. Que todo el mundo permanezca con las ligaduras puestas hasta que estemos arriba.

Doc hablaba en voz tan baja, que sólo pudo oírle la persona colocada junto a él, Ham le cortaba las ligaduras a Doremon y entre tanto le hablaba quedo.

—¿Qué se propone Doc? ¿Qué papel tendrá en esto Renny? —deseó saber el joven.

—Con la sola excepción de que se ha dado cuenta, probablemente, del lazo que se le tendía, no sabemos nada de Renny —dijo Ham—. Ahora Doc trata de arrancarle a Mahoney el esparadrapo que le cubre la vista con objeto de que pueda sacar la película que quiere "Jingles".

José el “Escurridizo" se frotó con deleite las manos afeminadas. El gozo le tornaba resplandecientes las pupilas negras como el

carbón. Jamás había disfrutado tanto como en estos momentos trascendentales de su vida de rata de callejón.

Escanciaba un vino de honor —el mejor que tenía Mathers— para los futuros convidados que, probablemente, no sentirían deseos de beber porque estarían acostumbrados a bebidas más fuertes.

Y frente a los cuatro, sobre la mesa de despacho del corredor, estaban colocadas las viandas: el festín de la muerte. José había pensado en este último toque de efecto. Era él quien había puesto sobre la mesa los sandwiches de pollo, la ensalada de tonos diversos y la pastelería francesa.

—Ahora, comed, bebed y sed felices, muchachos —dijo con acento de gozo como si se dirigiera ya a los cuatro invitados.

Estos pasaban ya de la juventud. Oscar Deizvreiler, el corredor retirado, era calvo y gordo. El sudor convertido en grasa le brotaba sin cesar de la frente.

—Dicen ustedes que Jaime Mathers ha salido y que pronto vendrá —dijo con acento plañidero—. Entonces, ¿para qué nos ha llamado? La cosa no está clara.

Jacob Boomer, corredor de Wall Street, demostró que no en vano le llamaban el "Escurridizo".

—Tengo que dar un recado particular por teléfono —manifestó a los presentes—. Voy a bajar a la calle. Estaré de regreso antes de que lo haga Mathers.

Cuando trató de dirigirse a la puerta de la calle se despojaron de su máscara los pistoleros. Junto a cada una de las puertas de la biblioteca aparecieron, inopinadamente, dos de ellos, los de aspecto más fiero, armados de ametralladoras cuyas bocas esbeltas apoyaron sobre el brazo izquierdo.

Sus bocas sonreían como anticipándose al espectáculo de que pronto iban a disfrutar.

—Mucho les agradecemos la molestia que se han tomado para asistir a la fiesta de mister Mathers —les dijo José con acento meloso—, y lamentamos que no haya dado orden de dejarles marchar. Antes de que lo hagan llegarán otros invitados.

Simón Lock era persona dignísima, de aspecto majestuoso. Su acento imperioso y su mandíbula cuadrada daban muestras de su influencia en materia política.

—Si Jaime Mathers pretende tomarnos el pelo será la última vez

que lo hace aquí, en Manhattan —declaró hecho una furia— Tales procedimientos han pasado ya de moda. Se nos ha congregado en esta casa con objeto de que paguemos la protección que ustedes se disponen a dispensarnos y lo haremos siempre que Mathers nos demuestre que juega limpio.

Sparsoll parecía el reverso de la medalla. Era un hombrecillo de dulce mirada y aire humilde. Se recordará que se dedicaba, a la sazón, a coleccionar objetos raros de jade.

—Pero, Simón —dijo a Lonck—, yo no veo que las cosas anden mal. No creo que nos engañe Jaime Mathers. Por mi parte estoy dispuesto a pagar los doscientos mil dólares al contado con tal de desembarazarme, de una vez para siempre, de la amenaza que implica la marca negra. ¡Confieso que ella no me deja conciliar el sueño desde hace ya unas semanas!

José el "Escurridizo" echó hacia atrás la cabeza de alisados cabellos y se echó a reír.

—Bueno, no discutan, señores —les aconsejó:— Tomen un poco de vino y unos sandwiches.

Los cuatro Invitados cambiaron una mirada. Simón Lock se levantó de la silla y marchó, dándose importancia, hacia la puerta.

—¡Desprecio a los embaucadores! —gritó—. ¡Me voy de aquí!

Pero no pudo irse. Los nudillos de una mano dura le asestaron un golpe en la carne fofa, debajo de una oreja, y emitiendo un gruñido, cayó sentado al suelo. Entonces entró "Jingles" en la biblioteca.

—No emplees procedimientos tan poco suaves, José —recordó al bandido—. Ten en cuenta que estos caballeros son nuestros huéspedes. ¿No les agrada el vino? ¿Qué quieren? Mathers no nos dejó las llaves de la bodega. Sin embargo, me consta que tiene mejor vino.

Los cuatro invitados rompieron a hablar o una. "Jingles" levantó la mano.

—¡Atención! —ordenó—. Cada uno de ustedes vaya poniendo el dinero sobre la mesa. Estamos celebrando una fiesta, ¿comprenden? ¡Nuestra fiesta! —se volvió a sus hombres y agregó:— Traed aquí a los otros, ¡Ya todo está dispuesto para comenzar el film!

CAPÍTULO XXI

EL FESTIN DE LA MUERTE

DEIZWEILER, Boomer, Lock y Sparsoll cambiaron una mirada por encima de la amplia mesa de despacho que ornaba la biblioteca de Mathers. Ya no les interesaban ni los manjares ni las bebidas que tenían delante.

Los cuatro guardaban silencio.

En mitad de la mesa, y agrupados en planos paquetes, estaba el dinero.

José permanecía junto a ella frotándose las manos. "Jingles" Sporado estaba, de pie, junto a una de las puertas de la biblioteca.

—Caballeros —anunció a los cuatro invitados como si fuera el maestro de ceremonias de un club nocturno,— tengo que transmitirles un mensaje. La marca negra ha hablado. Cada uno de ustedes sabe, en estos momentos, por qué está aquí.

El tímido y tembloroso Sparsoll profirió un juramento que equivalía a una plegaria.

—¡No... no, no, no! —dijo con un alarido—. ¡Eso no! Si se trata de una jugarreta que nos estáis haciendo ahí tenéis dinero bastante para resarciros de lo que sea. Tenéis casi un millón sobre esa mesa. ¡Esto cancelará la deuda contraída!

"Jingles" hurgóse los bolsillos haciendo tintinear las monedas que llevaba en su interior.

—No es eso lo que ha decidido la marca negra —dijo pausadamente—. Ella no les dejará escoger por aquello que se dice de "ojo por ojo, diente por diente". Caballeros, asisten ustedes a la última reunión de su vida. Muchos han entrado. Sin embargo, ninguno de ustedes saldrá ya de esta casa.

A Sparsoll le tembló la barbilla. Los ojos se le humedecieron de

lágrimas.

Lock era de carácter más recio y templado. Profirió un juramento, pero como viera que le apuntaban con las bocas de las ametralladoras, no trató de levantarse de la silla.

Una línea gris se le dibujaba en torno de los finos labios al escurridizo Jacob Boomer.

—Bueno. Se trata de una encerrona, ¿eh? —comentó—. ¿Cuánto piden por dar fin a esta... llamémosle, escena de mal gusto? ¿Doblaremos la cantidad que hay sobre esa mesa?

Un codicioso resplandor iluminó las pupilas de "Jingles”. José el "Escurridizo" se pasó la lengua por los labios.

Ante sus ojos tenían los pistoleros que formaban parte de su banda, varios miles de dólares que, en total, casi componían un millón.

Sí, ¡un millón! Porque junto a las sumas dejadas por los cuatro invitados improvisados, estaba la que Doc Savage había sacado de los Bancos de Jaime Mathers.

¡Qué base para hacer una fortuna! ¿Quién iba a impedirles que tumbaran a todas aquellas personas y que se largaran después con el dinero?

¡Más de un millón!

"Jingles" Sporado era muy vivo. Sorprendió la mirada interrogadora de sus hombres y les dijo sin levantar un ápice la voz:

—Todo aquel que trate de salir de la biblioteca antes de haberse acabado la ceremonia, se tropezará con la marca negra en el camino. ¡Sepan ustedes, caballeros, que la tenemos en la casa!

Temblaron las bocas de las ametralladoras. Fue porque se estremecieron un poco las manos que las sostenían.

¡Un millón! ¡Un millón entero a la vista!

Pero la marca negra, la originadora de aquella muerte que ellos mismos habían presenciado, en ocasiones, aguardaba al primero que se moviera.

"Jingles" Sporado se sonrió. A la sazón eran introducidos los presos en el despacho con los brazos ligados.

—Honor y muy grande será para nosotros la presencia de Doc Savage en nuestro pequeño festín de la muerte —dijo burlonamente —. Vosotros alinead a los prisioneros, junto a la pared.

Los brazos de Doc Savage estaban ligados aun a su espalda. Y

ligados de la misma manera estaban también los brazos de los demás presos. Pero tenían los pies desatados.

Las mejillas de Pat Savage estaban cadavéricas a causa del esparadrapo que, en parte, le tapaba todavía la boca.

La cabeza de Doremon, llena de ampollas y en carne viva, le daba el aspecto singular de un cuervo. En su escuálida garganta le subía y bajaba la nuez de manera fascinadora.

La faz solemne del joven se asemejaba a la del predicador que está a punto de acompañar el cadáver de un fiel a su última morada. Monk había recobrado el conocimiento. El simiesco químico dirigía a sus apresadores miradas fulminantes por debajo de las rojas cejas. Gruñendo, dijo a Ham, que se hallaba a su lado:

—¡Aguarda a que salgamos de aquí, picapleitos del demonio, y verás cómo te rebano el pescuezo con uno de los estoques! Si no me hubieras pinchado en la oscuridad no estaríamos ahora en este lugar.

Ham replicó entre dientes:

—Si salimos de aquí tendrás que sacarte de la oreja uno de mis estoques, como le llamas, antes de que ensartes a nadie con él.

Monk casi echó espumarajos de rabia por la boca. Le molestaba en extremo la alusión a su oreja que acababa de hacer el abogado, porque justamente tenía en ella un agujero parecido al que produce una bala, como en efecto lo era.

Long Tom y Johnny fueron colocados, atados de brazos, junto a sus camaradas. En las doradas pupilas de Doc girabas los consabidos remolinos, pero, al parecer, no llevaba encima aparato alguno de su invención capaz de salvarles.

Su mirada no se apartaba de Pat Savage. Pat era una mujer y Doc no dudaba de que, gracias al plan infame y astuto de aquellos bandidos, iba a ser eliminada como los hombres.

Entre los prisioneros no estaba Renny. Había desaparecido antes de que "Jingles" reuniera a los invitados al festín. Había salido del piso por la cocina sirviéndose, luego, sin duda, para bajar a la calle, del ascensor destinado al servicio de la casa.

Dos de los hombres de "Jingles" entraron en la biblioteca con la caja redonda de metal, en qué Mahoney encerraba la película virgen.

Sporado la examinó con aire de entendido. La cosa iba bien, por

lo visto.

—Colocad ahí la cámara —dispuso—, de manera que quede de frente a nuestros amigos y vosotros, muchachos, ¡cuidad de que no vayáis a quedar desenfocados!

Se aflojaron las ligaduras que ataban los grandes brazos del operador y antes de comenzar a filmar, él se detuvo un instante a contemplar el cuadro presentado por la biblioteca, incluyendo la docena de pistoleros que, puestos en línea, presentaban la amenazadora boca de sus ametralladoras.

"Jingles" manoseó en el bolsillo las consabidas monedas de plata.

—Cuidado, rojillo —dijo—. Recuerda, y no te irá mal, que debes tomar bien la película para que la marca negra pueda conservarla después en debida forma.

El cameraman abrió, en silencio, el estuche de cuero. Sus manos parecían de enorme tamaño mientras elegía la cuadrada caja negra de la máquina con que pensaba operar y la rueda toma —vistas en que gira el film.

En las cámaras dedicadas a la impresión de cintas cinematográficas, la cinta de celuloide pasa de una rueda, toma —vistas a la lente, y de aquí sale a la otra rueda.

Por primera vez desde que entrara en la biblioteca, habló Doc.

—Estoy bien informado de tu intento, Sporado —manifestó sin alterarse—. Tu amo, o jefe, el señor de la marca negra, ha decretado el fin de todos nosotros. Tu idea es la de darnos muerte a mí y a mis hombres porque nos tenéis miedo. Según tengo entendido, esos caballeros, que veo sentados ante la mesa de despacho, morirán. Pero aquí hay otras dos personas que no se hallan en uno ni en otro caso.

"Jingles" se sonrió. Miró a Pat Savage y luego al joven Doremon.

—Comprendo, Doc Savage —respondió—. Aludes a esos dos.

—Eso es —dijo tranquilamente Doc—. La señorita se halla aquí por una casualidad; Doremon nada tiene que ver con los asesinatos perpetrados.

"Jingles" se quedó mirando a Patricia Savage. Luego, posó la vista, con obstinación, en Doremon. Luego denegó con la cabeza.

—La marca negra se halla por encima de nuestros deseos —respondió entonces el bandido—. Las mujeres hablan más que los hombres. ¡Vamos, "Rojo", a ver cómo sale ese film!

Renny no estaba, como ya sabemos, entre los prisioneros hechos en el estudio de Mathers. En realidad, se había ocultado en la parte alta del ascensor y metido en el reducido espacio que aquél le dejaba.

No había descendido a la calle. Por el contrario, aplicaba el oído y así fue como oyó salir a sus compañeros del departamento para subir al estudio que estaba más arriba. El departamento quedó sólo porque todos les hombres de "Jingles" habíanse convidado al festín de la muerte.

Entonces volvió nuevamente a la cocina. Se dirigía a la puerta con los bolsillos llenos de aparatos que podían serle útiles en caso de apuro cuando, de pronto, se quedó transformado en estatua de piedra.

Acababa de oír un roce pronunciado. El roce salía del ascensor. ¡Alguien subía por él, en la oscuridad! Aquel sonido se produjo a intervalos como si la persona que ascendía se detuviera, de vez en cuando, a reposar.

Renny se acurrucó junto al ascensor. El roce continuaba en las tinieblas.

Ahora pudo ya oír la respiración entrecortada y anhelosa de la persona que subía.

Se colocó en posición y extendió las manos.

Con sonido chírriante se abrió la puerta del ascensor de servicio y aparecieron primero la cabeza, luego los hombros de un hombre.

Renny alargó los brazos y asió un cuello delgaducho. El desconocido pesaba poco, por lo cual le metió sin esfuerzo en el interior de la cocina.

El hombrecillo se agitó y luchó entre sus brazos. Se asfixiaba. Pero una mano gigante le tapó la boca para impedir que gritase mientras que, con la otra, buscaba la lámpara de bolsillo.

A1 salir de ella un rayo de luz iluminó de lleno el rostro del desconocido.

—¡Toma! ¿Tú aquí? —dijo entre dientes el ingeniero—. ¡Bienvenido! Bueno. Mantén las manos fuera de los bolsillos. Por nada del mundo quisiera que me condecorases con la marca negra. Pero ¿qué es esto?

De los bolsillos del preso acababa de sacar primero un revólver automático, luego otro y otro. Este último salió de debajo de su

cinto de cuero.

—¡Vaya, no andas mal provisto! —comentó con acento burlón—. Ahora, dime a qué has venido antes de que te saque los dientes de un puñetazo.

Arturo Jotther, fugado de la cárcel de Westchester, salvado de la voladura de la que inundó de pronto la biblioteca entera, isla en la propiedad de Cecil Spade y escapado milagrosamente del desastre de los dos autos a la salida de la mansión habitada por duendes del difunto Hobbs, aspiró una bocanada de aire antes de responder con voz sofocada:

—¡Suélteme usted! ¡Suélteme usted antes de que sea demasiado tarde!

—¿Eh? —dijo Renny—. Tarde será para usted, mister, cuando salga por ese agujero (por el ascensor) a la portería. Me parece que ya estoy harto de verle en tantos sitios distintos. Conque, explíqueme la razón. No tema; tengo muchísima paciencia.

Arturo Jotther era de cuerpo pequeño y menudo y su aspecto era el del hombre débil. A la sazón, el ingeniero tenía ocupadas las manos con los tres automáticos de que había despojado al preso, y los contemplaba estupefacto.

Le parecía demasiado aquel arsenal para un hombre tan débil y apocado, al parecer. En cambio, era ligero como el que más.

Alargó un brazo y con la mano huesuda le quitó una de las pistolas a Renny.

Con la otra le apagó la luz.

Simultáneamente salió de su garganta una carcajada ronca y casi burlona.

La puerta oscilante de la cocina le dio a Renny en las narices cuando trató de seguirle. Y antes de que pudiera ver dónde se había metido Jotther, había cruzado y salido de la vecina habitación.

Mahoney el "Rojo" colocó el trípode de su cámara cerca de la pared, al extremo de la hilera formada por los presos. "Jingles" se volvió a mirar al rostro y cabeza tan espantosamente heridos de Ronald Doremon.

—Ven, ponte aquí, a un lado —le dijo—, porque no estás muy bello que digamos para figurar en una película. Bueno, rojillo, cumple tu misión. Y, sobre todo, cuidado de no dejarte por filmar a esos cuatro caballeros que ves sentados ante la mesa escritorio.

Cuida, asimismo, de que se vea el dinero, para que constituya una especie de coartada cuando se trate de castigar los crímenes de la marca negra.

José el "Escurridizo" no quiso moverse de junto al montón de dinero porque ni siquiera en sí mismo confiaba.

—¡Eh, José, mantente fuera de la línea de la cámara! —le advirtió "Jingles"—. Y ahora, caballeros, cuando nuestro amigo Mahoney comience a rodar recibiremos la visita del ser que ustedes conocen por la posesión de la marca negra. Jamás se habrá producido un film como el futuro en los anales de la cinematografía.

"Y una vez que el tal film les hiera la retina digo yo —dirigiéndose a sus hombres—, que reuniremos bastante dinero entre todos ¿no os parece?

Toda conversación había huido, al parecer, de la biblioteca. Los cuatro invitados se asían con mano convulsa, a la mesa. Se les pusieron blancos los nudillos.

Todas las miradas estaban posadas en la cámara cinematográfica de Mahoney. Con la lengua se humedecían los secos labios. Uno trató de hablar, mas únicamente logró emitir un susurro entrecortado.

Junto a Doc se mantenía en pie Komolo, el gigante japonés. Debido, tal vez, al fatalismo propio de la raza no demostraba la menor emoción. Su amarillo semblante se mantenía impasible. Sólo sus ojos oblicuos, negrísimos, lanzaban constantes llamaradas.

Monk respiraba con anhelo.

Doc registró con la vista los cuatro ángulos de la biblioteca. "Jingles" había afirmado que iba a filmarse la actuación de la singular marca negra.

Ahora bien: ella tenía que originarse por fuerza de alguna fuente invisible y no obstante las precauciones adoptadas, cuatro de sus compañeros estaban colocados de modo que podían ser asesinados.

Luego venían Pat Savage y Ronald Doremon.

Doc se había colocado de frente a una de las puertas de la biblioteca.

El cameraman de la roja cabellera se sacó del bolsillo la mecha de magnesio destinada a arder por espacio de un minuto. Y a la vivida claridad Doc vió aparecer una faz junto a la puerta en

cuestión, sólo que de la parte del pasillo.

El rostro se mostró un instante, luego desapareció.

Era el rostro gris, de topo, de Arturo Jotther.

Durante los segundos que sucedieren a la aparición, Doc tuvo que desplegar toda la energía de que era capaz para dominar sus nervios. Pero sus manos se movían dentro de las ligaduras flojas que le ceñían las muñecas.

El cameraman dio la primera vuelta a la rueda del toma — vistas.

—¡A tierra y no se mueva! —le ordenó Doc. Los invitados sentados ante la mesa de despacho no se dejaron caer al suelo. Se pusieron de pie y se llevaron las manos a los ojos. Los hombres de "Jingles" que sostenían las ametralladoras, comenzaron a gritar:

—¡Eh, "Jingles", "Jingles" ¿qué sucede?

La voz del bandido rugió en respuesta:

—¡La marca negra! ¡Pronto! ¡Que me den la marca negra!

Sus pies anduvieron sobre el parquet. Pero nadie le vió. Ni quisiera Doc Savage. Este le oyó solamente. Todo el mundo había perdido la vista en el interior de la biblioteca.

Todos, incluso el cameraman, acababan de quedarse ciegos. De la cámara cinematográfica salía un silbido como el del aire que está sujeto a una presión.

Aquel aire era un gas químico, incoloro e inlahoro, ideado por el hombre de bronce. Afectaba únicamente a los ojos y era como cortina corrida de súbito delante de todos los ocupantes de la habitación.

Por suerte, Doc tenía impreso con claridad deslumbradora, en la mente, hasta el más pequeño objeto que había dentro de la habitación. Sus movimientos fueron eficientes, firmes como si pudiera ver.

No sólo recordaba con exactitud la posición que ocupaba toda persona sino que su oído aguzado fue el primero en captar todo sonido o movimiento verificado en el interior de la biblioteca.

Y el hombre de bronce arrojó su inmenso cuerpo al otro extremo de la habitación.

Simultáneamente comenzó a disparar una ametralladora.

—¡No! ¡No hagáis eso!

Pronunció el grito la voz súbitamente temblorosa de José el

"Escurridizo".

Los disparos de la ametralladora debieron atravesarle la garganta porque al propio tiempo que la frase emitió un gorgoteo singular.

—¡Dame eso... dame eso...! ¡Maldito idiota!

Era la voz de "Jingles" la que ahora se oía. Ya no conservaba la fría calma; estaba impregnada de terror. Al incorporarse la persona de Doc entre los dos hombres unidos por mortal abrazo, uno de ellos lanzó un grito de agonía.

—¡Y, toma eso!

Aquella voz era la de "Jingles". Dirigido por ella, Doc hendió con el puño las tinieblas. Los dientes de "Jingles" crujieron.

El hombre de bronce asió con sus vigorosos dedos las muñecas del bandido, retorciéndoselas y a continuación le sustrajo un suave cilindro de acero que llevaba, metido en uno de los pulgares.

Este cilindro no era más largo que una pluma estilográfica.

De pronto sonó otra ametralladora. Luego un alarido de Monk.

—¿Eres tú, Ham? —interrogó.

La réplica indicó que no era Ham. Entonces se oyó un crujido de huesos.

Aparentemente Monk había deseado asegurarse de que no estaba retorciendo el cuello de su camarada. Pat Savage lanzó un grito agudo a través del esparadrapo que le cubría en parte la boca.

Gruñó la voz gutural de Komolo, el gigante japonés. Uno de los ratas de "Jingles" chilló como el animal que imitaba. Las manos de Komolo acababan de encontrar un punto vulnerable en las tinieblas.

"Jingles" todavía continuaba de pie. El puño bronceado de Doc se tendió en las tinieblas. Pero encontró el vacío.

"Jingles" había caído, sin duda, sobre el cuerpo tendido de otro hombre.

Doc sentía vibrar en su mano el cilindro metálico y por ello lo dirigió hacia tierra mientras que sus dedos lo palpaban en busca de palanca o botones.

Por fin descubrió una pequeña palanca en uno de sus extremos. A1 apretarla cesó la vibración.

—¡Para, para! ¡Soy yo, Johnny!

Aquella era la voz de Long Tom. El geólogo Johnny era un esqueleto. Nadie le hubiera tomado por un luchador.

Pero cuando tenía empeñada una batalla obedecía a las reglas impuestas por las circunstancias. Cuando no podía morder usaba cualquiera de las llaves que Doc le había enseñado.

Por lo visto, ahora le aplicaba una de ellas a Long Tom.

Los hombres de "Jingles' buscaban a tientas las paredes de la biblioteca, esperando, sin duda, encontrar una puerta por la cual escapar.

Pero fuera, en el recibidor, estaban tres o cuatro de sus compañeros, con las armas en la mano y con vista para más.

Debido a esto podían ver a los ocupantes de la biblioteca. Uno de ellos abrió el fuego. El cameraman de la roja cabellera gimió, luego lanzó un rugido.

—¡Eh, asesinos! —gritó.

Pasó por encima del trípode colocado en posición todavía, pues aunque estaba tan ciego como el resto de la reunión, su instinto le movió a lanzar su cuerpo voluminoso en la dirección en que había oído el tiro.

Doc alargó un pie y le paró diestramente.

—¡Quieto, Renny! —le ordenó.

Porque el rojo cameraman era Renny, no Mahoney. El desconocido de la cocina, el mismo que se había apoderado de Jotther, dejándole más tarde escapar, era el rojo Mahoney.

Durante los pocos minutos pasados en la prisión del piso dieciocho, Doc había cambiado la identidad de los dos. No quería que un extraño corriera los riesgos que implicaba la aventura. Pero en el estuche de Mahoney se había encerrado un recipiente especial lleno de gas que cegaba la vista y aquel recipiente afectaba la forma de una cámara cinematográfica.

Dentro de la biblioteca, disparaba sin cesar una tercera ametralladora. Ahora bien: los ciegos pistoleros cometieron un error porque las balas llegaban, silbando, a las puertas y salían por ellas al pasillo.

Se recordará que en él estaban los pocos afortunados que no habían perdido el uso de la vista. Pero ahora les abandonó la suerte y cayeron entre la granizada de balas que salían de la ametralladora.

—Yo soy Simón Lock —manifestó una voz llena y majestuosa—. No me atropelle.

La vocecilla aflautada de Monk replicó:

—¡Oh, le presento mis excusas! —pero lo había dicho tarde. Uno de sus puños acababa de echarle a perder la nariz a Lock. Un simple puñetazo le hacía perder para siempre la armónica majestad de su rostro. De allí en adelante sería como el boxeador a quien se ha despojado del hueso de la nariz.

Otra voz rugió en el umbral de una puerta. Mahoney acababa de llegar a tiempo para presenciar la escena que ofrecían los invitados luchando sin verse unos contra otros. El gas se iba disipando, sin embargo, pero continuaban ciegos. Por el contrario, Mahoney tenía vista.

Por ello distinguió al punto a Pat Savage. La muchacha cruzaba a tientas la biblioteca. Se dirigía justamente hacia uno de los gansters que, armado de ametralladora, la dirigía ora a la izquierda ora a la derecha.

El cañón de acero de aquella arma oscilaba a unos pasos de distancia del semblante de Pat.

Mahoney inició un salto digno de un futbolista. Su hombro vigoroso golpeó a la muchacha en las rodillas. La oscilante ametralladora pasó por encima de su cabeza.

Luego nuevos pies subieron los peldaños de la escalera que conducía al estudio. La docena de recién llegados iban armados de revólveres y de ametralladoras.

De súbito una voz autoritaria dirigió la palabra a la asamblea desde una de las puertas de la biblioteca:

—¡Arriba las manos ¡Dispararé sobre el primero que me desobedezca!

Graves, el conocido capitán de la policía estatal, penetró luego en la pieza seguido por otro capitán de la policía neoyorquina.

—Ese es Jotther. ¡Cogedle! —dispuso—. ¡Caramba! ¿Qué ha sucedido aquí? O ha estado aquí Doc Savage o está todavía. ¿No os lo decía yo?

Los agentes de la policía estatal y de la ciudad rodearon a los restantes sujetos de la banda de "Jingles". José el "Escurridizo" se había desangrado por el boquete abierto en su cuerpo por la ametralladora.

Arturo Jotther se mantenía de espaldas a la pared. Su diestra empuñaba un automático. Con la otra mano se tapaba los ojos.

También a él le había alcanzado el gas.

—Yo tenía ordenado que se vigilara a Doc Savage —exclamó Graves—. ¡Eh! ¿Qué va a hacer?

La pregunta se dirigía a Doc Savage que acababa de coger el estuche de cuero de Mahoney.

De él extrajo un frasquito y se humedeció la punta de los dedos con su contenido que se pasó por los ojos. Entonces pudo presenciar el caos que imperaba en la habitación.

Doc le pasó el frasco a Renny. Pasado que hubo un minuto todos los camaradas de Doc se habían recobrado de la ceguera del producto químico encerrado en la cámara de Mahoney.

Los cuatro caballeros invitados estaban tendidos en el suelo. Dos de ellos se desangraban por las heridas abiertas que, afortunadamente, no revestían la menor gravedad, como se vió después.

—Bueno, capitán Graves, se acabó el festín —anunció Doc al capitán de policía—. Ha sido lo más sensacional, a pesar de no concluir como pretendían el asesino poseedor de la marca negra y los pistoleros que había alquilado para que le guardasen la espalda.

—Bien, bien; veo que tiene muchas cosas que explicarme, Savage —replicó Graves—. Por lo menos tenemos en nuestro poder al asesino.

Arturo Jotther ostentaba sendas esposas en las muñecas.

—Efectivamente, tengo que explicarle muchas cosas —dijo Doc —. Para resumir, le diré que todo lo sucedido se origina del llamado extraño caso de Antonio Hobbs.

—¿Hobbs? ¿Aquel caballero que se suicidó durante el año veintinueve en Park Ridge?

—Precisamente. Se mató porque un grupo de financieros de Wall Street le había despojado hasta del último millón de dólares que constituía toda su fortuna. Ocho individuos invirtieron su inteligencia en despojarle de su dinero. Dividida en partes desiguales, la fortuna substraída a Hobbs constituye el total de las cantidades robadas hoy después de cada crimen perpetrado por la marca negra.

—¡Está usted loco! —exclamó Graves—. Ese asunto del dinero robado ha sido exclusivamente una excusa dada por ese sujeto —señalando a Jotther—, para cometer el asesinato.

—Está usted en un error, capitán —replicó Savage—. Por el contrario, lo que en realidad pretendió Jotther fue descubrir al verdadero asesino para librarse él de toda sospecha.

—Si cree engañarnos usando de argumento tan pobre, le vuelvo la espalda —declaró Graves.

—No se trata de eso, capitán —respondió Doc—. Le explicaré lo ocurrido. Cuando su padre se ahorcó se hallaba interno en un colegio el hijo de Antonio Hobbs. No es imposible que la ruina de su padre, que le privaba de sus estudios, así como el dolor natural producido por aquella muerte, le volvieran medio loco. Así, al entrar en posesión del nuevo invento electro —químico a que llamamos "la marca negra", resolvióse a vengar la muerte y pérdidas de Antonio Hobbs.

—Pero, ¿por qué dio muerte a tantas otras personas? —inquirió Graves.

—¡Porque tenía trastornado el juicio! —manifestó Doc—. Este hijo de Antonio Hobbs comprendió lo expuesto que era operar solo. Estaba dispuesto a matar a todo aquel que se mezclase a sus asuntos y por ello buscó la ayuda de "Jingles" Sporado y de su banda, prometiéndoles la entrega de la marca negra para cuando él hubiera vengado a su padre.

Inesperadamente dijo Simón Lock:

—Mister Savage dice la verdad, capitán. Nosotros mismos llevamos varias semanas amenazados por la marca negra.

—Pero eso no impide que sea Jotther un asesino y que haya escapado de la cárcel —insistió el testarudo capitán.

—Pues sí que lo impide —manifestó Doc—. No puede ser el asesino de Podrey porque no ha sido nunca hijo de Antonio Hobbs, aun cuando estoy seguro de que conocía la verdadera personalidad del asesino. Desde hace algún tiempo, le conocía yo también, pero he tratado, antes de descubrirle, de hacerle caer en un lazo ya que las pruebas que poseía eran suficientes.

—¿De qué pruebas habla usted? —quiso saber Graves.

—Me refiero a los tres cabellos hallados en casa de Cecil Spade —dijo el hombre de bronce—. Dichos cabellos estaban quemados. Antes de esto ya había visto la sombra de una cara en la película sacada por Mahoney para un noticiario con motivo del asesinato de Podrey. Esta cara quedó tan desfigurada poco después que nadie

hubiera podido reconocerla.

—Si lo sabe ¿quién es entonces el asesino poseedor de la marca, el autor de tantas muertes pasadas? —inquirió el capitán Graves—. ¡Díganoslo y nos apoderaremos de él!

—No es necesario —replicó Doc—, porque al ver que fracasaba su plan, bien se volvió la marca sobre sí mismo, bien lo hizo "Jingles". Yo la cogí de la mano de este último y después le alcanzó una bala.

"El invento, conforme lo usaba el asesino, estaba metido dentro de un aparato parecido a un pluma fuente.

Doc indicó con un ademán la figura huesuda que permanecía tendida en el suelo. La camisa de este hombre estaba desgarrada en el punto ocupado por la pechera.

Sobre su corazón había un redondo punto negro, tan perfecto como un círculo geométrico.

—Donald Doremon era en realidad, Donald Hobbs, hijo de Antonio Hobbs —siguió diciendo el hombre de bronce—. Mientras le creíamos en el hospital se dirigió a la finca de Spade, en Long Island. Volvió a Manhattan a tiempo de ser atrapado y considerado presa del delirio, lo cual le salvó de toda responsabilidad.

"Fue él también quien le prendió fuego a la fábrica y laboratorio de la Electro Chemical Research Corporation, para hacernos creer que habían tratado de invadirla gentes extrañas y desviar hacia ellas la atención general. Mientras, el verdadero ladrón de la marca negra era él. Por espacio de varios años había trabajado en el experimento y Cogdon, el gerente, lo sabia. Lo que ignora es que el experimento diera, al fin, resultado.

"Fue Doremon quien mató también en su yate a Pearsall después de perpetrar el asesinato de Podrey, en cuya casa se encontraba, disfrazado, la noche de la fiesta apache.

El rojo Mahoney se sonrió y miró a Pat.

—Y esto, creo yo, que me justifica —manifestó—. Ahora confieso que cuando la vi por vez primera me pareció que la conocía de toda la vida. Nuestra amistad durará eternamente, ¿no le parece?

—Siempre —afirmó Pat—. ¿Por qué se manifestó tan desagradable después? Imagínese que el propio Doc juzgó indispensable tenerme metida en casa.

—Y lo sigo creyendo —observó con calma el aludido.

Realmente Pat era una mujer atractiva a pesar de tener sucia la cara en aquellos momentos.

—Bien. ¡Cuidadito con volver a echar a perder las cámaras! —exclamó Mahoney—. Me cuestan muy caras. Y ahora, ¡un momento! que voy a sacar una instantánea.

Pero, al mirar en torno, ¡había desaparecido el hombre de bronce!

FIN

Título original: *The Black Spot*